

La ilusión de la unidad / Un debate amplio y desprejuiciado /
Democratización del estado y reforma impositiva /
La reconstrucción de la teoría socialista / La ciencia política en América
Latina / El poder y los poderosos / Alemania: viaje al fin de la posguerra /
Córdoba: El tiempo de la historia / La revolución democrática
y el uso de la Ciencia Política

Franze, Cattaruzza, Bocco y Repetto, Lietti y Vasiliadis, Godio, Pita,
E. Semán, Docampo, Ortiz, Gargarella, Moreno, Ansaldi, Marimon

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula ♦ Número 29, Buenos Aires, junio-septiembre 1991. ▲ 40.000-

COMUNO
ARGENTINO
CENSO 1991
7/11/91



Dibujos de Clement Moreau

Lo periodístico sólo abarca la zona de lo actual pasajero. Pero esta definición no incluye, desde luego, el mundo en que nacen y viven estos veinte dibujos de Clément Moreau, destinados, no obstante, a ilustrar las páginas volanderas de un periódico. Venimos en ellos a los hombres y a los acontecimientos dominantes de la actualidad de nuestro tiempo. Pero la aguda penetración de su realidad, social y políticamente trascendente, los substraen a la efímera condición de su actualidad inmediata. Hay una salvadora pasión y una voluntad

intencionada de más largos alcances, en esta penetrante serie de alegatos. Estos dibujos no son, sólo, sátiras del minuto que pasa. Son algo más. Algo más cierto y perdurable. Son significativos documentos de este tiempo arduo que vivimos en que la esperanza redobla sus tambores sobre un panorama de castróficos.

¿Que levaduras cimentan estas apresuradas construcciones? ¿Qué pilares ideales y espirituales las sostienen? Clément Moreau tiene los ojos abiertos sobre una realidad profunda y su mirada abarca ciertas lejanas,



tal vez no demasiado lejanas, perspectivas. Es el clima de esas profundidades y esos horizontes el que sostiene la sabia significación de sus líneas. Su obra no es, por eso, la de un corriente caricaturista periódico sino la de un artista que contempla con estrechísima emoción combatiente, el espectáculo del convulsivo mundo de nuestros días.

Nueva Gaceta Nº 24
Junio de 1943.

Nuestro voto socialista

La UNIDAD SOCIALISTA tuvo la amplia actitud de abrir sus listas de diputados y concejales para la elección del 8 de septiembre en la Capital Federal. Un grupo de ciudadanos, militantes de la democracia y la justicia social, fuimos invitados a integrarnos a ella sin condicionamientos y exigencias. Hemos decidido sumarnos al esfuerzo, porque queremos ser un elemento activo más en la construcción de una democracia social avanzada.

Cada uno de nosotros, junto con otros compañeros y compañeras que apoyan nuestra decisión, venimos de experiencias políticas distintas. No renunciamos a nuestro presente ni a nuestra historia, porque creemos que serán un aporte a la experiencia de la UNIDAD SOCIALISTA.

La gravedad de la situación de nuestro país permite pocas vacilaciones y mucho menos la defensa de los intereses personales. Nos sumamos porque creemos que todavía es posible pensar en una sociedad mejor, más justa e igualitaria, en donde la vigencia de las instituciones democráticas no esté trñida con la solidaridad social. Desde hace años que venimos trabajando para ello. Y desde la restauración de la democracia en 1983, muchos de nosotros tratamos de contribuir a esta prédica desde instituciones como el Club de Cultura Socialista, en publicaciones como La Ciudad Futura, desde la cátedra en la acción social y política como simples ciudadanos. Igual que otros, sentimos que podemos ser intérpretes de un sector de nuestra sociedad que aspira a los mismos objetivos. Es por eso que hemos aceptado la invitación de la UNIDAD SOCIALISTA para incorporarnos a sus listas de diputados y concejales para estas elecciones.

JUAN CARLOS PORTANTIERO - JORGE TULA - RICARDO NUDELMAN - JORGE ROS.

Buenos Aires, 8 de agosto de 1991.

Sumario

2	Córdoba Iturburu: Dibujos de Clément Moreau	12	Julio Godio: La categoría de progreso histórico y la reconstrucción de la teoría socialista.	22	Bruno Gravagnolo: Gramsci, el revisionista (Saggi su Gramsci de Norberto Bobbio).
3	La Ciudad Futura: Pancho	14	Gustavo Pita: La reparación de la Igualdad.	23	Waldo Ansaldo: Nuevos y viejos actores en la crisis (el impacto político de la crisis del 29 en América Latina de Silvia Ditruféni Bielous y otros)
4	Javier Franze: La ilusión de la unidad.	16	César Docampo: El Poder y los poderosos.	24	Julio César Moreno: Córdoba: El tiempo de la historia (Sabatinismo y peronismo de César Teach)
5	Alejandro Cattaruzza: Mecanismo y Neoliberalismo.	19	Guillermo Ortiz: Alemania: Viaje al fin de la posguerra.	Ensayo	
6	José Arico: Un debate amplio y desprejuiciado	20	Roberto Gargarella: Los derechos humanos en la justificación de la guerra.	Libros	
7	Arnaldo Bocco y Gastón Repetto: Democratización del Estado y Reforma Impositiva.	22	Ernesto Seman: El lugar del intelectual (crítica y ficción de Ricardo Piglia).	28	Antonio Marimon: La construcción de los caminos que se bifurcan.
10	Nestor Lietti y Andrés Vasiliadis: Peronismo, Liberalismo y Política Económica en el gobierno de Menem.				
11	Lilía Puig de Stubrin: "Cuando el árbol tapa el bosque"				

La Ciudad Futura

B. Mire 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Arico, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.
Consejo de Redacción: Javier Arico, Fabián Boxer, Sergio Bufano, Hugo Farussi, Javier Franze, Julián Gadano, Roberto Gargarella, Miguel Angel García, Julio Godio, Marcelo Leiras, Antonio Marimon, Guillermo Ortiz, Ernesto Semán, Pablo Semán.
Comité Asesor: Emilio de Ipolo, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozano, Ricardo Nueldman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán.
Maqueta original: Juan Pablo Renzi
Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.
La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albarraquin 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Río IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, Saavedra 710, Cap. Federal.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.
 Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 40.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

Pancho



Pero nada pueden bombas
 Pero nada pueden bombas
 Cuando sobra corazón
 Ay Carmela, ay Carmela

"Cómo le va", saludo lanzado muy rápido, como el remate de una breve carrera, solía ser fórmula habitual de Pancho para iniciar las conversaciones; fórmula engañosa, desde luego, porque de inmediato intervendría, cualquiera fuese el tema, un sesgo naturalmente próximo, sutiles claves de complicidad. Pancho no fue tímido ni tampoco vitalista retórico, sino un gozador moroso de los dones de la vitalidad; por eso, por su consecuencia en afirmar dentro del panorama muchas veces negro de las cosas el lado de la vida, siendo un materialista acabado hizo que el proceso de su muerte aconteciera de modo poco dramático. Hasta el final desdramatizaba la muerte con la acción: cerraba la tapa de este número, negociaba la entrega de los artículos, corregía líneas de traducciones; hasta el final, él trabajaba. No existen consejos para afrontar ese estado definitivo, ni Pancho los daría, pero era una buena forma de morir.

El largo afán intelectual de Pancho no se halla lejos de ciertos paradigmas borgoñeses, Pierre Menard o Funes el memorioso. El emprendimiento de Menard con el Quijote consiste en narrar cómo el acto de leer —en ese ejemplo hasta saturarlo ínicamente— atraviesa todo el acto de escribir. La analogía de Pancho con el personaje de Borges consiste en su obstinado leer, releer, abrir a las lecturas, no al Quijote sino al marxismo. Pancho fue, como se sabe, un gran marxólogo, el mayor a lo largo de una época en América Latina; pero esto ocurrió porque no se cansó nunca de proteger "la plenitud del carácter" ni unívoco del pensamiento de Marx, recorrido como está —decía— por fuertes tensiones problemáticas. Lo fragmentario, lo inacabado, lo contradictorio, lo no totalizador, los deslizamientos epocales, las posiciones asimétricas ante su objeto, la asistemática, la "radical ambigüedad", eran el método teórico desde el cual Pancho afirmaba la vigencia crítica de Marx, su importancia no como

monopolio de la verdad absoluta de un partido-estado y sí como texto impredecible, que desmonta el horizonte de la explotación del valor trabajo, la desigualdad, el capitalismo. No tal razón, para él la "crisis del marxismo" no era novedosa pues se encuentra legible y a la vista ya en Marx; así citaba Bobbio: "Sólo un marxista, en cuanto considera que el marxismo es una doctrina universal, o un antimarxista, en cuanto considera que el marxismo debe ser rechazado del principio al fin, pueden correctamente decir, con dolor o con placer, que el marxismo está en crisis." Y los vertiginosos sucesos contemporáneos no lo desmentían, ni el horizonte de la historia luce congelado.

Desde esos puntos de inflexión, Pancho situaba afinidades, situaba rechazos. Nunca le agradaron los vanguardismos; buscó afinidad en Rosa Luxemburgo, claro, y sobre todo en Gramsci. El ha hablado de su interés, casi identificación personal con el revolucionario comunista italiano que pensaba los cambios hacia el igualitarismo en el marco de lo popular-nacional, de la cultura profunda de bloques sociales transformados en cada comunidad; y el concepto complementario: artesanal de hegemonía, carismas, mentes todas que presuponen el acuerdo de la democracia como momento progresista de las masas. Aquí Pancho prodiga otra gran vertiente de lecturas. Algo singular es ver cómo sus mismos libros —su laboriosa materia de escribir— forman parte de ese inmovimiento de lecturas y relecturas alrededor de tales preocupaciones; y cómo para Pancho leer, escribir, organizar interrogantes, hacer ediciones, generar revistas, son tareas que se articulan dentro de un mismo acto poco diferenciado: la práctica crítica y transformadora de la sociedad. ¿Por qué Funes? Pancho acogía abiertamente datos en un trabajo. Y el discurso hecho con correspondencias cruzadas, polémicas de detalladas, miles de páginas, artículos o replicas de artículos, libros, traducciones, resacas e hilos de escrituras sobre libros con respecto a la teoría y la práctica del movimiento obrero en el mundo con un vigor de memoria que no se desmoronaba, con una paciencia de miniaturista, de poner tal bagaje a circular en el circuito abierto de sus

empresas intelectuales, y cuyo más singular ejemplo fueron los Cuadernos de Pasado y presente.

¿Cuál Partido Comunista pudo soportar a tal herético, a tal descentrador de categorías? Pocos, acaso ninguno y menos que menos el PCA que lo expulsó en 1963, anatemizado con todos los miembros de la revista *Pasado y presente*. Esta nació en Córdoba y marca un hito imborrable para Pancho y para todos los que lo conocimos: allí, cuando Córdoba era "el epicentro del conflicto social", la ciudad de la revolución urbana elevada "la condición de modelo", los pasado-presentistas constituyeron "una rara mezcla de guevaristas togliattianismos", como definió Pancho. Es decir, con un pie en Gramsci y la autonomía del PCI, con otro en el momento mágnetico —lanzado a la fiesta, a un foliole que derramó ríos de sangre— de la Revolución Cubana; y a su manera, con la certeza de que el socialismo podía dialogar desde la diferencia con cualquier pensamiento crítico, viniera de donde viniera: arte, las poéticas, el psicoanálisis, el estructuralismo, la ciencia, las minorías, el anti-arte el gemido de los locos. Aquella *Pasado y presente* de los años '60 informa, nutre, presente a casi todo Pancho; aquella *Pasado y presente* ancló desde muchos destinos personales distintos —algunos trágicos— una trama intransferible de amigos. ¿Cómo un no-vanguardista participó de la guerrilla de Salta, publicó a Regis Debray, discutió con Chevarría? Pancho no intentó ser lineal y sí, como él afirmara con discreción de sí mismo, quiso ser menos que otra cosa "un hombre de nuestro tiempo." Con Guevara mantuvo un vínculo de fascinación y debate; algunos de nosotros lo vimos llorar la tarde en que se dio a conocer la noticia de su asesinato en Bolivia. Desde aquellos días hasta los de la segunda etapa de *Pasado y presente* en 1973 y su vinculación ideológica con Montoneros, flotarón algunos dramas: de los intelectuales revolucionarios sin partido y la búsqueda de la herramienta transformadora; el de la política concreta tal como se fue desencadenando entre nosotros, entre los de la segunda etapa, que aún parece un sueño, que nos superó íntegramente a la vez que la protagonizaba-

mos y de la cual nos cabe dar cuenta en los niveles de posibilidad que correspondan. Pancho afrontó su versión en *La cola del diablo*.

El grupo que redacta esta revista es heterogéneo y, por fortuna, comprende varias generaciones. Los mayores fuimos con Pancho compañeros de 30 años de "empresas intelectuales y políticas", como escribió Juan Carlos Portantiero; los más jóvenes conocimos a Pancho que, como escribió Beatriz Sarlo, "no examinaba a su interlocutor" y "se prodigaba no sólo por abundancia sino por generosidad". Los de la generación intermedia mantuvimos con Pancho un vínculo dotado del espesor duro de las figuras personales: vínculo extrañable pero nada simple, donde fueron importantes —según los tiempos— los desafueros, gestos y silencios de la política socialista. Varias generaciones, en fin, Pancho se reíría de todos si habláramos de él como hombre angélico: era bueno, no angélico; empleaba la astucia y la seducción individualizada de los genuinos organizadores, sabía como abordar a cada quien, quintesenciaba la ternura para extremos lo positivo siempre del lado de la vida. Hasta en los problemas más espinosos, desconfiaba de las aserividades, tal cual lo hizo sin cesar en sus textos. Escribir de Pancho en estas páginas que él tantas veces elaborara, escribir de Pancho mantuvo en páginas de Pancho, accenta la sensación de irrealidad: el que no está ya, está en imágenes de las que no podemos desprendernos: ambas situaciones, de ausencia inmutable y presencia exhubrada por la memoria fuerte de un video, de obras y núcleos de historia personal y colectiva que encarnan a muchos de nosotros, conotan a cada momento nuevas imágenes. La tristeza convierte en imposible la escritura. Ahora sí nos sabemos qué diría Pancho en nuestra conversación. Vale quizás imaginar unas palabras si se piensa en todo lo que él llevó a cabo y persistió en hacer por civilizar las relaciones sociales, por no enterrar el espíritu laico del socialismo: "El viejo tipo sigue vivo, ¿eh?, sigue vivo y perdón si los aburro".

Los centroizquierdas

La ilusión de la unidad

Javier Franzé

La política concebida como absoluta preeminencia de una ética de las convicciones, en desmedro de su par, la ética de la responsabilidad, domina las argumentaciones en favor de la unidad del centroizquierda. Sólo desde allí pueden pensarse los valores comunes como condición suficiente de esa unidad, soslayando todo debate acerca del programa. Del mismo modo, atendiendo únicamente a los valores puede verse el centroizquierda como familia ideológica y no como un espacio político poblado por corrientes estructuradas alrededor de culturas y programas diferenciados.

maciones se presenta como atomización.

Pero si se enfoca el denominado centroizquierda como un espacio político, aparecerá en él dos grandes familias ideológico-culturales.

Por un lado, la corriente proveniente del socialismo clásico, de una tradición de izquierda democrática y reformista fundada en la Argentina por Justo, e identificada a nivel mundial con la Internacional Socialista. Por otro lado, aparece la familia vinculada histórica e ideológicamente a los partidos populares mayoritarios. Esta familia se compone de sectores desprendidos de esas grandes formaciones (es el caso del P1 y el del Grupo de los Ocho) y otros que, si bien se reclaman de inspiración socialista, se hallan inscriptos en una tradición nacionalista (por ejemplo, la izquierda nacional, el maosismo o el Socialismo Auténtico).

Mirado de este modo, lo que aparece entonces es dos familias ideológico-culturales —la socialista y la nacional-populista— conviviendo en un espacio político, hoy llamado centroizquierda. En la medida en que esto es así, no parece haber razones para hablar de atomización, salvo que se crea que porque dos familias habitan un espacio común, pueden o deben unirse.

La atomización realmente existente en el centroizquierda es la única posible en política, esto es, la que se da al interior de cada familia ideológica. Tanto en la familia socialista cuanto en la nacional-populista aparecen formaciones pequeñas que, pese a coincidir en sus posiciones políticas cotidianas, se resisten a confluir en un partido que la unifique. Esta fragmentación gratuita sólo puede sostenerse gracias a un acreado espíritu de secta o a una ruinosa búsqueda de cargos.

Pero el escollo más difícil de franquear para las familias centroizquierdistas es —como para toda familia— el de la convivencia forzada o cohabitación. En efecto, dentro de la familia socialista aparecen formaciones más cercanas a la tradición nacional-populista. El paradigma lo constituye la Unidad Socialista, alianza en la cual el Socialismo Democrático cohabita con el Socialismo Popular, imbuido —por la vía folklorica— de nacional-populismo.

Lo forzado de esta cohabitación se manifiesta ampulosamente cuando en algún distrito se da la posibilidad de que cada

formación teja sus propias alianzas, independientemente del frente al que originariamente pertenece; ambas marchan en direcciones diametralmente opuestas. Pero donde más acabadamente se ejemplifica lo negativo de esta cohabitación es en la impotencia para conformar tanto una programación sólida y coherente cuanto una voluntad política capaz de actuar en la sociedad.

Tal cohabitación genera entre sus actores un efecto paradójico: la convivencia forzada alimenta —otra vez, como en toda familia—, sobre todo desde el ascenso del menemismo, la ilusión de una futura convivencia extensa, a la cual incluso deberían sumarse nuevos sectores. Aún cuando los valores diferenciados y los programas menudamente contrastados alrededor de los cuales se fundan estas dos familias no constituyen meras herencias sino que, por el contrario, perduran reflejándose en los modos presentes de interpretar el mundo así como también en el tipo de oposición desarrollada ante el menemismo, suelen sin embargo quedar velados en la medida en que ambas corrientes se encuentran enfrentadas a una tercera: la neoconservadora, expresada en la gestión Menem.

La común debilidad electoral y la compartida oposición al menemismo alimentan en ambas familias centroizquierdistas un tic histórico: el absoluto énfasis, a la hora de hacer política, en una ética de las convicciones. Esto es, fortalece la incapacidad de ambas para compaginar aquellas dos éticas fundantes de lo político, la de los valores y la de la responsabilidad. Una política construida sólo con convicciones, en la medida en que se auto-exime de la responsabilidad del poder, se coloca por fuera de éste; acaba, por fin, de voluntad de poder; es decir, de voluntad política.

La ausencia de esta combinación de las dos éticas fundantes de lo político se refleja en toda la discusión habida sobre el centroizquierda. Tal discusión ha prescindido del debate sobre la construcción de un programa común como condición de la unión y, por lógica consecuencia, ha fundamentado la necesidad de una alianza con una apelación vaga por abstracta a ciertos valores que, en la medida en que son enunciados sin que en el vacío, sólo sirve para que el enunciador satisfaga ante los demás su propia conciencia.

La absoluta preeminencia de las convic-

ciones más genéricas construyó una mirada dominante: la que vio en el centroizquierda una familia ideológica y no un espacio político, y entonces habló de atomización. Es que sólo entendiendo la política como una pura apelación a los valores se puede ver a las diversas tradiciones del centroizquierda como parientes ideológicos. Esta mirada mistificante, en efecto, sostiene como todo argumento que los sectores del centroizquierda deben unirse pues sustentan los mismos valores (dase igualdad, justicia, democracia). En tanto esta mirada ve así, no ve que esos valores genéricos se traducen en problemáticas diversas, fundantes de otras tantas familias que hacen del centroizquierda un espacio político.

El programa condensa la combinatoria de las dos éticas constitutivas de lo político, en la medida en que define políticas capaces de plasmar valores. En su confección emergen las diferentes ópticas propias de cada tradición ideológico-cultural. Es por esto que la construcción de un programa común no fue colocada como requisito y a la vez prueba de la posibilidad real de la unidad centroizquierdista.

El imperio de la ética de las convicciones generó una lógica férrea que puso de lado todos los temas de la vida de la responsabilidad: las preguntas por el real significado ideológico-cultural del llamado centroizquierda, su composición interna, la pertinencia o no de sus corrientes y, finalmente, las experiencias que arrojan las cohabitaciones. Del mismo modo, tal lógica hizo de la unidad un fin en sí mismo, auxiliado por el supuesto de que el centroizquierda constituía una familia y no un espacio. Así, confió en definitiva que la representatividad de una posible alianza radicaba más en una agregación de dirigentes que en la capacidad política para construir una voluntad reformista y un nuevo pacto programático con la sociedad.

La oposición al neoconservadorismo es una valor que unifica a las dos familias centroizquierdistas y, lo que es grave, parece suficiente para justificar la urgencia de la unidad. Allí radica uno de los motivos que el sentido común de cierto progresismo sostiene para auspiciar la fusión arcaica de ambas familias. Esta operación de unificación, en la medida en que se apoya en la pura negación (la oposición a un tercero: la semejanza por lo que no se es), en la secularización de lo programático y en una apelación genérica a la necesidad de una sociedad más justa (autoeximiéndose de declarar qué entiende cada familia por ello), acaba por asemejarse demasiado a las operaciones de cooptación practicadas por los partidos tradicionales, para los cuales en política lo principal es "sumar y no restar", desentendiéndose de que la suma —ideológica y programáticamente— pueda dar cero.

El discurso que sostiene estas prácticas es parte de la crisis de la izquierda. Actuando en nombre de los valores, quiebra los valores del hacer político socialista clásico. Es que una alianza de este tipo no representa cambio alguno respecto de los modos de hacer política de los partidos tradicionales: no constituye el comienzo de una nueva política ni, mucho menos, se asegura un futuro sólido.

El artículo, como buena parte de la bibliografía referida al peronismo, trata de detectar algunos rasgos característicos de su "naturaleza". En esta ocasión, y entendiendo al fenómeno en cuestión como "discurso", aquellos rasgos permanentes resultan ser la identificación entre la propia voz y la de la "nación", la "distinción entre el registro de la verdad y el de la ideología", y el consiguiente rechazo de la política. No esto, junto a la negación del conflicto social, ubicaría al peronismo clásico en la "familia de las culturas políticas premodernas", y permitiría reconocer la continuidad entre el discurso de 1945 y el menemista.

Estos argumentos parecen, a nuestro juicio, dejar de lado algunos procesos importantes, que se revelan si se intenta una *historia del peronismo* antes que la búsqueda de su naturaleza. Señalar esta circunstancia, sin embargo, no implica desconocer la efectiva presencia de algunos de los elementos mencionados en el discurso del peronismo clásico, sino advertir que cualquier análisis permita dar cuenta del entero fenómeno, que suele mostrarse particularmente complejo. Así, si se admite el enfoque y la caracterización que Franzé realiza de su objeto, se impone la reconsideración de una primera cuestión: la que refiere a la pertinencia de los rasgos que se atribuyen al peronismo clásico. Tanto investigaciones personales como algunos artículos recientes permiten, por el contrario, extender el horizonte de partidos y grupos políticos que los exhibían. La identificación del "movimiento" con la nación; la exclusión de la pluralidad en beneficio de un enfrentamiento político central; la condena de "ideologías exóticas" que obstaculizan el hallazgo de soluciones "argentinas" a nuestros problemas, el anhelo de superación del conflicto social, que "divide a la familia argentina"; la suposición de constituir un partido "del pueblo", capaz de expresar los intereses de todos los grupos sociales, por ejemplo, son planteos e imágenes que el radicalismo de fines de la década de 1930 maneja con enorme frecuencia, y no sólo en las vertientes que se suponen "irriguianos". Por la época, entonces, amplios sectores apelaban, en la Argentina, a este tipo de formulaciones para construir y comunicar su visión de lo político. El origen de alguna de estas ideas, por otra parte, puede vincularse más fácilmente con los procesos históricos que se consideran fundadores de la modernidad en el campo de la política que con un linaje premoderno. La identificación del partido con la nación había sido un ejercicio sistemáticamente practicado por los jacobinos; esa noción, por otra parte, había sido disleída por Sibyes de cara a un bloque enemigo —el de los "privilegiados"— que no formaba parte de ella, que había sido expulsado. Tal operación teórica tampoco dejaba espacio a la pluralidad de representaciones.

Retomando a la cuestión del peronismo clásico, merece también revisarse la idea de que lo "natural" era, en su visión, la ausencia de conflicto social. Por el contrario, en muchas ocasiones lo que se torna natural en sus propuestas es la lucha, que podría eviar-

Una respuesta a Javier Franzé

Menemismo y neoconservadorismo

Alejandro Cattaruzza

En el número 28 de *La Ciudad Futura* se publica un artículo de Javier Franzé titulado "El menemismo, del peronismo al neoconservadorismo. ¿Cisma o permanencia?". Más allá de coincidencias con la caracterización general que del menemismo esboza el autor, y con dudas acerca de lo oportuno de este comentario —dada la coyuntura preelectoral—, creemos posible ensayar algunas consideraciones sobre los argumentos expuestos en la nota mencionada. Ellas se proponen, como uno de sus objetivos principales, reflexionar sobre el lugar que este tipo de planteos nos asigna a quienes, habiendo militado en el peronismo, intentamos hoy un diálogo con hombres provenientes de otras tradiciones, empeñados como nosotros en la ampliación de los espacios de la democracia en la sociedad.



precisamente, a través de la acción política tendiente a implantar la llamada "justicia social". Esto no significa, desde ya, sostener que aquel movimiento valorara positivamente el conflicto.

En este punto, se hace oportuno recordar algunas de las dificultades que los historiadores suelen encontrar para analizar los discursos emitidos en el pasado. ¿Que hacer, en este caso, con afirmaciones tales como "nuestro problema no es económico, sino esencialmente político", o "quien renuncia a la política renuncia a la vida", que son particularmente frecuentes en el peronismo clásico? Si, por otra parte, ampliamos nuestra mirada a formulaciones posteriores, debe admitirse que prácticamente todos los intentos de discusión de ciertos grupos de la izquierda peronista con el marxismo, a fines de los años sesenta, destacaban la necesidad de privilegiar "lo político" frente a "lo económico" en el análisis de la sociedad argentina. El título de un trabajo publicado en aquellos años por J.P. Feinmann es elocuente al respecto: *El peronismo y la praxis de la política* (Cimarrón, 1974). Na-

turalmente, el sentido otorgado al término "política" por aquellos peronistas difiere del que le asigna Franzé, y del que se le atribuye en estas páginas; esta circunstancia no hace más que ratificar que las precauciones que exige este tipo de enfoque. Si a estas consideraciones agregamos las sugeridas por la opinión de Landi acerca de que "todo discurso del dirigente es retrabajado [...], por el saber popular"; se hace todavía más difícil señalar cuál es la masa documental —el corpus, si se prefiere— que permite el acceso al discurso del peronismo clásico, y cómo debe tratarse. Quizás el contrapeso en una obra como la de D. James ponga en evidencia las dificultades a las que hacemos referencia.

En este mismo sentido, resulta de cierta utilidad analítica atender a los importantes procesos de transformación que tuvieron lugar en la sociedad argentina desde mediados de la década abierta en 1940. Ellos involucraron al propio peronismo (que sufrió cambios tanto en su interior como en su ubicación relativa al mundo político argentino), afectando simultáneamente a los

grupos sociales que lo acompañaron, a las corporaciones con las que se relacionaba, a los sectores del campo de las relaciones que, siempre problemáticamente, establecía algún vínculo. Este último tipo de modificaciones tiene directa relación con las sufridas por las imágenes que del peronismo constrúan las demás fuerzas políticas. Así, entre 1955 y 1960, por ejemplo, un complejo de procesos nacionales, latinoamericanos y aún europeos impulsaron una relectura del fenómeno por parte de algunos sectores de la izquierda política y cultural: el derrocamiento y la proscripción; los reiterados éxitos electorales de un movimiento que, en 1955, se había creído casi extinguido; el desengaño de la experiencia frondista; la emergencia de sectores más jacobinos en el propio peronismo; la revolución cubana; las consideraciones críticas que el proceso de descolonización abrió en el marxismo occidental. Terán ha historiado ya varios aspectos de este proceso de reconstrucción imaginaria del peronismo: De Ipola, por su parte, sostiene que existió un "movimiento" un "fenómeno político excepcionalmente 'mediado' y hasta constituido por la serie —abierta— de discursos que él mismo ha producido y producido o bien que lo han tomado y lo toman por objeto". Si se aspira a reconstruir un discurso, parece difícil obviar en el análisis esta serie de reinterpretaciones y nuevas lecturas: todas estas operaciones intelectuales, aún apoyadas en "equivocos", se interponen inevitablemente entre el discurso peronista "clásico" y nosotros, y condicionan la percepción del objeto.

Lo expuesto hasta el momento, insistimos, no aspira a cerrar la cuestión del peronismo histórico, ni del conjunto de tradiciones ideológicas que alberga. Pretende en cambio señalar por un lado, que el problema resulta particularmente difícil de abordar y que junto a los elementos que Franzé destaca, otros de importancia similar reclaman la atención del investigador. Por otra parte, intenta poner en evidencia un punto de partida —nuestro juicio poco fértil— para una circulación: el que supone que el menemismo ha venido a aclarar un "malentendido" histórico, ya que él se hallaba inscripto en la "naturaleza" del peronismo original.

2. Alrededor de 1970, una notable cantidad de jóvenes decidió su incorporación —estos jóvenes vivieron en el peronismo el agente privilegiado del cambio social. Muchos de ellos, luego de la experiencia abierta en 1973, abandonaron aquel movimiento; otros, sencillamente, dejaron de participar en la actividad política. Un importante número de ellos formó parte de las víctimas de la última dictadura, mientras que algunos permanecieron en el peronismo. Admitiendo que las rupturas "generacionales" fueron varias, y que la generaliza-

ción propuesta es peligrosa, cabe preguntarse si es posible suponer que aquellos contingentes imaginaban incorporarse a un peronismo capaz de engendrar a este gobierno. Por el contrario, y más allá de los errores políticos y de diagnóstico que la opción probablemente entrañara, creemos que buena parte de esos jóvenes se pensaron integrándose a una expresión política fundamentalmente igualitaria; tal actitud pueda, quizás, entenderse como una "premoderna", pero difícilmente se la pueda considerar conservadora. Ella subestima, sin duda, el valor "liberal", y sola ceder a la tentación del "desperonismo igualitario" —cuyos alcances se pretendían extendidos aún al campo de lo social—, pero, si algo puede ubicarse en su centro es preci-

samente la ampliación del espacio de lo público. Esos aires igualitarios, por otra parte, habían rondado al peronismo histórico, tal como parece evidenciarse en las características que los sectores "privilegiados" le atribúan cuando creían combatir en él casi a un enemigo de clase.

Es alrededor de estos puntos donde comienza a dibujarse la posibilidad de concebir la existencia de una ruptura entre el peronismo (o, al menos, entre la forma que él asumió en el imaginario de muchos de aquellos que construyeron su identidad política en ese espacio), y el experimento nemisista. Uno de los elementos fundacionales de la cultura política peronista, lo que solía llamarse "justicia social", no parece reconocerse en este modelo, que fuerza la

desigualdad y concentra la riqueza y el poder económico. Aún en el plano de lo estrictamente simbólico, esta ruptura parece expresarse con claridad.

Sabemos que una lectura "coyuntural" de estas afirmaciones podría traducirlas, con facilidad, a fórmulas que han circulado ya en el propio peronismo, con un destino particularmente infeliz: la de la "traición"; la del "verdadero peronismo". En absoluto es nuestra intención volver a reiterarlas; por el contrario, entendemos que el peronismo nada puede aportar hoy a la transformación de la sociedad, al menos a lo que muchos anhelamos. El diálogo de quienes hemos sido sus miembros alguna vez debe sostenerse, en estos tiempos, con hombres vinculados a otras experiencias partidarias

y a diversas tradiciones intelectuales. Nosotros nos aproximamos a él luego de una larga —y probablemente torpe— búsqueda de la igualdad.

Notas

*Citado por Emilio De Ipolita, *Investigaciones políticas*, Bs. As., Nueva Visión, p. 31.

*Nos referimos a *Resistencia e integración...*, Bs. As., Sudamericana, 1991.

*Véase, por ejemplo, Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogo, 1986 (en particular el estudio titulado "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950") y *Nuestros años jóvenes*, Bs. As., Pantheon, 1991.

*Véase De Ipolita, "El peronismo y sus espejos", en la obra citada, p. 38.

La unidad de los socialistas

Para abrir un debate amplio y desprejuiciado

José Aricó

Con motivo del 95 aniversario de la fundación del Partido Socialista en la Argentina, *La Vanguardia* (nº 1024, 27.6.1991)

publicó una serie de tres artículos que a nuestro entender colocan en un plano concreto y muy poco ritual el problema de los nuevos desafíos que debe necesariamente asumir

el socialismo para dejar de ser una cultura política en extinción. Reproducimos aquí la contribución de nuestro co-director con la finalidad de evitar —como tantas veces ha ocurrido— que sus polémicas consideraciones caigan

en el vacío y que, por el contrario, sean el punto inicial de un debate sobre la unidad de los socialistas que aún no se ha iniciado en este país.

Trataremos de facilitar a través de notas, intervenciones, reportajes y comentarios, un tratamiento público de un tema que sólo es discusión de pasillos. Estamos convencidos que sólo de este modo es posible avanzar en favor de una aspiración muy sentida por sectores democráticos y avanzados de la sociedad argentina, pero que no encuentra en los referentes políticos existentes la inteligencia, la voluntad y la generosidad que es menester para que una tarea como la que Juan B. Justo pudo encarar en éxito en 1896, y que nosotros no acertamos a librar de su capsula casi un siglo después.

De todos modos no podemos dejar de reconocer la importancia que en estas circunstancias adquiere la decisión de la Unidad Socialista de abrir sus listas electorales en la Capital Federal a un grupo de militantes socialistas independientes entre los que se incluyen co-directores de LCF. Nos parece que esta generosa decisión de la US va en el sentido de las preocupaciones que desde el primer número de la revista venimos planteando y confiamos que sea un estímulo poderoso al debate que estamos propiciando. J.A.

a soluciones imposibles o inadecuadas a los problemas complejísimo que emergen de un cambio epocal como el que atravesamos.

Tanto por su programa, como por su cultura política, el horizonte ideal de sus miembros, la característica de sus núcleos dirigentes y el modo en que construye su acción política, el PS no evidencia la presencia en su interior de fuerzas capaces de renovarlo y transformarlo en uno nuevo. Pero, planteadas las cosas de este modo, podemos retomar a la pregueta inicial para encarar el verdadero problema. Si el PS no puede por sí mismo convertirse en el nuevo partido que propugnamos, ¿qué contribución puede dar a su construcción sobre otras bases y en qué medida está o no dispuesto a emprender ese camino? Creo que una respuesta lo más concreta posible a estas dos preguntas permitirán avanzar en un debate en la actualidad teórica y prácticamente clausurado (por lo menos, esta es la con-

clusión que extraigo de los avatares de la Unidad Socialista).

¿Qué contribuciones puede dar el viejo PS a la fundación de uno nuevo? En mi opinión, muchas y de distinto tipo. Sólo enumeramos algunas: la estructura de un partido nacional con asentamientos débiles pero extendidos en las distintas regiones del país; la vinculación con una tradición casi secular, que debe ser renovada pero que se ha fijado en la memoria colectiva de una parte de la población como una experiencia rescatable de organización de las clases populares; los valores de honestidad política y administrativa que los socialistas pusieron de manifiesto en la gestión de poder, y que son tanto más valiosos en períodos de decadencia y corrupción moral pública como el presente; la vinculación con un movimiento internacional, sin el cual es hoy inconcebible una acción socialista nacional de cierta relevancia; la idea del socialismo como un movimiento constante que apunta a la democratización radical de la sociedad, de la economía y del Estado; el propósito de

organizar a las clases populares para la consecución de estos objetivos; la ausencia de un estrecho espíritu nacionalista que cierre los ojos ante la realidad de un mundo cambiante. No creo que todo esto sea suficiente, pero sí ello, no podría imaginarse siquiera el sueño de un partido nuevo.

Peró, ¿en qué medida está dispuesto a dar esas contribuciones? Aquí se me presentan las mayores dificultades, por cuanto no observo cambios notables en el espíritu de autoconciencia y de falta de una real y efectiva voluntad política, no sólo en su militancia local no es demasiado grave en la medida en que el PS debió superar una situación de casi extinción, sino fundamentalmente en sus núcleos dirigentes. Y esto último sí es peligroso, porque es desde allí de donde deben necesariamente provenir los elementos de cambio y de innovación política capaces de poner en movimiento a un partido aleatado. Abrir audazmente la organización a los jóvenes, incorporar mediante una dilatación de sus adquisiciones culturales a capas intelectuales de filiación

socialista, son requerimientos imprescindibles para encarar un camino de renovación que coloque al PS como un factor de decisiva importancia en la formación del nuevo partido.

Este horizonte de cambio aún no está presente en la organización que hoy conforma su 95 aniversario. De la firmeza y de la voluntad con que se encara esta verdadera "mutación genética" del viejo partido, depende que el aniversario no sea un acto ritual y al servicio de las elecciones generales en puerta, sino el punto de inicio de una transformación efectiva.

Queda claro, por lo hasta aquí expuesto, que me he limitado a plantear el problema desde la perspectiva del Partido Socialista Democrático. Sé que no es ésta la única; pero aprovechando una circunstancia favorable me he permitido expresar con toda franqueza, aunque también con simpatía por los esfuerzos que se están realizando en pro de la unidad del socialismo argentino, mis opiniones sobre temas que deberían merecer un debate amplio y desprejuiciado.

Sobre el pacto fiscal

Democratización del estado y reforma impositiva

Arnaldo Bocco y Gastón Repetto*

I. ¿Crisis fiscal o crisis del sistema?

Por el contrario, para la burguesía, tanto el modo de la distribución y de percepción como la forma de empleo de los impuestos, constituyen una cuestión vital no sólo por su influencia sobre el comercio y la industria, sino porque ese es el garrote de oro con el cual se estrangula a los gobernantes.

KARL MARX

La nación nuevamente está en crisis. No se trata de enfrentar un ciclo más de una de las recurrentes crisis que nos han agobiado. La cuestión central que hoy está en juego es si esta nación avanzará hacia un estado de progreso y bienestar colectivo o si, en cambio, habrá de continuar obstaculizada por las fuerzas conservadoras que la detienen. Desafortunadamente la sensación colectiva de la mayoría de sus habitantes es que la nación no lo sompara. Y este sentimiento se traduce en pobreza, desesperanza y subdesarrollo. Junto a esta recurrente realidad emerge un reducido grupo de actores sociales que se benefician con el fracaso permanente de las mayorías. Mientras las clases populares resisten como pueden los efectos devastadores de esta crisis, las clases dominantes especulan financieramente¹ con una hegemonía lograda fuera de las tradiciones del trabajo y la producción.

Las clases dominantes que, por su propia crisis, no pueden acumular capital en forma productiva, lo hacen en forma especulativa, como medio de compensación de

La política impositiva actual es el reflejo mas acabado de la debilidad del poder político para dotar al estado de cierta presencia frente a las corporaciones. Un acuerdo para prevenir esta tendencia regresiva no solo debe lograr el objetivo ético de que el sistema impositivo contribuya a disminuir las diferencias en el sistema económico -como ocurre en los países desarrollados. Es, además, la única forma de poder pensar cualquier proyecto económico como estado nacional.

su imposibilidad de obtenerla por la vías convencionales que permite una economía de mercado. Así, el *modus operandi* se apoya en conductas muy alejadas de las que esas mismas clases aplican en los países industrializados. Su poder se apoya en ganar dinero fácilmente, en períodos muy cortos y en proporciones incalculables. Todo este esquema sin alcanzar un esfuerzo creativo que lo acerque a la modalidad schumpeteriana que caracteriza el desarrollo moderno. Sus rentas son la consecuencia de la *destrucción del mercado* y su poder se apoya en la *utilización* política y económica del estado en su propio beneficio. En la Argentina esto tiene rasgos endémicos, pues el estado convalida estos procesos especulativos y no disciplina la acumulación reproductiva.

Frente a la ley convencional de producción y ganancia que caracteriza a casi la totalidad de las economías del planeta, la burguesía argentina ha logrado cambiar la lógica formulada por los economistas clásicos. Sus ganancias no se hacen produciendo bienes y servicios, ni el desarrollo consiste

en expandir el bienestar a toda la comunidad. Por el contrario, en lugar de bienes los propietarios ganan fortunas produciendo incertidumbre, crisis, desestabilización y especulaciones en la "producción de dinero", con la inflación y la fuga de capitales. Al tratarse de un problema histórico de relación entre estado y clase dominante, el desafío de un proyecto popular es imprimirle su sello a la acumulación de capital mediante la fundación desde el poder público y el de la sociedad de un sistema, con economía de mercado, nacional y austero, cuyo motor se apoye en la radical modificación de la lógica del presente.

Cabe entonces preguntarnos si esta realidad estremecedora que nos rodea es compartida por las fuerzas populares argentinas. La expresión política del poder hegemónico ha señalado que la crisis es consecuencia de un estado superabultado y para destruirlo, no encontró mejor alternativa que reducir su ámbito de intervención de regulación. Como si esto no fuera suficiente, la burguesía ingresó al mismo tiempo a una fase de *rebelión fiscal* que condujo al virtual colap-

so financiero del estado. Lo aceptaron los dos gobiernos democráticos y los resultados, desafortunadamente, fueron semejantes. No lograron desmontar el fenomenal poder político ni las bases paritarias del sistema económico, contribuyendo a crear una economía sin la vigencia de las leyes de mercado y sin un estado que ampare a la sociedad como un todo.

Mientras los sectores de poder para cumplir con sus objetivos más inmediatos instalan en la sociedad la idea acerca de que lo fundamental es *achicar el estado para agrandar la nación*, distintos experimentos llevados a cabo demuestran que esta reducción, cuando se produjo, fue arbitraria y fortaleció aún más el poder del bloque dominante.

II. Para recuperar la credibilidad y avanzar en un proyecto político distinto del que proponen los grupos de interés

En cualquier país, para que el desarrollo económico se apodere de la economía nacional es necesario e inevitable que las clases sociales rentísticas desaparezcan y con ellas se esfumen los parásitos.

ADAM SMITH

Lo más grave de las controversias interpretativas de esta crisis es que diferencias de diagnóstico confunden a los partidos demo-

cráticos en su estrategia de lucha y por lo mismo fortalecen a sus adversarios ideológicos. Hoy la construcción de un pensamiento económico con bases programáticas compartidas, es una necesidad para que haya una sólida posición política.

Se trata de enfrentar dicho conflicto. El desafío de la democracia es responder al interrogante de cómo se destruye y como se crea un colapso del sistema especulativo que hasta hoy impide nuestro desarrollo como nación. Por lo tanto, denunciar la verdadera naturaleza de la crisis, develar las responsabilidades y el origen de la misma, crear los puntos centrales para un acuerdo amplio entre los partidos mayoritarios que representen el interés popular, es seguramente un importante punto de partida. No avanzar en este tema prioritario, nos impedirá construir una verdadera alternativa de poder.

Las fuerzas populares deben tener acuerdo sobre este tema de vez en cuando, las innumerables experiencias negativas de estabilizar el sistema sin atacar las estructuras de poder de la burguesía parasitaria. Se trata de destruir un sistema que absorbe el trabajo de todo un pueblo en cuestión de horas, de semanas y que se vale para ese cometido de los medios aparentemente más complejos: la inflación, la deuda externa, los precios internacionales o cualquier argumento que oculte las fuentes que alimenten su procedimiento de liquidar los esfuerzos productivos.

Así lo demuestra empíricamente la historia. Europa aceleró su modernización y revolución su economía casi tres siglos atrás de la mano de Adam Smith y David Ricardo, destruyendo a los parasitarios, a los rentistas, para dar paso a las revoluciones industriales nacionales. Lo propio consiguió más tarde EEUU, quien necesitó destruir el poder de las clases tradicionales para emprender la revolución industrial. No debemos ignorar el proceso de revolución que destruyó el poder aristocrático de las clases rentísticas en Japón en el siglo pasado, cuando una capa moderna de estos actores se dispuso a construir un estado fuerte, una industria sana y una agricultura eficiente, en un marco interno conflictivo y complejo.

Existen, pues, dos modos de fundación de un sistema económico: uno excluyente y otro incluyente. En el primer caso la forma de relaciones sociales que promueve el estado es un modelo de enclave con sectores incorporados y competitivos en el mercado mundial, altamente segmentados y divorciados del resto de la sociedad, a la que se contiene mediante programas asistenciales y de empleo mínimo. Esto plantea el sector más lúcido del noconserveradurismo local procurando parecerse al modo pinochetista al que sin enfrentar a la burguesía parasitaria. La segunda alternativa es la de un modelo incluyente que enfrente a la estrategia del bloque social que corporiza el actual modelo de poder y de acumulación de riqueza.

Esta propuesta se apoya en la formulación de un nuevo contrato social que ofrezca una salida al proyecto dominante. Significa desarrollar un poder político antagonico al que poseen y construyen los beneficiarios del modelo actual. Es imprescindible encararlo en lo inmediato, promoviendo el crecimiento con mayor democratización de las decisiones políticas, el desarrollo de las fuerzas productivas con mayor inversión y empleo y el progreso social con justicia distributiva.

III. Estado, democracia y política fiscal

Aunque el despotismo suele nacer por su propio instinto, como cualquier animal dañino, uno de los medios de provocar su aparición, es negar la contribución legítima al gobierno de libertad.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

El punto de partida para terminar con esta Argentina del desamparo requiere de un nuevo tipo de estado. Ese esfuerzo también se debe traducir en una mayor equidad tributaria (a mayor ganancia o capital, mayor capacidad de pago), de manera que en el futuro las perspectivas de desarrollo y transformación sólo estén limitadas por la creatividad y el progreso de las fuerzas productivas. Por lo tanto, desde esta perspectiva afirmamos que no hay salida de la crisis sin un debate sobre las políticas que deben aplicarse respecto a la (re)construcción del estado, especialmente en su aparato de financiamiento. Analizando el comportamiento de los sistemas impositivos de los países desarrollados. Weber y Wildavsky aportan elementos de gran relevancia para el debate que aquí proponemos. Estos autores, señalan con gran claridad que los impuestos a las ganancias y a los ingresos en las sociedades avanzadas, conforman el paradigma principal para sostener la credibilidad y responsabilidad del sistema democrático.

Esta dimensión del financiamiento estatal en Argentina es de enorme significación, porque reformar el sistema impositivo, si se lo analiza a partir de la necesidad de reformar el sistema social y las relaciones del estado con las distintas clases sociales, es, en sí mismo, el comienzo de una revolución en los paradigmas económicos y políticos convencionales. Cualquiera sea el antecedente internacional que tomemos, v.g. Alemania, Francia, Suecia, Gran Bretaña o los Estados Unidos, en todos los casos la defensa de los intereses populares y la formación de capital fueron debates que en ningún caso ocultaron la necesidad de constituir un estado financieramente sólido para conformar una nación fuerte. (Cfr. Cuadro I). Si la formación de las sociedades modernas en los países centrales aporta elementos históricos para nuestro debate, existen alguno de ellos que son decisivos para la discusión del financiamiento estatal. Referido a nuestro país, debemos asumir como principio fundamental que no hay sociedad ni nación, sin estado ni mercado.

El objetivo del sistema impositivo entonces, es el de contribuir a disminuir las diferencias del sistema económico. Así, sólo un sistema equitativo y progresivo puede garantizar el normal desenvolvimiento del mercado, la distribución de ingresos, el consumo equilibrado en todas las capas de la sociedad y la inversión reproductiva. Para evitar conductas parasitarias en las clases propietarias, el modelo generado de la segunda postguerra nos sugiere eliminar las fugas de capital mediante sistemas tributarios que penalicen la renta y el consumo no productivos.¹ No es otra la experiencia que podemos adquirir de los países desarrollados con economías competitivas; y como enseñanza para nuestra Argentina, debemos reconocerlo, no es poca cosa.

El problema, como puede verse en el

Cuadro 2 es sumamente serio. Los ingresos aportados por el capital al sostenimiento estatal son mínimos. Los riesgos públicos dependen casi exclusivamente, de los aportes del trabajo y el mercado y en menor medida de los impuestos al capital, las ganancias y el patrimonio. Hasta aquí la Argentina ha adoptado algunas decisiones de ordenamiento financiero del estado referidas con lo que internacionalmente se denominan impuestos modernos. Se ha preferido operar más bien bajo criterios tendientes a resolver los problemas urgentes de desfinanciamiento antes que definir cuáles son los problemas importantes.

Debitar entonces el origen y la fuente de la futura tributación impositiva, sin dudas, pensar en un estado diferente y en una política tributaria equitativa y eficiente. Equitativa, porque el sistema de financiamiento público debe alimentarse con los aportes de los sectores que menos sufrieron con los diferentes programas de estabilización primero y de ajuste estructural más tarde. Y eficiente, porque se requiere que el sistema público capte los nuevos recursos con el objetivo de atender problemas sociales y económicos que son imprescindibles de resolver en el marco de una sociedad pluralista, democrática y respetuosa de los derechos sociales de todos los individuos.

Finalmente, las ideas que siguen persiguen el objetivo de conformar un primer programa de ingresos públicos basados en el aporte que el estado puede percibir de los grandes contribuyentes del sistema impositivo nacional. Este proyecto le permitirá recaudar al estado nacional una masa de recursos suficientes que bajo los supuestos de progresividad y dimensiones patrimoniales, permita que el gasto social demandado adicionalmente sea atendido con el aporte de las grandes fortunas y de las mayores ganancias.

IV. Los nudos de una reforma fiscal

Al mismo tiempo, es imprescindible que las finanzas, por pequeño que sea el estado, nutran de recursos a la economía pública en forma de impuestos, proporcionalmente pagados de acuerdo a la riqueza que reciben y generan los capitalistas.

ADAM SMITH

Toda propuesta de democracia fiscal tiene como objetivo la concreción de una propuesta destinada a dar certeza sobre la cantidad y calidad de los ingresos públicos, estabilizar el sistema económico, generar recursos suficientes para la promoción de políticas anticíclicas y destruir las causas estructurales que frenan el desarrollo futuro. Los principales problemas que debe abordar son los siguientes:

- a) Definir la recaudación de impuestos en los ámbitos federal, provincial y municipal, como así también de las formas de financiamiento de las empresas estatales y del sistema de seguridad social.
- b) Paralelamente, deberá decidirse la relación entre impuestos a los factores e impuestos al consumo.
- c) Dentro de la imposición a los factores, se planteará las formas de imposición a los capitales, la tierra y el trabajo.
- d) Se definirá si se gravan: 1. la renta de los

factores; 2. la propiedad o posesión de ese factor; 3. las transferencias entre los propietarios;

f) Otro problema a decidir es aquel relacionado con la decisión de los sujetos de la imposición, es decir si se gravará a las personas, a las empresas o a ambas en forma combinada.

g) Frente a la forma que los procesos de revaluación de los capitales -o activos- generan por cambios bruscos en los precios o en el tipo de cambio, se deberá seleccionar una técnica de determinación y actualización de los montos impositivos para no perjudicar al estado.

h) Existe un problema muy relevante que está vinculado con quiénes deben pagar y qué actividades/personas físicas o institucionales, y por qué están finalmente exceptuadas de pago de impuestos.

i) Modernización y eficiencia de la DGI en el marco de un estado moderno en Argentina.

j) Por último, vale la pena introducir un tema de enorme importancia relacionado con la potestad del control parlamentario en el monitoreo y evaluación de las actividades desarrolladas por la Subsecretaría de Hacienda, por la DGI y por todas aquellas instituciones que definen y reglamentan la aplicación de normas tributarias.

V. Algunas sugerencias para resolverlos.

a) El rol de la imposición de los factores. Tanto desde una perspectiva política democrática, como desde un punto de vista técnico, existe cierta evidencia que indica a los impuestos que gravan la propiedad y los ingresos como los que mejor satisfacen los requerimientos de un sistema tributario democrático. Sin embargo, resulta claro que la estructura tributaria argentina subutiliza la potencialidad de la imposición a los factores productivos en general y al capital y a la tierra en particular. De aquí que, en toda propuesta que pretenda proveer el financiamiento necesario para terminar con la Argentina del desamparo, debe priorizarse la imposición directa desde las tres perspectivas posibles, a saber: imposición a la renta derivada del usufructo de los factores, a la propiedad de los factores y por último a la transferencia de los mismos.

Por esto, debería reinstalarse un impuesto que demostró históricamente ser uno de los más progresivos en la Argentina que es el del impuesto al patrimonio neto, como así también reformarse en profundidad el impuesto a las ganancias vigente en la actualidad y promulgarse un impuesto que grave el enriquecimiento patrimonial a título gratuito—impuesto sobre donaciones—versión moderna del antiguo impuesto a las herencias.

Los exámenes efectuados sobre la función de los incentivos tributarios—vía exenciones impositivas—para la inversión, indican que los resultados son más bien magros frente al elevado del costo fiscal de tales acciones² por lo que parece necesario priorizar otros factores de decisión, como será el tamaño de los mercados, la disponibilidad de mano de obra suficiente y

calificada, el desarrollo tecnológico, la estabilidad económica y política, etc, y deben reducirse al mínimo—y siempre acompañadas de una justificación explícita—las exenciones para el pago de los impuestos para evitar la recurrencia del problema de erosión de la base de imposición. De aquí que la imposición a las empresas debe ser lo más global posible y deberán priorizarse otros mecanismos institucionales como medios para favorecer una política pública destinada a orientar y potenciar el crecimiento económico y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Ahora bien, no debe olvidarse que la mayor parte de la riqueza socialmente acumulada se encuentra protegida por medio del sistema de sociedades anónimas, por lo que si se desea impulsar un sistema tributario no sólo formal sino también realmente progresivo, resulta imperioso buscar una solución a este problema. Con la revelación completa de la riqueza social lo que resta es impulsar un impuesto personal que se base de manera combinada en el ingreso que dicha riqueza genera y en la cuantía de la misma.

Un problema pendiente y no menos importante por resolver consiste en determinar qué principio jurisdiccional debe priorizarse, el de la renta y patrimonio mundial o el nacional. Tomando en cuenta que Argentina se ha transformado en los últimos años en exportadora neta de capitales, nos inclinamos por el primero. Deben también definirse claramente los criterios para la valuación de los bienes y las deudas para evitar las profundas distorsiones que se producen en la actualidad y considerar los efectos que la inflación provoca.

La determinación de la escala de alícuotas como la determinación del mínimo no imponible deberá realizarse teniendo en cuenta la capacidad contributiva social de forma tal que resulten ambos, real y formalmente progresiva.

Por último para evitar que se cumpla con la vieja afirmación de "hecha la ley, hecha la trampa", no sólo la legislación debe ser suficientemente clara sobre uno de estos temas, como para evitar que el poder de la reglamentación de la misma los grupos de interés diluyan sus efectos, es imprescindible el paralelamente producir una profunda modernización del aparato institucional encargado de recolectar la recaudación y evitar la evasión fiscal.

b) Impuestos al consumo. Al abordar el problema del financiamiento del estado vía impuesto al consumo deben ser tenidos en cuenta dos puntos. El primero es el de la necesidad de mantener los impuestos al consumo dada la facilidad con que pueden recaudarse y la cuantía de los fondos por ellos aportados—sobre todo en la medida en que la evidencia parece indicar que una reducción de los mismos no se transferirá a los precios—como reducciones de los mismos, en tanto que el segundo consiste en reducir lo más posible la regresividad de los mismos.

Por esto proponemos que así como los impuestos a los factores productivos se orientan en función de la capacidad contributiva, los impuestos al consumo deben regirse por el criterio de la manifestación de la capacidad de consumo vía gasto. En esta sentido proponemos establecer una apertura del actual impuesto al valor agregado en tres. Un primer conjunto de bienes estaría integrado por los bienes salario cuyo consumo responde a la satisfacción de las necesidades básicas, el segundo se conformaría con aquellos bienes que satisficen requerimientos secundarios—esparcimiento, educación privada, etc, por último la tercer canasta estaría integrada por aquellos bienes y servicios que reflejan un consumo

Países:	Estados Unidos	Canadá	Reino Unido	Italia	Argentina
Tasa de crecimiento del PBI. 1	3.11	3.00	2.91	2.39	-1.43
Tasa de inflación. 1	3.80	5.37	5.07	9.51	885.96
Participación de los asalariados en el PBI. 1	59.80	54.00	55.84	46.10	27.00
Inversión bruta interna fija. 2	15.43	20.27	16.83	20.90	12.70
Impuestos a los ingresos y la propiedad. 2	15.50	14.83	13.59	13.68	2.46

Para Estados Unidos, Canadá, Reino Unido e Italia se consideran los promedios anuales 1982/88. Para Argentina promedio anual 1981/1990.
1 En %
2 En % del PBI.



Periodo	Impuestos sobre los Ingresos	Impuestos sobre los Patrimonios	Impuestos inflación
66/69	8.62	2.87	2.72
70/72	6.97	2.89	7.05
73/75	5.10	2.21	10.49
76/81	4.91	3.59	8.15
82/83	3.55	3.79	9.74
84/88	3.43	4.10	8.98
89	3.55	2.73	18.28
90	2.50	1.73	12.76

En % sobre recursos totales del estado.

suntuario. La diferencia fundamental para el por la determinación de un IVA diferenciado con tasas progresivas por tipo de consumo.

La principal ventaja de este tipo de impuesto, es que permite un control automático de los causantes, y puede proporcionar no sólo una estructura básica para todo el sistema de imposición directa, sino también las estadísticas que se requieren para la constitución de la matriz insumo producto. En realidad, el sistema nos provee la estructura necesaria para un establecimiento efectivo de todas las demás formas de tributación.

VI. Comentarios finales

Deplacarse esta propuesta permitiría alcanzar un ingreso adicional de recursos no inferior al 10% del PBI. Aplicada con el mismo rigor que lo hacen los sistemas tributarios en los países industrializados o en algunas sociedades latinoamericanas, donde el Pacto Fiscal no es violado ni por los propietarios del capital ni por los sectores comerciales, permitiría estabilizar los recursos estatales—generando un monto de recaudación que para hacer frente a los gastos sociales imprescindibles para atender los impactos de los planes de ajuste aplicados desde hace más de 5 años. Es necesario su aplicación porque un sistema que se apoye en los impuestos indirectos y en las cargas sociales aplicadas a los asalariados—frente a compromisos tan costosos como el que recientemente asumió el gobierno nacional con los acuerdos extorcionales—va vez transcurrida la fase de privatización generará un desconcierto muy severo.

Esta propuesta apunta a cumplir con los objetivos de hacer más simétrica la carga del ajuste, siendo un aporte para el debate que se vive. Una inversión adicional de 10% del PBI contribuirá al mismo tiempo a constituir una reserva que atienda compromisos destinados a la inversión. Pero, por encima de los costos del ajuste, este programa, somos conscientes, generará un verdadero conflicto político. Y los partidos populares si quieren enfrentar con seriedad el futuro cercano se tendrán inexorablemente que abordar el caso de él. Caso contrario, los conflictos en el tejido social más amplio, serán los motores de una dinámica política incierta.

Notas

¹ Fundación Nacional (Nación y América Latina), los autores son al mismo tiempo doctores de la UBA y de la Universidad Nacional de Luján (UNLJ).
² La especificación financiera es el mecanismo de reproducción capitalista más desarrollado durante los últimos 20 años en Argentina. Consiste en obtener la máxima valorización financiera posible en el sistema capital-dinero. Del mismo modo, en la esfera productiva, con mecanismos anticipatorios a los desajustes macroeconómicos y a la formación de precios inusuales, los grupos oligopólicos o el sector controlista del estado acumula plus ganancias que multiplica varias veces la tasa de interés.
³ History of Taxation in Western World, New York, 1986.
⁴ El empleo y la inversión en una economía como la Argentina sólo serán alcanzados si el estado adquiere una jerarquía de tal relevancia social que mediante sus relaciones con el sistema productivo y la sociedad civil garantice el desarrollo del sistema de mercado. Así, las ganancias estimuladas por el mecanismo de capital sector privado tendrán la responsabilidad, de expandir las dimensiones de los mercados aplicando su creatividad, su eficiencia y su rol innovador.
⁵ Las desgravaciones no son un motivo determinante del quantum de la inversión, pues si bien han influido en la reasignación de la inversión hacia los sectores favorecidos, no han sido efectivos para aumentar el nivel de participación en el PBI.

¿Continuidad o ruptura?

Peronismo, liberalismo y política económica en el gobierno de Menem

Néstor Lietti y Andrés Vasilias

Ortodoxia y estabilidad

El clima que acompaña la asunción de Menem es en todo sentido el de una restauración ortodoxa, con las connotaciones que esto supone. Primero y principal, la política no debe interrumpir en la economía. Así, si la actividad privada, política, eficiente y exitosa, se hace cargo de la política económica y se superará por fin la endémica ineficiencia del estado al frente de la misma.

En este esquema se atribuye el origen de la inestabilidad económica exclusivamente al desorden fiscal que se deriva, justamente, de la interferencia de las presiones políticas en el orden económico. Como producto de esa concepción, se apela al equilibrio presupuestario y la libertad de precios como antídoto contra la inflación. Todas las estabilizaciones ortodoxas han sido encaradas con ese criterio, desconociendo otros factores igualmente importantes como los componentes inerciales de la inflación, la lucha por la distribución del ingreso, la presión corporativa en una estructura oligopólica y cerrada como la de la economía argentina, etc. Todos estos factores tienen justamente que ver con lo político y con los mecanismos de ajustes al interior del orden económico-social.

La puesta en práctica de estas ideas sólo terminaría generando una fuerte recesión sin efectos estabilizadores duraderos. Todos los indicadores económicos muestran que los planes ortodoxos de estabilización lanzados por el actual gobierno han sido menos eficaces en términos de estabilidad de precios y actividad económica que otros intentos de orientación heterodoxa.

Con lo hasta aquí señalado se quiere sostener la idea de que el equilibrio fiscal por sí mismo no garantiza el logro de la estabilidad, que debe rescatarse el rol del estado o con mayor precisión de la política gubernamental en el arbitraje de los aspectos ya citados, de modo que converjan con el objetivo de la estabilidad económica.

En torno a la ortodoxia fiscalista, debe señalarse que si bien no se desconoce la necesidad de equilibrio en las cuentas públicas como requisito para la estabilidad; qué equilibrio se logre, quienes sean los sectores beneficiados por el gasto o los precios relativos específicos, qué prestaciones brinde el sector público y cómo sean financiadas, son todos aspectos no neutrales que desean que ver con las alianzas en que se sustenta la política económica y los sectores que participen en las mismas. No existe un único equilibrio fiscal posible, es en el ámbito de la política que se define a cuál de los posibles se intenta llegar.

En ese sentido, si bien la gestión de Cavallo representa una apertura hacia posiciones más heterodoxas, se sigue prefiriendo como base de apoyo de la política económica la concertación en el marco corporativo y de los grupos de poder, postergando el acuerdo con el ámbito de lo político, más allá del leve avance que significa la mayor participación dada al Poder Legislativo—que de todos modos no pasa

El propósito de este trabajo es el efectuar un análisis de los aspectos fundamentales que caracterizaron las diversas gestiones económicas del gobierno de Menem para intentar, finalmente, extraer algunas conclusiones sobre la estrecha relación entre mememismo y neoliberalismo y su continuidad con rasgos de la cultura política del peronismo.

de ser un mero reafirmador de las iniciativas generadas desde el Poder Ejecutivo.

Siendo con esta gestión, debe señalarse que a pesar de utilizar un instrumento ubicado en las antipodas de su antecesor, esto es la fijación del tipo de cambio por ley frente a la anterior flotación cambiaria, se siguió generando el mismo efecto de atraso cambiario que dificulta la posibilidad de una integración exitosa con el resto del mundo, a lo cual debe sumarse la apertura económica que acentúa aún más estas dificultades.

Finalmente queda por debatir el supuesto de que un acuerdo o directamente una alianza con los grupos de poder es el precio que debe ser pagado para el logro de la estabilidad.

Esta idea aceptada no sólo por el mememismo sino también con más o menos agrado por amplios sectores del peronismo renovador (basta remitirse a las crónicas de la época del Plan BB) supone la posibilidad de una alianza corporativa que, al costo de cierta regresividad en términos de justicia social visibilizaría la instrumentación de un modelo económico a largo plazo de estabilidad y crecimiento.

Tanto quienes lo apoyaron como muchos de los opositores a este proyecto desconocieron la experiencia histórica argentina, que muestra la incapacidad de los sectores corporativos para garantizar siquiera un proyecto de estabilidad. Los intereses contrapuestos de las diversas facciones corporativas (exportadores/mercado-internistas, industria/agro/sector productivo/sector financiero, etc.) implican que aún en esta estrategia confesamente regresiva el rol del estado como árbitro regulador no puede ser dejado de lado.

En síntesis, la visión por la que se caracteriza a la crisis económica como originada en la dependencia de un sector privado competitivo a cargo de un aparato estatal ineficiente—dado lo cual la solución prescripta sería retirar en todo lo posible al estado de la gestión económica—resulta insuficiente para comprender la realidad; es el modo en que se articulan estado y sector privado el que determina el funcionamiento no eficiente de ambos, sólo posible de ser reformulado a partir de un cambio en las reglas de juego generado desde el ámbito de la política y a través de la instrumentación de las políticas públicas específicas desde el aparato del estado.

Reformas estructurales

El planteo del gobierno en relación con las reformas estructurales pasa por la asignación de un rol protagónico al sector privado como generador de una nueva etapa de crecimiento del capitalismo argentino. No se legitima el retro del estado de toda actividad que fuera definitiva o que pudiera ser desarrollada por el sector privado.

Según esta lógica las privatizaciones constituyen un instrumento más, conducente a un retirado desordenado del estado, en la cual no se garantizan aspectos esenciales como las condiciones en las que los servicios privatizados serán prestados al consumidor y los mecanismos para la defensa del mismo, las metas de expansión de los servicios en el futuro, y los métodos y procedimientos de regulación con los que el estado fiscalizará el desempeño de los prestatarios privados.

Paralelamente el estado deja de garantizar la provisión de bienes públicos indispensables desde el punto de vista de la equidad y movilidad social y de la recreación de las condiciones de expansión para cualquier proyecto de crecimiento capitalista (salud, educación, transporte, inversiones que por su carácter intrínsecamente deficitario no serán realizadas por el sector privado).

El efecto así generado es el profundizamiento en la división social entre aquellos sectores con capacidad económica para asegurarse la prestación privada de estos servicios y los impossibilitados de acceder a los mismos, nuevos marginados en estas políticas de ajuste desmantelador que aún ponen en duda la garantía de la seguridad pública por parte del estado.

Resulta muy gráfico el respecto recordar las posiciones enunciadas desde el gobierno en relación con las políticas sociales. Al asumir, se criticaba la política del gobierno radical en base a su carácter asistencialista, apelando a un recurso progresista superior que postulaba su replanteo en función de un criterio promonoclasista. Programas de asistencia como el PAN serían reemplazados por otros que tendieran a la auto-generación de empleo, viviendas, etcétera.

El resultado concreto ha sido el desmantelamiento de los programas del área social—con todas las justificadas críticas que

podieran merecer—el desvío de los fondos asignados a los mismos hacia necesidades más "urgentes", para su reemplazo por instrumentos de virtual beneficencia como el Bono Solidario primero, o directamente el resignado reconocimiento de la imposibilidad material y particularmente administrativa para implementar políticas sociales por parte del gobierno. El nuevo modelo en su versión práctica ha significado una mera transferencia de activos del sector público al privado, que en nada ha modificado un funcionamiento no competitivo de la estructura económica.

Poco se ha dicho y nada se ha hecho en torno a aspectos clave para la reforma del funcionamiento de la estructura económica cerrada y oligopólica y su transformación hacia una economía más abierta y competitiva.

Entre ellos no se pueden omitir—la apertura económica desde el doble objetivo de la expansión exportadora la defensa de los derechos del consumidor frente a los abusos generados desde una estructura monopólica y protegida. Vale la pena aclarar que si bien la gestión de Cavallo ha ensayado una política de apertura económica, nada tiene que ver ésta con el sentido de la recién propuesta. En primer lugar, no coincide con la reconversión exportadora de largo plazo al ser instrumentada en torno a un nivel de tipo de cambio real que es el más bajo de la década, desalentando la rentabilidad exportadora y constituyéndose en un verdadero subsidio a la importación que recuadra la triste experiencia de Martínez de Hoz.

Tampoco se dirige esta iniciativa a una mejor defensa de los intereses del consumidor si se observa el privilegiado papel asignado a los grandes grupos económicos en el manejo de la misma (electrodomésticos, industria automotriz, etc.) para modificarla y administrarla a la medida de sus intereses.

Este es un buen ejemplo del papel que las alianzas fundantes de la política económica juegan en relación con sus beneficiarios. En vez de concertar políticamente una reforma que se oriente hacia el interés global de la sociedad, se concerta con los grupos de presión que terminan por frustrar toda posibilidad de reforma superiora.

* La concertación y el consenso de los distintos sectores en torno a una estructura de precios relativos, instrumentada a través de una política de ingresos que despeje la incertidumbre como un elemento clave para la recreación de la inversión (incertidumbre que desde lo político debe ser despejada a partir de medidas que tiendan al afianzamiento del Poder Judicial frente al Ejecutivo de turno).

* La implementación de una reforma fiscal efectiva para lograr una recaudación original en aquellos grupos de mayor capacidad contributiva. En este sentido, y mientras no se encuentre una alternativa mejor, deben rescatarse las retenciones como uno de los impuestos posibles de ser reducidos más progresivos en términos de quienes lo pagan.

* Finalmente, resulta fundamental el rediseño de las funciones y la reforma del

aparato estatal de modo que pueda cumplir eficazmente un papel activo como árbitro que regule y fiscalice la ejecución de estas reformas. Un programa como el citado, con un sentido progresista, antimonopolístico, que rescate el rol protagónico del estado como árbitro y regulador de la reforma, que defienda los intereses del ciudadano-consumidor, no podrá estar fundado en una alianza corporativa como la que sostiene al gobierno actual y requerirá de la madurez de la clase política para acordar sus aspectos básicos frente a las presiones sectoriales de los grupos de poder.

Resulta interesante remitirse a dos ejemplos que pueden resultar elocuentes para expresar el sentido de esta propuesta:

* La política económica activa del gobierno radical en torno a algunas variables clave de la economía—sin detenerse aquí en un análisis global de aquella—permitió la estabilidad y oscilación mínima, en un contexto marcadamente crítico, del tipo de cambio real en torno a un nivel adecuado para la expansión en la exportación de productos industriales, que prácticamente se duplicó en el período 83/89.

* Un modelo frecuentemente citado como el chileno—al que tampoco se pretende evaluar globalmente—por el logro de un capitalismo exitoso, basó entre otros aspectos su estrategia en un aparato estatal que tuvo un papel protagónico en la definición del modelo y en el apoyo al sector privado. Así, la expansión de las exportaciones no tradicionales originadas en el sector privado fue impulsada a partir de la creación de un organismo público (Chile Exporta) que tuvo un rol fundamental en el apoyo técnico y administrativo al sector privado para la conquista de nuevos mercados.

Por último, debe reiterarse la idea de que

no es independiente de este tema la base de sustentación política de quienes emprendan estas reformas. Un programa como el citado, con un sentido progresista, antimonopolístico, que rescate el rol protagónico del estado como árbitro y regulador de la reforma, que defienda los intereses del ciudadano-consumidor, no podrá estar fundado en una alianza corporativa como la que sostiene al gobierno actual y requerirá de la madurez de la clase política para acordar sus aspectos básicos frente a las presiones sectoriales de los grupos de poder.

Peronismo y Mememismo

No corresponde a estas páginas el análisis de los incontables avances autoritarios del gobierno en lo político pero queda claro que en nada parecen contradecir y la tradicionalmente conflictiva relación entre peronismo y democracia "formal". Se pueden apuntar al respecto algunos elementos que marcarían una continuidad entre peronismo y mememismo:

* El voto popular como legitimación de una alianza corporativa: si bien se puede señalar el sentido económico popular que caracterizó al primer gobierno peronista, esto tuvo mucho que ver con las necesidades de expansión del mercado interno que el modelo de sustitución de importaciones requirió en su primera etapa, modelo al que el peronismo nunca pudo trascender. Cada

vez que este modelo entró en crisis y requirió ser ajustado, lo que sucedería con cada vez mayor frecuencia y profundidad, su base popular no fue obstáculo para que se realizaran los ajustes que el mismo requeriera.

En ese sentido tampoco es novedosa la alianza con los sectores ortodoxo-conservadores o liberales venecianos. Y en tiempos de la crisis de 1952 Perón apeló a la ortodoxia con Gómez Roca, el discurso de la justicia social es súbitamente sustituido por el que se relacionaba con los congresos de la productividad.

A medida que la crisis se profundiza y el modelo se agota, la alianza se hace más desdibujada, como en el '75 primero y en esta experiencia peronista al mando de Menem. De hecho, la amplitud ideológica del peronismo es el campo ideal en el cual se pueden gestar este tipo de alianzas. Resulta muy gráfica la expresión del renovador Eduardo Amadeo: "Los peronistas estamos para la distribución. Los liberales para el ajuste de la economía".

* La tradición populista del peronismo: tampoco en este aspecto el gobierno de Menem significaría una ruptura con la tradición peronista. Si bien se podrá argumentar que hoy está ausente las movilizaciones populares, la plaza llena, no debe olvidarse que la tradición populista actual no tiene mundialmente al pueblo como sujeto, sino más bien a la opinión pública, formada en los medios de comunicación masiva. En esta dirección puede interpretarse la saturación

de los medios con todo lo que tenga que ver con el mensaje privatista, imposibilitando la enunciación de cualquier propuesta alternativa. Con ese criterio efectista son encaradas reformas estructurales de largo plazo como las privatizaciones, la reforma del estado, etc. de modo de lograr impactos permanentes en la opinión pública como medio para mantener el poder, más allá de cualquier proyecto de mediano o largo plazo.

En su otra versión, si se caracterizar al populismo como a aquella estrategia que apela a la utilización de recursos extraordinarios para financiar el desarrollo de la productividad, desentendiéndose de los problemas que esto genere en el futuro, puede marcarse una continuidad entre el distribucionismo peronista de la primera época—financiado a partir de, entre otras fuentes, la postergación de los gastos de inversión, el comienzo de la decadencia en los servicios públicos, la utilización de recursos extraordinarios en el tiempo como los Fondos de Previsión Social, etc.—y la mera sustitución actual en la que los gastos cotidianos son financiados mediante la utilización de recursos extraordinarios obtenidos a partir de la venta de activos públicos como sustituto de otras formas más ineficaces y conflictivas como la recaudación de impuestos.

De financiar, entonces, el corto plazo a partir de postergar las inversiones necesarias para el largo plazo, a hacerlo mediante el directo remate de la inversión acumulada por la sociedad a lo largo de su vida económica, la diferencia es de grado, no de fondo.

Conveniencias e inconveniencia de la ley de lemas

Cuando el árbol tapa el bosque

Lilía Puig de Stubrin

Respondiendo a los comentarios favorables a la introducción de la ley de lemas en algunos distritos electorales del país, hechos por Carlos Bonantini en LCF/28, la autora considera exagerado el optimismo sobre los efectos democratizantes de esta discutible reglamentación. Se propone, en consecuencia, no abrir una polémica sobre el tema, sino brindar algunos elementos complementarios para tener una mayor comprensión de sus alcances.



asume el partido frente a la ciudadanía por la calidad de sus candidatos y por la eficacia de su gobierno y con la capacidad de control que el electorado tiene sobre los partidos que han transitado por el gobierno y que deben, en las elecciones periódicas y competitivas rendir cuentas de su gestión de los intereses colectivos.

Por el contrario, los sublemas y las alianzas electorales entre sublemas de un mismo partido y lemas y sublemas de distintos partidos, son sujetos jurídicos conformados al efecto de la elección y sin responsabilidad política alguna. Esta afirmación se funda en el modo de constitución de los sublemas, la falta de garantía de su perdurabilidad poselectorales y la primacía de la voluntad del apoderado que sólo responde ante los cinco promotores del sublema. Respecto de la primera, la legislación estableció que el porcentaje de los afiliados de los partidos debían avalar con su firma la conformación del sublema de acuerdo con el nivel territorial de representación, pero lo que no determinó fue un interdicto para impedir el aval múltiple ni tampoco atribuciones y/o responsabilidades en los casos respecto del sublema. Ello ha redundado en la difusión de las has condensadas prácticas clientelares, en la proliferación de sublemas montados para "negociar" posteriores ubicaciones en las listas de los sublemas más expectables, en la falta de control de las acciones de los apoderados, verdaderos dueños de los sublemas y/o alianzas.

En cuanto al segundo y tercer motivos debe destacarse que su extinción jurídica por consunción en el acto electoral deja a los ciudadanos inermes ante la acción de los elegidos y al permitirle las alianzas electorales entre unidades políticas de distinto signo los subtemas avalados por afiliados de un partido pueden subsistir dentro de otro modificándose así su mandato originario sin que los analistas sean consultados. Las decisiones del apoderado son las únicas jurídicamente válidas y no requieren de consultas previas (ni siquiera ante el mísculo grupo de sus cinco partidarios).

La segunda cuestión remite al argumento clásico de impugnación de este tipo de legislación: el elector vota por

un candidato pero su voto puede contribuir al caudal electoral de otro. En este sentido se diluía al ciudadano a través de la teoría del doble voto simultáneo, haciéndole creer que está votando por un candidato, cuando en realidad la única certidumbre que podría llegar a tener es que lo está haciendo por un lema. Ahora, en el caso santafesino, podría ocurrir que ni a esta certeza llegara el elector, ya que en caso de que la alianza electoral esté compuesta por subtemas de distintos rangos, el partido del mayor número de afiliados atraerá los votos obtenidos por la alianza electoral. A este hecho se aludía al mencionar la confusión de niveles de representación política.

La cuarta cuestión a señalar es la conocida preocupación por la posibilidad de que

lleguen a cargos electivos quienes no obtuvieron ni la mayoría de los votos ni la primera minoría.

Esta enumeración ha tenido por objeto llamar la atención a quienes sostienen el efecto democratizador de la ley. Porque permite una mayor votación electoral y en esta forma, de alguna manera, se podría favorecer la renovación partidaria. Argumento discutible desde el momento en que la ley no asegura igualdad de posibilidades financieras para sufragar los costos electorales de todos los grupos internos, siendo eso una limitación sustantiva cuando se trata de un distrito del tamaño del de la Provincia de Santa Fe.

A contrario sensu sostengo que la ley puede contribuir a la crisis de representa-

ción ya que desprotege al elector, favorece la acción de los aparatos —fundamentales en los momentos claves de la constitución de los subtemas y de las alianzas electorales—, quitando así claridad a la toma de decisiones. Además, por el sistema de proporcionalidad para distribuir los cargos legislativos dentro de cada lema, puede hacer de la cámara de diputados un órgano inoperable. Creo necesario recordar a N. Bobbio en su reclamo de transparencia y de cumplimiento de la regla de la mayoría para la consolidación de la legitimidad democrática. Por otra parte, no debe confundirse la oferta electoral con su disponibilidad. Si no se garantiza la dirección del voto por parte del sufragante no hay participación electoral real.

Necesidad de nuevas utopías

La categoría de progreso histórico y la reconstrucción de la teoría socialista

Julio Godio

1. Revolución conservadora y progreso

Los tiempos actuales no son favorables para Marx: una de sus tesis centrales se ha desplomado por los efectos de gigantesco acontecimiento histórico. Esta tesis —planteada como aspecto central en *El Capital*— era la siguiente: el capitalismo es un sistema ya "maduro" para su desaparición y sustitución por el socialismo.

La pretendida "madurez" histórica para el advenimiento del socialismo ha sido refutada por la actual llamada "revolución conservadora". En efecto, el capitalismo, entendido como "civilización", ha recuperado la iniciativa con la llamada "revolución conservadora": formación de la economía global, tercera revolución tecnológica, formación de regiones económicas hegemónicas (Norteamérica, Japón -Cuenca del Pacífico y Europa Occidental), consolidación de poderes político-militares supranacionales y reorganización de la hegemonía cultural con eje en las grandes tradiciones del liberalismo político. Al mismo tiempo, el colapso del socialismo real ha tenido efectos directos más allá de las fronteras del "campo socialista", y ha afectado gravemente al socialismo como ideal y como teoría, como movimiento socio-político de renovación moral e intelectual de las sociedades. Este es el cuadro real de la situación del mundo actual.

Dentro de ese contexto de hegemonía cultural del capitalismo, otro sujeto de la historia ha sido duramente castigado: se trata de los países del llamado "Tercer Mundo". En efecto, el discurso ideológico proveniente del *establishment* de EE.UU. y Europa Occidental es claro y cruel: los países del Tercer Mundo finalizaron victoriosamente entre 1930 y 1980 una tarea histórica básica: la de las revoluciones anticoloniales. Realizaron cambios progresivos en las estructuras agrarias, accedieron a modalidades de industrialización y se movieron hacia la implantación de instituciones políticas con

La utopía es más vital cuando establece conexiones con el conocimiento científico porque éste le permite adoptar las formas políticas necesarias para convertirse en un producto histórico concreto. Tal enlace, que se encuentra en la base del éxito de la revolución rusa de 1917, es el que no se ha producido desde entonces. El "efecto invernadero" parece tener a la utopía como primera víctima, en tanto que la reconstrucción de la teoría socialista pugna por salir del espacio en el que ha sido derrotada, el de la "productividad del trabajo".

participación popular. Pero, hasta aquí llegaron, y ahora deben asimilar el verdadero sentido profético de la antigua colonización: entonces estaban, y hoy todavía están, en estadios civilizatorios inferiores al mundo europeo occidental y la civilización japonesa. En consecuencia, no tienen otro camino que aceptar las estructuras productivas y comerciales al mercado mundial según modalidades de economías neoliberalistas. Para el Tercer Mundo las líneas maestras de las políticas económicas deberán ajustarse a los patrones del FMI.

2. El núcleo dinámico de la cultura occidental

Paradójicamente, el desplome "práctico" de aquella tesis de Marx, abre nuevas perspectivas para la reflexión socialista, en tanto era una losa que había sepultado desde décadas el núcleo racional de la teoría marxista. En primer lugar, la tesis de que el capitalismo está "maduro" para dar paso al socialismo, es un exabrupto de Marx que muestra claramente el aspecto más mecanicista de su teoría. En efecto, si bien Marx descubrió y

no hacer suya la categoría de mercado. Por ello el mercado no es sólo la competencia de sujetos económicos, sino el instrumento idóneo de una sociedad socializada para permitir a los hombres efectivizar sus "subjetividades", esto es ejercitar las pruebas materiales de la existencia subjetiva sin las cuales no puede construirse el escenario para el despliegue del ciudadano como categoría socio-política.

Protestantismo, liberalismo, experimentación científica, mercado; estas categorías culturales constituyen el núcleo articulador de la civilización capitalista. Este conjunto cultural es núcleo articulador de la cultura occidental y es hoy el patrón de referencia del conjunto de la cultura universal.

Al reconocer la teoría económica socialista al mercado como institución esencial del socialismo, la teoría política del socialismo no puede sino reconocer como otra institución esencial a la democracia. No existe hegemonía de la primera institución (mercado) sobre la segunda (democracia pluralista), porque ambas se complementan. Lo político establece en el socialismo las necesarias regulaciones en el mercado y en el régimen de propiedad para permitir el desarrollo de democracias económicas, políticas y sociales.

Es cierto que el capitalismo desarrollado contiene fuertes componentes de irracionalidad y violencia, pero esos componentes han existido también en todas las formaciones económico-sociales conocidas. Por el contrario, lo sustancial consiste en hacer explícito, sin dejar lugar a dudas, que la civilización occidental europea (y por ende también en los EE.UU.) está asociada por un largo período histórico al dinámico modo capitalista de organización del trabajo y desarrollo de las fuerzas productivas. Y que, además, ese conjunto de la cultura occidental está en condiciones de desarticularse y promover cambios progresivos en otras culturas y civilizaciones. Este mismo conjunto dinámico ha logrado también sofocar las rebeldías corporativo-humanistas de la Iglesia Católica. En la enciclica *Centesimus*

Annus, el Papa Juan Pablo II, si bien se regocija por el fin del socialismo, debe reconocer al mismo tiempo que lo que "ha triunfado" es el "liberalismo", el otro gran enemigo presente en la enciclica *Reveram Novaram* de 1891.

Atrapados entre las categorías evolución/catastrofe —sin acceder a la categoría teórica de civilización capitalista— los líderes europeos de la II Internacional, se dividieron entre reformistas pragmáticos y revolucionarios subjetivistas. La competencia entre ambas tendencias se exacerbó, lógicamente, inmediatamente después de la revolución rusa. Como era previsible, tales tipos limitados de "intelectuales orgánicos" no estuvieron en condiciones de organizar estilos de pensar lo político que permitiese subsistir y renovar la cultura occidental con los valores morales e intelectuales del socialismo. El esfuerzo gigantesco de Gramsci, el discípulo auténtico de Marx en Europa Occidental —en tanto fue capaz de escribir en los momentos épicos de la revolución rusa que ésta era en realidad una "revolución contra El Capital!"— no pudo ejercer ninguna influencia seria entre los elementales debates entre reformistas y marxistas-leninistas.

3. Utopía y desenlace

Hay dos grandes clases de utopías. Las que son pensadas con gran adelanto histórico a un escenario socio-político favorable, y que suelen reaparecer en la historia en momentos posteriores cuando son reclamadas como respuestas prácticas. Pero entonces, esas utopías, horadadas por el tiempo pasivo transcurrido por ellas y por la complejidad del momento que las reclama, se expresan en forma rudimentaria. Estas utopías suelen producir movimientos sociales heroicos pero torpes. Pero existen las utopías que suelen corresponderse en el tiempo con reclamos ideológicos de movimientos sociales inmediatos. Entonces esas utopías pueden desencadenar gigantescos procesos revolucionarios, que transforman el orden existente, pero sin poder realizar los ideales igualitaristas presentes en toda utopía, pudiendo a su vez dar lugar a productos reaccionarios. A su vez, la utopía es más vital cuando establece conexiones con el conocimiento científico, porque él le permite en tanto utopía, adoptar las formas políticas necesarias para convertirse en un producto histórico-concreto. Es posible que éste haya

sido el caso de la revolución rusa y su acción en el curso de la historia universal.

La pregunta es la siguiente: ¿cómo se combinaron ciencia política y utopía en la revolución de Octubre? A riesgo de esquematismo se podría afirmar que el aspecto "científico" de la revolución rusa reside en la resolución correcta en octubre de 1917 de cinco cuestiones fundamentales: la salida de la guerra; la reforma agraria; la hegemonía estatal de las masas trabajadoras; la democratización de la gestión en las empresas y el derecho político de las nacionalidades oprimidas en el imperio ruso a su autogestión. Obviamente, esas transformaciones democráticas eran para los bolcheviques sólo el piso socio-político para la organización de una nueva pero incierta formación económico-social.

Los bolcheviques participaron de la tesis que el éxito del socialismo dependía de su realización inicial en los países industrializados. Por eso concibieron a la revolución rusa como el preámbulo de la revolución socialista en Europa Occidental, y en particular en Alemania. Esta idea es la que Lenin expresa en un discurso de febrero de 1917, en la estación de la Gran Grada: "¡Viva la revolución rusa, inicio de la revolución mundial! En esta corta fase reside la grandeza, pero también la tragedia de la revolución socialista en Rusia.

En efecto, el hecho que los bolcheviques no hubiesen elaborado teóricamente un modelo socio-económico coherente no fue una casualidad. Los bolcheviques pensaban limpiar al país de todas las formas precapitalistas, sustituir el capitalismo industrial privado por el capitalismo de estado, promover el cooperativismo y ensanchar la economía agrícola colectivizada soviética con la gran industria alemana. Estas eran las ideas de Lenin, Trotski y Bujarin. De esas ideas se desprenderán entre 1918-1923 acciones políticas concretas alrededor de un núcleo teórico central: transformar la supuesta "situación global revolucionaria" europea en revolución socialista.

En la tesis de que el socialismo era inviable en Rusia sin revolución por lo menos en Alemania, se merecían peligrosamente



socialista era posible en Europa. La tesis acerca de una "situación revolucionaria" en Europa era errónea, puesto que lo que realmente existía era un serio desorden político, con manifestaciones de insurreccionalismo espontáneo en algunos países. La supuesta tesis de "situación global revolucionaria" era, en realidad, una versión actualizada de la vieja idea utópica de Marx del agotamiento prematuro de la civilización capitalista. Tanto Marx como Lenin y Trotski eran, sin duda, prototipos de grandes revolucionarios y por lo tanto proclives al utopismo y a querer "forzar" el curso de la historia.

Como ya había adelantado Hegel, el poder estatal termina por imponer su racionalidad a aquellos que confunden objetividad histórica con intereses particulares. La sanción concreta fue la derrota de los espartaquistas alemanes en 1919 y, entre 1919-1923, el restablecimiento de la hegemonía de la "civilización burguesa" en la sociedad civil europea. Fue en este momento (1923) cuando Lenin y Bujarin comenzaron a pensar seriamente cómo instalar a la Rusia Soviética en Europa como protector del socialismo. Entonces, lo que había sido pensado como un retroceso "táctico", es decir la Nueva Política Económica (NEP), que en esencia preveía un sistema de economía mixta, fue pensado como modo económico. En el último año de su vida, ya enfermo, Lenin comienza a pensar desordenadamente en un modelo socio-económico orgánico: cooperativismo, desburocratización del estado, extensión de las "relaciones mercantiles", posibilidad efectiva de sucesión estatal de algunas nacionalidades, etc. Pero ya era tarde, porque esto implicaba para el bolchevismo una "revolución positiva" de la llamada "democracia burguesa" y especialmente del socialismo reformista europeo. Pero esa revalorización era imposible porque predominaba en el bolchevismo la convicción de que pudo conquistar el poder por su posición política frontal a la "Europa burguesa", de la cual la socialdemocracia revisionista era un subproducto a "combatir y barrer" del movimiento obrero. En esta visión, "estretcho" sólo puede construirse a partir de países capitalistas desarrollados (lo cual, implícitamente reconoce que el socialismo sólo es viable como "civilización superior" al capitalismo), y la idea falsa de que la revolución

socialista era posible en Europa. La tesis acerca de una "situación revolucionaria" en Europa era errónea, puesto que lo que realmente existía era un serio desorden político, con manifestaciones de insurreccionalismo espontáneo en algunos países. La supuesta tesis de "situación global revolucionaria" era, en realidad, una versión actualizada de la vieja idea utópica de Marx del agotamiento prematuro de la civilización capitalista. Tanto Marx como Lenin y Trotski eran, sin duda, prototipos de grandes revolucionarios y por lo tanto proclives al utopismo y a querer "forzar" el curso de la historia.

Como ya había adelantado Hegel, el poder estatal termina por imponer su racionalidad a aquellos que confunden objetividad histórica con intereses particulares. La sanción concreta fue la derrota de los espartaquistas alemanes en 1919 y, entre 1919-1923, el restablecimiento de la hegemonía de la "civilización burguesa" en la sociedad civil europea. Fue en este momento (1923) cuando Lenin y Bujarin comenzaron a pensar seriamente cómo instalar a la Rusia Soviética en Europa como protector del socialismo. Entonces, lo que había sido pensado como un retroceso "táctico", es decir la Nueva Política Económica (NEP), que en esencia preveía un sistema de economía mixta, fue pensado como modo económico. En el último año de su vida, ya enfermo, Lenin comienza a pensar desordenadamente en un modelo socio-económico orgánico: cooperativismo, desburocratización del estado, extensión de las "relaciones mercantiles", posibilidad efectiva de sucesión estatal de algunas nacionalidades, etc. Pero ya era tarde, porque esto implicaba para el bolchevismo una "revolución positiva" de la llamada "democracia burguesa" y especialmente del socialismo reformista europeo. Pero esa revalorización era imposible porque predominaba en el bolchevismo la convicción de que pudo conquistar el poder por su posición política frontal a la "Europa burguesa", de la cual la socialdemocracia revisionista era un subproducto a "combatir y barrer" del movimiento obrero. En esta visión, "estretcho" sólo puede construirse a partir de países capitalistas desarrollados (lo cual, implícitamente reconoce que el socialismo sólo es viable como "civilización superior" al capitalismo), y la idea falsa de que la revolución

socialista era posible en Europa. La tesis acerca de una "situación revolucionaria" en Europa era errónea, puesto que lo que realmente existía era un serio desorden político, con manifestaciones de insurreccionalismo espontáneo en algunos países. La supuesta tesis de "situación global revolucionaria" era, en realidad, una versión actualizada de la vieja idea utópica de Marx del agotamiento prematuro de la civilización capitalista. Tanto Marx como Lenin y Trotski eran, sin duda, prototipos de grandes revolucionarios y por lo tanto proclives al utopismo y a querer "forzar" el curso de la historia.

Como ya había adelantado Hegel, el poder estatal termina por imponer su racionalidad a aquellos que confunden objetividad histórica con intereses particulares. La sanción concreta fue la derrota de los espartaquistas alemanes en 1919 y, entre 1919-1923, el restablecimiento de la hegemonía de la "civilización burguesa" en la sociedad civil europea. Fue en este momento (1923) cuando Lenin y Bujarin comenzaron a pensar seriamente cómo instalar a la Rusia Soviética en Europa como protector del socialismo. Entonces, lo que había sido pensado como un retroceso "táctico", es decir la Nueva Política Económica (NEP), que en esencia preveía un sistema de economía mixta, fue pensado como modo económico. En el último año de su vida, ya enfermo, Lenin comienza a pensar desordenadamente en un modelo socio-económico orgánico: cooperativismo, desburocratización del estado, extensión de las "relaciones mercantiles", posibilidad efectiva de sucesión estatal de algunas nacionalidades, etc. Pero ya era tarde, porque esto implicaba para el bolchevismo una "revolución positiva" de la llamada "democracia burguesa" y especialmente del socialismo reformista europeo. Pero esa revalorización era imposible porque predominaba en el bolchevismo la convicción de que pudo conquistar el poder por su posición política frontal a la "Europa burguesa", de la cual la socialdemocracia revisionista era un subproducto a "combatir y barrer" del movimiento obrero. En esta visión, "estretcho" sólo puede construirse a partir de países capitalistas desarrollados (lo cual, implícitamente reconoce que el socialismo sólo es viable como "civilización superior" al capitalismo), y la idea falsa de que la revolución

Dos importantes encuentros en Buenos Aires

La reaparición de la igualdad

Gustavo Pita

A lo largo de los tres días que duró el coloquio sobre la igualdad pudimos asistir a una interesante discusión sobre este tema por parte de expositores argentinos, franceses, chilenos, alemanes y belgas que abordaron la cuestión desde muy diversos ángulos: la teoría jurídica, la filosofía, el psicoanálisis, la sociología y la historia.

Este evento, creemos, se relaciona con el resurgir de la filosofía política como posibilidad, como ámbito, de una reflexión que tome cierta distancia de las ciencias sociales, y que reponga en toda su potencia aquellas cuestiones que marcaron el pensamiento clásico y que fueron subsumidas durante varias décadas a un pensar que redujo la política a un ámbito particular.

Es desde esta recuperación de las temáticas clásicas del pensamiento político, articuladas con los desarrollos teóricos contemporáneos, que hoy se hace posible, frente a la crisis de la política, reponer a ésta con toda su fuerza.

Este intento es el que hemos encontrado en varias de las ponencias presentadas en el Coloquio; repensar hoy la igualdad haciendo de cargo de los problemas que ésta nos presenta.

Por una parte la relación siempre problemática para el pensamiento político moderno entre igualdad y libertad, tensión ésta que nos mostró brillantemente Claudia Hilb recorre las reflexiones de los teóricos de la política desde Hobbes y Locke hasta Arendt y Rawls articulándose de maneras diversas en cada pensador. La igualdad, junto con la libertad aparecen aquí como los principios de nuestra cultura política, como el "horizonte de sentido" de la modernidad. La igualdad es la figura que se daría la comunidad en el pensamiento del individuo portador de la libertad, es la memoria de un espacio común.

¿Cómo aparece la igualdad en una sociedad democrática que tiene al pluralismo como un principio central? ¿De la igualdad de qué nos estamos hablando? Chantal

Pasando inadvertidos para la mayor parte de la sociedad y de los medios de comunicación, dos encuentros de importancia central tuvieron lugar en la Argentina. Tanto el *Coloquio Internacional: la Igualdad* impulsado por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires y el College International de Philosophie de París, como el XV Congreso Mundial de Ciencia Política, elevaron sus voces que se pasearon como fantasmas por las calles de Buenos Aires. ¿Por qué tan poco interés? Las causas pueden ser muy profundas, y en todo caso fue la evidencia de la falta de centralidad de la ciencia en el debate sobre el futuro de la sociedad. Igualmente, esta situación repercute de formas diferentes en cada rama del pensamiento. Mientras para la filosofía política se abre un debate que toma distancia de las ciencias sociales y adquiere un espesor propio, para la ciencia política, como se la concibe hoy día se le hace difícil apropiarse de un espacio posible de analizar bajo sus parámetros, y su eficacia se diluye entre el resto de las ciencias sociales de un lado, y entre la filosofía de otro. Al igual que en entregas anteriores de *La Ciudad Futura*, el tema de la teoría política en general se debate en este mismo número en el ensayo de Dahrendorf y el artículo de Julio Godio.

Mouffe introdujo esta cuestión en su ponencia a través de una reflexión sobre la obra de Carl Schmitt. Este autor distingue entre igualdad democrática e igualdad liberal. Esto es, frente a una igualdad que se presenta como igualdad de la humanidad pensada la constitución de un nosotros, de un pueblo. Para Mouffe lo reivindicable del

planteo schmittiano, no es la idea de una totalidad homogénea y absoluta al interior del estado nación sino la necesidad de definir a otro de la democracia, la necesidad de construir una alteridad desde principios. La igualdad aparece como políticamente constituida y requiere la construcción de una frontera.

Como vemos en ambos casos la igualdad es recuperada como el lugar de la "comunidad, como lo que permitiría trascender una concepción individualista de la libertad; es el mismo intento que aparece en la exposición de Isidoro Cheresky, quien pone a la igualdad como umbral de la acción política, de Carlos Nino, quien desde una perspectiva rowlesiana piensa la igualdad como producto de la constitución de los principios de justicia, imprescindible para la concreción de una sociedad bien ordenada, y de Juan Carlos Portantiero, quien desde una perspectiva más sociológica presenta la igualdad como indispensable para pensar la democracia, formulando una crítica a los inicios presentes en América Latina por imponer a la democracia como siendo solamente un conjunto de mecanismos institucionales.

Quisieramos mencionar especialmente tres exposiciones que nos parecieron excelentes: la de Michel Tort: "L'égalité et les frères", en la cual cuestionó ciertos principios de la teoría psicoanalítica y desde allí relevó algunas cuestiones de la revolución francesa, la de Hélène Védrine quien analizó la aparición de la problemática de la igualdad en el renacimiento, refiriéndose a la obra de Maquiavelo y de Hobbes y estableciendo entre ambas una serie de diferencias y especialmente la exposición de Monique David-Ménard quien presentó un análisis sumamente original sobre la moral kantiana leída a la luz de la relación de Kant con Swedenborg, que iría mucho más allá de la clásicamente conocida crítica que Kant formula en su obra "Sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica" haciéndose presente también, y como influencia positiva, en las formulaciones morales desarrolladas en la "Crítica de la razón práctica" y en la "Fundamentación de la Metafísica de las costumbres". Actividades como este coloquio crean espacios fundamentales para la discusión y la reflexión, no demasiado comunes en nuestros ámbitos académicos. Esperemos que se repita.

U na buena muestra de la indiferencia de la sociedad en su conjunto con respecto a las ciencias sociales y sus protagonistas, lo constituye el trato, entre escaso y frívolo, que diarios, revistas y televisión dedicaron al Congreso Mundial de Ciencia Política celebrado en el Nacional Buenos Aires entre el 21 y el 25 de julio pasado. El problema aparece muy complejo, mucho más que la falta de "madure entre las fuerzas políticas... para aprovechar nuestros servicios", como razonara Atilio Borón, uno de los participantes del evento. En todo caso, al provincialismo de una parte le corresponde una escasa agudeza y una falta de creatividad de la otra, que refuerzan la imagen del politólogo como "periodista político que para vender su paquete ideológico utiliza citas eruditas como efecto de halo" (José Nino).

Sin dudas, el primer y más grande llamado de atención sobre esta pérdida de vitalidad de la ciencia política fue la revolución democrática que sacudió a Europa oriental y que nadie —y la ciencia política mucho menos— supo adivinar. Un poco por el orgullo herido, y otro poco por tener más cerca que nunca un "punto de vista" en el que se podría hacer algo, es que la situación en el Este fue una figura estelar del congreso. La transformación/creación de las relaciones sociales y de producción a la vez que la conformación de un nuevo orden político es una situación cuyo antecedente más próximo se remonta a la segunda guerra. Pero si la única circunstancia bajo la cual la economía de mercado y la democracia pueden implementarse y prosperar simultáneamente es aquella en la que ambas son forzadas sobre la sociedad desde afuera y garantizadas por relaciones de dependencia y supervisión internacional por un largo tiempo" (Clare O'Flynn) es una perspectiva que hoy mucho más inciertas que las de la RFA o el Japón de los años '50. Se abre una nueva oportunidad para el desarrollo de una teoría política que no se limite a las democracias estables, y pueda desenvolverse en terrenos menos sólidos con la misma soltura.

La posibilidad de identificar a la ciencia política como ciencia de la democracia sólo se concreta o bien si contribuye a la emergencia de regímenes democráticos allí donde no los hay, o bien si, paradójicamente, desconoce estas situaciones. Quizás esto último habrá pasado en la incapacidad de avizorar los procesos que se estaban gestando en los países socialistas. La "vocación" con la que los cientistas sociales del Este llegaron al congreso para explicar su desconcierto frente a la revolución democrática —las insuficientes condiciones de trabajo: falta de datos ciertos, censura, ausencia de ámbitos de intercambio, etc.— además de atender a un llamado de atención que sus colegas occidentales en lo que se refiere al hincapié hecho en sus investigaciones sobre los sistemas políticos estables. Si por un lado esto fortaleció la imagen de un tipo de conocimiento con un campo propio, por otra parte introdujo con claridad la problemática del centro y la periferia en el seno de la ciencia política. "Textos típicos de ciencia política en el Oeste, dice Jerry Wiatr,

El congreso de Ciencia Política y América Latina

La política o los cuatro de Nueva York

Ernesto Semán



prestaron poca atención (si es que prestaron alguna) a los procesos de establecimiento de regímenes democráticos pero ignoraron las transformaciones que tenían lugar en países que aún no eran plenamente democráticos (Jerry Wiatr). La queja podría extenderse hacia nuestro continente, porque la ciencia política rehuyó siempre de aquellos terrenos en los que "lo político" es aún lo inabismable, amenazada por la sociología y la economía de un lado, por la filosofía del otro. América Latina es un límite que se hizo sentir en el congreso hasta en su misma organización. ¿Ya que cuando en un servicio del estado se roban más de diez mil dólares a los usuarios, como ocurrió con muchos de los asistentes que hicieron sus reservas por correo —y a nadie se le ocurrió que esto debe ser investigado y severamente castigado— las explicaciones sobre las trabas que la burocracia pública pone a una gestión de gobierno remiten siempre a otras sobre la ubicación del poder, la estructura de la sociedad, etcétera.

Este desencuentro histórico no dejó de estar presente en el Congreso. El atractivo de presenciar en la Argentina un acontecimiento de tamaña significación podía ser de observar si este universo periférico y conflictivo ponía en tensión algunos supuestos de la ciencia política, y obligaba a una redefinición de lo político correspondiente con estas latitudes. En realidad, los efectos de esta contaminación no fueron siempre los buscados. Por ejemplo, una cierta impudicia cercana a la impunidad propia del territorio llevó a que algunos abandonaran sus pruritos para confirmar públicamente, al fin, que lo "valioso de estos congresos es el pastilar" y que "muchos colegas occidentales en lo que se refiere al hincapié hecho en sus investigaciones sobre los sistemas políticos estables. Si por un lado esto fortaleció la imagen de un tipo de conocimiento con un campo propio, por otra parte introdujo con claridad la problemática del centro y la periferia en el seno de la ciencia política. "Textos típicos de ciencia política en el Oeste, dice Jerry Wiatr,

talmente los referidos a sistemas de partido y funcionamiento de los poderes. Pero la escasa estabilidad y autonomía de los procesos políticos, sumado a la fragmentariedad de las experiencias locales hacen difícil el encuentro de variables estructurales que explique un funcionamiento y ofrezca conclusiones con algún carácter predictivo. De ahí la sensación de que muchos trabajos no terminan de separarse de una aguada investigación periodística.

En otros campos, como los relacionados con las problemáticas del estado y la administración, los debates resultaron de mayor envergadura. Pues la cuestión de la consolidación de una burocracia técnica permeable a formas de gestión democráticas demandó en Argentina, por ejemplo, buena parte del tiempo de gobierno de Alfonsín y fue el límite para muchos de sus ilusiones. "El conflicto entre rutina e innovación" se ve que la primera surge de "la constante repetición de operaciones y decisiones programadas, o de la resolución diaria de conflictos y crisis resultantes de la implementación de la política común" y da lugar a "un eterno forcejeo con el presente, que excluye las posibilidades de imaginar el futuro" (Oscar Oszlak). El trabajo de Oszlak desmenua el rol de las agencias estatales no como el accionar de una conspiración organizada, sino como algo mucho más difícil de hallar y desbaratar. En este punto sería legítimo preguntarse, como lo hicieron muchos, por qué los cientistas sociales jugaron un papel tan lateral en el proceso de modernización del estado. Y la respuesta no puede desvincularse de las formas que la teoría democrática adquirió en nuestros países, que la ubica en la riesgosa posición de convertirse en una ciencia "de lo que pasó". Como reconoció Wiatr, sólo si se logra el objetivo de "explicar, predecir, advertir y prescribir" procesos políticos "la ciencia política puede ser verdaderamente relevante en los procesos de transformación democrática". No es un objetivo necesario para la investigación, pero si se lo pretende, como suele suceder, no debería olvidarse las condiciones. Y la conciencia de que "si los go-

biernos y otros actores sociopolíticos buscan democratización sin modernización del estado habrá ingobernabilidad" (Fernanda Calderín y Mario Dos Santos) se hizo fuerte sólo a fines de los '80, cuando la mayoría de los países de América Latina habían chocado ya varias veces contra la pared que significa este dilema. De la misma manera, la discusión sobre la burocracia estatal que se escuchó en el congreso, fuera de su certeza, parece atrasada con respecto al "timing político", en momentos en que la consolidación de un cuerpo técnico homogéneo que trascienda la coyuntura política al frente de las agencias estatales más importantes es una realidad. No puede olvidarse que en América Latina su constitución no se juega sólo en el espacio político, y que por lo general la asimétrica vinculación internacional y el peso de las corporaciones se impone por encima de otros procesos de decisión. De ahí que muchas veces, como se recordara en un artículo de *Punto de Vista* (Alberto Quevedo), en nuestros países la acción política puede convertirse en una acción de que la misma es inútil, ya que en realidad las decisiones importantes se toman en algún lugar desconocido de Nueva York.

Las ponencias sobre la teoría democrática en América Latina, si bien desconocieron algunas experiencias locales, allanaron mucho del tiempo perdido en lo que se refiere a la creación del espacio democrático y a la participación política que se venía desde distintos ángulos. O bien como el remedio a la debilidad del estado frente a las corporaciones, como parece sugerirlo Nino, o bien —en palabras de *Guillermo Alberti*— como el componente de "un movimiento que es siempre desestructurante y que hace difícil fijar reglas claras para el juego político". En todo caso, la discusión sobre la participación en los procesos de consolidación democrática no refiere a una comparación cuantitativa con los sistemas estables, sino a la idea de que "la capacidad de negociación y compromiso es lo único capaz de convertir una movilización social en poder político" (O'Flynn).

Por último, el debate hubiera sido más exhaustivo si no se hubiera limitada a los casos "normales", posibles de encuadrar en categorías preexistentes, y se hubiera avanzado sobre situaciones en las que la problemática del estado, la burocracia, la participación o la negociación con los sectores corporativos fue afrontada por otras identidades políticas. Seguramente, si los estudios comparativos incluyeran las experiencias de gobierno del PT en San Pablo o del Frente Amplio en Montevideo, se aparecerían buena parte de las "verdades históricas" que sustentaron algunas ponencias.

En fin, de lo que se trata es de una nueva comprensión de lo político. Dahrendorf

Leviatán
REVISTA DE HECHOS E IDEAS

NUMERO 42 (Invierno 1991)

Raimon Obiols: El conflicto del Golfo.
Alejandro Cercas: Los socialistas y el medio ambiente.
Joan Manuel del Pozo: Una lectura crítica del documento «La verdad o la libre liberación».
Carmen González Enríquez: Los desafíos de las nuevas democracias del Este. El caso húngaro.
Luis Colletti: Los comunistas italianos.
Jorge G. Castañeda: Latinoamérica y el final de la Guerra Fría.
Juan Nuño: La gran desilusión: el eclipse del marxismo.
François Furet: El enigma de la disgregación comunista.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30, 2.ª dcha. Tel: 410 46 96. 28010 Madrid

Suscripción anual: España: 2.000 pts. Europa: 3.000 pts. y América: 3.500 pts.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

afirma, en este mismo número de La Ciudad Futura, que la ciencia política recuperaría la agudeza de los tiempos de El XVIII Brumario de Luis Bonaparte o El político y el científico y se planteara como ciencia del hombre capaz de desmenuzarse en todas sus dimensiones, renunciando a una dimensión política de la misma manera que la sociología debió renunciar a la idea de sociedad como categoría exclusiva. Con esto, además, habrá dado otro paso en la superación de la asimetría de poder existente entre centro y periferia y que no puede menos de expresarse en la propia ciencia política. Un paso que, para empezar, conlleva al lenguaje mismo. Si pensamos que los nuevos estados democráticos de Europa

oriental no pueden continuar sirviendo como instrumento de "asimilación lingüística" en nombre de una solución racional al problema de la comunicación, como señala Watz, de la misma manera, la elección del inglés y el francés como "idiomas oficiales" (?) de un congreso realizado en América Latina no deja de llamar la atención y provocar desagrado.

Pero este paso debería seguir hasta entender fundamentalmente, que para buena parte de la humanidad lo político es algo diferente a un sistema casi visible con un punto de equilibrio como horizonte, y que el espacio de indeterminación propio de la democracia adquiere, en ciertas circunstancias, características trágicas. Y es la fragili-

dad extrema de este espacio lo que desmorona en América Latina el edificio democrático, convirtiéndolo a la política apenas en un "efecto de realidad", creencia que recubre nuestra certeza de que la suerte del mundo la deciden cuatro señores que se reúnen en un sótano en Nueva York.

Bibliografía

- MOLINELLI, Guillermo. "Institutional arrangements and 'strong' legislatures." Presentación al XV Congreso de IPSA. Bs. As., 1991.
- NUN, José. "Democracy and modernization, thirty years after." Presentación al XV Congreso de SA. Bs. As., 1991.

- NUN, José y LATTUADA, Mario. "El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias." Editorial Manantial, 1991.
- OFFE, Claus. "Capiti apleni by democratic design?" Democratic Theory facing the triple transition in East Central Europe." Presentación al XV Congreso de IPSA. Bs. As., 1991.
- OSZLAK, Oscar. "Re-democratization and the modernization of the state: Alfonsín en Argentina." Presentación al XV Congreso de IPSA. Bs. As., 1991.

- PARAMO, Ludolfo. "El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90'." Presentación al XV Congreso de IPSA. Bs. As., 1991.
- QUEVEDO, Alberto. "Política y cronología." Punto de Vista N.º 31, noviembre de 1987, Página 23.
- WIATRO, Jerry. "Politics and economics: perspectives of new democracies." Presentación al XV Congreso de IPSA. Bs. As., 1991.

Hegemonía americana

El poder y los poderosos

César Docampo

Si bien la productividad de la economía americana en su conjunto es una de las más altas del mundo, se han revelado problemas profundos en sectores de punta. Algunas perspectivas consideran estos hechos como un dato de la decadencia de la economía americana; una suerte de keynesianismo de baja calidad que ha cobijado una fabulosa redistribución negativa del ingreso. Otras escuelas, en cambio, afirman que ésta es sólo una cara más del clásico "declinismo" americano, y sostienen que nada hace pensar en una crisis de la economía que hoy produce por sí sola un cuarto del producto bruto mundial.

mundial, expresado por sobre todo en una pesada carga militar, son evidentes, y las posibilidades de una declinación acelerada más que ciertas, aunque no inevitables. El autor se cuida de no caer en catastrofismos y en la elaboración de paralelismos históricos demasiado lineales.

Afirma: "Lo que estamos presenciando actualmente son los primeros decenios del reflejo de aquella cifra extraordinariamente alta a una proporción 'natural' (de la riqueza americana respecto a la riqueza mundial, N del A). Esta decadencia está siendo disimulada por la enorme capacidad militar del país hoy y también por su éxito en 'internacionalizar' el capitalismo y la cultura norteamericana... Sin embargo, incluso cuando decaiga para ocupar su puesto 'natural' en la riqueza y el poder mundiales, en un futuro lejano, los EE. UU. seguirán siendo una potencia muy importante en un mundo multipolar, simplemente a causa de sus dimensiones".

El objetivo es: "llevar los asuntos de América a la esfera relativa de la posición de los EE. UU. se produce lenta y suavemente y no se acelera por políticas que traigan consigo ventajas a corto plazo pero desventajas a largo."

Es claro que en la perspectiva de Kennedy la declinación merece una gestión ajustada, bajo una perspectiva culturalmente nueva. Es decir, un reconocimiento de las

nuevas situaciones y una aproximación constructiva hacia ellas. En caso de que prevalezca el viejo comportamiento, se proclive a políticas de renacimiento y fortalecimiento imperial como aconteció en los ochenta, las perspectivas podrían ser sombrías.

Las evidencias de la crisis

Los "declinistas" señalan lo evidente. Los principales problemas de la economía norteamericana se expresan en cifras bastante elocuentes aunque no dejan de ser dadas en diferentes épocas.

En los ochenta los déficits en cuenta corriente se multiplicaron alcanzando un promedio por encima de los cien mil millones de dólares en los últimos años. Por otra parte, las arcas fiscales se encuentran en una situación muy comprometida con una deuda pública (gobierno nacional, estado y municipios) mayor a los 2,8 billones de dólares (55% del PNB norteamericano), de los cuales aproximadamente unos 700 mil millones están contradas con agentes externos. Es así que la perversa tendencia a endeudarse para refinar viejos compromisos ya se ha instalado con fuerza en los mecanismos presupuestarios (alrededor del

20% del gasto se dedica al pago de intereses) y las perspectivas tienden a agravarse. Un aspecto menos conocido es el profundo proceso de endeudamiento del sector privado? A partir de una intensa dinámica de desregulación financiera que venía desde los setenta, y que Reagan sólo perfeccionó, se produjeron toda una serie de prácticas especulativas, inversiones de alto riesgo y exaltación crediticia que desembocó en saudeces bursátiles y monetarias cuyas consecuencias más dramáticas recién se verán en los noventa. Ha llegado la hora de pagar las cuentas y el resultado final es difícil de dilucidar.

En principio ya se ha instalado el primer recesión después de ocho años de crecimiento. Fruto del endeudamiento excesivo antes apuntado, un tercio del sistema de ahorro y crédito se encuentra en bancarrota y los bonos basura —esa maravillosa y espuriga máquina creadora de crédito— en estado calamitoso, para peor gloria de la difunta Drexel Burnham, su principal adalid.

Las tendencias antes apuntadas son preocupantes pero no desesperantes. Si la economía americana fuera una economía entre otras, sus desequilibrios no desmentarían comparados con otras economías de la OECD, pero dado el lugar central que pretende ocupar, ciertos problemas presentan disyuntivas cruciales. Uno de los más importantes es el flujo del dólar como eje del sistema financiero internacional. En una economía tan endeudada, ¿cuáles son las posibilidades de dolar para seguir siendo el pivote de ese sistema y sostén imprescindible para el que auguran futuros mejores?

El terreno de las monedas es donde el ejercicio del poder hegemónico del dólar produce las temidas consecuencias —advertidas por Kennedy, principalmente—, de una gestión irresponsable que no implica más que "pan para hoy y hambre para mañana", como afirma Giorgio, Saccomanni y Vona:

"Los EE. UU. han estado financiando la adquisición de riqueza real desde el resto del mundo con obligaciones denominadas en su propia moneda, mientras el dólar se depreciaba. Consecuentemente, los no-residentes han sufrido pérdidas de capital que no fueron compensadas por el diferencial positivo

de la tasa de interés norteamericana respecto de las otras. No obstante esto, los inversores externos no han cambiado significativamente la denominación en dólares de sus portafolios, principalmente por gran eficiencia del mercado financiero del dólar. En cierto sentido, los EE. UU. han sido capaces de incrementar su poder de señoreaje sobre la economía mundial."

Pero esta posibilidad se realiza en el presente a costo del debilitamiento futuro: mayor endeudamiento, creciente debilidad de la moneda y mayor participación de las intrusiones extranjeras sobre la economía.

En mejores tiempos para la economía americana, la coordinación de políticas monetarias entre los principales países de la OECD se realizaba sobre la base de hechos consumados o próximos a tal punto de maduración epuclados desde Washington. Los EE. UU. lograba sus objetivos nacionales sin tener en cuenta las preocupaciones de los demás. Los segundos y terceros del sistema (Europa y Japón) resistían en niveles subóptimos, lejos de los beneficios que políticas más coordinadas hubieran traído al conjunto. A pesar de las profundas resistencias de cada vez más cerca el momento de coordinación de política monetaria en forma más permanente y si se quiere institucionalizada. No obstante, las resistencias son tremendas, porque entregar al extranjero las prerrogativas monetarias del dólar exigiría cambios profundos en el modo como se ejecuta las políticas de gasto y financiera al interior de EE. UU.

Quizás en el campo monetario es donde las sugerencias de Kennedy sobre una gestión más mesurada de la declinación sean más perentorias. Las resistencias de Washington a cooperar en el diseño de políticas para equilibrar los sistemas financieros internacionales ha sido una de las causas más citadas sólo en casos críticos cuando los costos de políticas autonómicas eran exorbitantemente altas. Se plantean aquí los problemas típicos de cualquier alianza: la relación equilibrada entre beneficios colectivos y costos individuales. Tema crítico si consideramos que la capacidad de las autoridades monetarias nacionales son cada vez más reducidas para controlar los flujos monetarios especulativos de un mercado financiero globalizado. ¿Cuál será el punto de inflexión? Nadie lo sabe, pero es claro que los tiempos se vuelven más apremiantes a medida que los mercados se encuentran más inestables. La época de políticas unilaterales parece acabarse pero los tipos de coordinación, más necesarios y más difíciles que nunca, no son claros todavía.

Fuera de los flujos financieros y monetarios, el terreno de la manufactura se muestra también problemático. Uno de los estudios más recientes sobre la actividad de sectores más importantes en el rubro de la alta tecnología —y con mayor relevancia para el futuro— de la industria norteamericana realizado por investigadores del MIT ha producido conclusiones bastante categóricas: "El veredicto es que la industria americana muestra preocupantes signos de debilidad. En varios sectores importantes de la economía las firmas americanas están perdiendo terreno frente a sus competidores extranjeros... estos son síntomas de una enfermedad sistémica y profunda."

Paradójicamente, tal proceso se ha dado sobre un ciclo de crecimiento positivo —otra vez sobre el resurgimiento— que ha durado aproximadamente ocho años y ha sido una de las principales fuentes de optimismo gubernamental. Si bien la productividad de la economía americana en su conjunto es una de las más altas del mundo, análisis más pormenorizados han de velado problemas profundos en varios sectores de punta. Es así que la tendencia del crecimiento antes apuntado ha mostrado un carácter extensivo. En los ochenta se ha visto una millonaria incorporación de mano de obra

principalmente hacia el sector de servicios de mediana y baja remuneración, unido a una reducción en la manufactura "clásica" —textil, acero, automóviles—, lo que ha resentido, por ende, las tasas de crecimiento de la productividad.

En síntesis, crecimiento con baja productividad más endeudamiento: una suerte de keynesianismo de baja calidad. El cual, además, ha cobijado una fabulosa redistribución negativa del ingreso. ¿Paradoja reaganiana o paradoja del nuevo capitalismo americano?

Cordura y optimismo

Varias han sido las voces opositoras a diagnósticos tan oscuros: puntos de vista que no se arredran frente a cifras y conclusiones tan poco prometedoras. El argumento básico de los observadores optimistas señala que a pesar de los cambios profundos del sistema internacional en los últimos veinte años, las debilidades del sistema imperante norteamericano son más bien traslápés y no inexorables tendencias de declinación. El argumento expone el punto central de la disputa. Las transformaciones necesarias para recuperar la solidez perdida —que, por otra parte, nadie niega—, ¿requieren cambios profundos y estructurales o es suficiente el disciplinamiento de algunas variables coyunturales y más orden en determinadas políticas públicas? Los optimistas prefieren la segunda opción.

La más clara y reconocida posición de aquellos que auguran futuras recomposiciones ha sido la de Huntington, politólogo de Harvard. El autor encuadra, y al mismo tiempo desmiente, el argumento de Kennedy como el exponente de una nueva fase de "declinismo" americano. Las nue-

vas preocupaciones sobre la capacidad económica y política norteamericana, afirma Huntington, no son más que una renovada expresión de cierta tendencia alarmista mezclada con un profundo pesimismo congénito. Así como después del Sputnik, de Vietnam y de la crisis del petróleo, muchos analista vociferaron sobre la declinación americana, hoy nuevamente frente a los problemas presupuestarios y comerciales se alzan voces de duda injustificadas.

Los "antidclinistas" sostienen que no existe nada parecido a una decadencia estructural e irreversible. Para sustentar su posición apuntan a parámetros globales. En principio, aclaran, la participación del producto bruto americano en el producto mundial no ha variado sobremedura en los últimos veinte años, rondando alrededor del 22 al 25% del total mundial. El descenso se produjo en los veinte años posteriores a la segunda guerra mundial, proceso normal dada la excepcionalidad de la situación americana al terminar el conflicto. "Si la hegemonía americana, sostiene Huntington, significa producir 20-25% del producto mundial y el doble de cualquier otro país individual, entonces la hegemonía americana permanecerá segura."

Esa escuela tampoco se detiene frente a las cifras de los déficits. Si los desequilibrios aparecieron rápidamente en los ochenta, argumentan, políticas de signo inverso podrían retrotraer la situación. El argumento parece impecable pero ignora las profundas transformaciones de la sociedad americana en los ochenta. La coalición Reagan ha dejado una marca indeleble sobre el aparato productivo y el sistema político americano. Si bien es cierto que la economía americana está en situación de déficit en forma rápida nada prueba que se pueda salir de ella del mismo modo. Los complejos de gasto y los gastos militares invierten en su tal magnitud y su dinámica de tanta complejidad

que se por lo menos aventurado afirmar que su reversión es sólo posible con un golpe de timón. La magnitud del déficit comercial, a pesar de la pronunciada devaluación del dólar y los correlativos progresos en las exportaciones de algunas manufacturas, demuestra que no son sólo problemas coyunturales solubles con simple reversión de algunas políticas específicas.

El punto fuerte del argumento optimista consiste en señalar que la fortaleza americana en el sistema internacional es su carácter diversificado. Se sostiene que si bien existen problemas en diferentes campos, en el conjunto, el sistema económico y político americano cumple en condiciones de alto perfil en todos los terrenos: financiero, tecnológico, militar y cultural. Las otras potencias sólo son fuertes en un solo terreno; en cambio, la hegemonía americana es global, más flexible y maizada. El argumento parece ser aceptable siempre que no se extralimiten los razonamientos. Algunos autores² se solazan apuntando a supuestas fortalezas de dudosa eficacia. Por ejemplo, resaltar la dimensión de la economía, la superficie del país, la cantidad de población o la supuesta hegemonía cultural americana que ha espaciado las bondades del capitalismo por todo el mundo —como si esas bondades fueran pertenencia exclusiva de los norteamericanos; ¿acaso Tokio no está más imbuido de la ética protestante que Washington?— parecen responder más a enfoques más sofisticados sobre los nuevos determinantes del poder mundial.

Estrategia y productividad

El tema del gasto militar se transforma en tópico central de la discusión porque conecta la problemática económica con la cuestión referida a las "arcas" del sistema político americano a nivel mundial. Más aún hoy en el contexto de la declinación de la relevancia del peligro soviético.³

Huntington establece parámetros históricos para concluir que el gasto militar no es excesivo y que no está demostrado en ninguna parte que las divisas transferidas a la defensa perjudican a la economía. Las afirmaciones de Huntington son endebles. El gasto de defensa aumentó en un 50% en términos reales durante la administración Reagan alcanzando el 7% del PNB, uno de los más altos de la OECD y el mismo después de la guerra de Corea a dólares constantes.⁴ Además los gastos son extremadamente complejos de reducir porque gran parte de los mismos, en tanto dirigidos a inversión e investigación y desarrollo de nuevos equipos, implican riesgos de gasto comprometidos a más de un año.

Para cualquier economía en el estado de madurez de la norteamericana el cúmulo de gasto militar plantea problemas insolubles. Es más probable que el gasto militar tenga efectos benéficos en etapas menos desarrolladas y con un sistema productivo más débil. A medida que los mercados tecnológicos vuelven más sofisticados, los fondos destinados a investigación y desarrollo de productos para la defensa suelen tener baja productividad en términos de comercialización civil. Los estudios demuestran que los desarrollos tecnológicos del sistema militar son cada vez más difíciles de trasladar al sector civil. La complejidad creciente de los sistemas de armas imposibilita que el sector no militar pueda extraer tecnologías aptas para desarrollos comerciales. Uno de los fracasos más estruendosos de reconversión de los militar a lo civil fue el intento de la Boeing de fabricar tranvías y coches subterráneos.

Como lo demostrara Mary Kaldor⁵ los dislocadores de los nuevos sistemas de ar-

Advertisement for 'Zona Abierta 54/55-1990'. It features a stylized globe with 'N O N A' and 'ZONA' written on it. Below the globe, it lists authors and their works: 'Presentación: Intereses individuales y acción colectiva', 'Fernando Aguiar: La lógica de la cooperación', 'Jon Elster: Racionalidad, moralidad y acción colectiva', 'Michael Taylor: Racionalidad y acción colectiva revolucionaria', 'Diego Gambetta: La Mafia: el precio de la desconfianza', 'Marc Groavetter: Modelos de umbral de conducta colectiva', and 'Charles Tilly: Modelos y realidades de la acción colectiva popular'. At the bottom, it provides contact information: 'Redacción y administración: Editorial Pablo Iglesias, Monte Esquizar, 30 - 28010 Madrid'.

mas parecieran buscar la sofisticación por la sofisticación misma, creando monstruos barrocamente difíciles de manejar y mantener. La relación gasto militar/PBI es un parámetro muy pobre para discutir el problema de los efectos del gasto militar sobre la economía. Más productivo es analizar la madurez y características principales de la economía y el tipo de gasto militar en cuestión. En ese análisis se podría demostrar que aquellos gastos militares que fueron extremadamente fructíferos y saludables en los 40 y 50 en términos de dinámica industrial y fortaleza tecnológica, resultan ser hoy una carga para el sistema productivo.

Al margen de comparaciones históricas, está claro que la economía americana no puede soportar gastos militares de 300 mil millones de dólares anuales. Pero la evidencia no provoca necesariamente cambios rápidos. Con los inicios de los noventa varios actores políticos han comenzado a buscar vías para reducir sustancialmente el gasto. Las dificultades encontradas, hasta ahora insolubles, demuestran—además de la proverbial fortaleza del complejo militar-industrial—una de las fuentes de debilidad de largo plazo del sistema de resolución de conflictos políticos en el mundo, como es su propio rigidez.¹⁵ Los interminables enfrentamientos entre el Ejecutivo y el Congreso sobre cómo y dónde cortar los gastos ha provocado un proceso de desgaste descomunal.¹⁶ Las propuestas del Departamento de Defensa han colaborado muy poco ya que en la mayoría de los casos son patos de madera que no resisten los rigores de una reducción en el corto plazo a costa de recuperación del gasto a tres o cuatro años vista.

Para Huntington los soldados americanos en el Elba, en el estrecho de Hormuz o en Corea no le hacen mal a la economía, pero sí la dispendiosa vida americana. Tal como se sabe, el sistema de defensa en el mismo tiempo tiene en cuenta la fuerte regresión del ingreso produciendo en los últimos diez años. Si se desean mantener los compromisos militares a nivel mundial, principalmente en Europa, la alternativa no parece ser otra que, aunque Huntington no lo reconozca, un mayor ajuste sobre los estándares del ingreso por persona y/o un ataque en toda la línea al cinco por ciento superior de la riqueza americana. Las disyuntivas de política en juego son cruciales y se desplazarán a lo largo de los noventa; las batallas presupuestarias recientes así lo demuestran.

Si aceptáramos el argumento "optimista" por el cual el sistema sólo necesitaría alguna operación de cirugía—¡importantes, pero no dramáticas—para tonificar, la pregunta es: ¿está dispuesto el sistema político a realizarla? ¿Puede el Ejecutivo norteamericano encabezar una política ortodoxa de gasto y de rediseccionamiento de prioridades para lograr que los sistemas de promoción científico-tecnológico global y de largo plazo, como las ejecutadas—con suerte variada—por las economías europeas en los ochenta?

Más allá del nombre que se le quiera dar, se introduce aquí la necesidad de considerar la cuestión de una política industrial, viable económica y de defensa, en el caso de una política norteamericana. La carencia de una política industrial clara hace más difícil que el ejecutivo pueda encontrar un redimensionamiento del gasto y un saneamiento del sistema financiero y productivo. Hasta ahora lo más próximo a una política industrial aplicada ha sido la larga desarrollada por el Departamento de Defensa, y es un sentido ya vimos algunos de los problemas que trae aparejados un sobredimensionamiento de las preocupaciones estratégicas y militares sobre la economía.

Parece necesario entonces considerar algún tipo de coordinación macroeconómica. En el rubro de la planificación científica y su articulación al sistema productivo, el modelo

japonés resulta atractivo. Mucho se ha escrito de señalar que el quid de la cuestión no consiste en que la ciencia japonesa sea extremadamente superior a la americana, sino en que la capacidad industrial japonesa reside en el terreno de la gestión tecnológica y de la comercialización del conocimiento científico generado.¹⁷

La hegemonía del Pentágono en temas tecnológicos ha contribuido sobreramente a ese perfil poco flexible del sistema tecnológico. El secreto militar, el excesivo control en la exportación de tecnología exterior y la creciente megalomanía de los proyectos bélicos, han provocado dispositivos obstaculizadores fenomenales, difíciles de disolver. Por supuesto que esta no es la fuente de todos los males. Las debilidades en la gestión tecnológica de las empresas americanas—el núcleo central de todo sistema de empresa capitalista—está también relacionado con las visiones cortoplacistas de los mismos empresarios, el elevado costo del capital para inversión, fruto de la fiesta financiera de los ochenta, y de la peculiar, muchas veces poco amigable, relación entre sector productivo y gobierno.

La recuperación requerirá una fuerte cooperación entre política y economía, así como un paradigma de los adelantos del libre mercado?

El amigo japonés

La naturaleza de un poder imperial es básicamente el análisis de un conjunto de variables y parámetros en términos relativos. Se es poderoso o débil respecto a otros actores. Desde esta perspectiva más amplia los enfoques apuntan al principal actor empujando a otros actores secundarios. La fortaleza del sistema productivo nipón y su capacidad de expansión y consolidación a nivel mundial coloca a los círculos norteamericanos frente a un cúmulo de preguntas, algunas veladamente planteadas. ¿Cómo se traduce el potencial económico y científico japonés en política, milia, militar? Pero la pregunta del millón es: ¿existe una vocación nacionalista de tipo imperial detrás de la fabulosa maquinaria económica japonesa?

En el frío lenguaje de los economistas, Bosworth y Lawrence han establecido claramente el dilema fundamental de la relación estratégica entre EE. UU. y Japón: "Los esfuerzos japoneses por defenderse en Japón no son un *sustituto perfecto* para los esfuerzos americanos para defender a los EE. UU." En este contexto se plantea la cuestión de los costos, beneficios y sustancia del repliegue de las fuerzas norteamericanas en Asia (120.000 hombres).¹⁸

¿Por qué los países del este asiático resisten a una retirada drástica porque son mucho menos sensibles a los razonamientos economicistas. Cuestionan: ¿cuánto ahorran los EE. UU. en costos políticos y estratégicos con su presencia militar en la región? Pregunta difícil de contestar para economistas. ¿Qué harán los japoneses con su nueva autonomía económica que procura en Asia, no por supuesto, en Washington. Los intensos y difíciles procesos de negociación desatados alrededor del nuevo avión de combate japonés, el FSX, son un claro ejemplo del desequilibrio instable en que se encuentra la alianza Washington-Tokyo. Los japoneses desean la mayor autonomía posible sin el desahucio y construcción del avión, sin a costa de un producto de menor calidad, mientras que Washington ofrece su "colaboración" y propone desarrollar un avión en forma conjunta. El foco del conflicto reside en cuánta tecnología de punta se debía poner sobre la mesa para tentar a los japoneses y neutralizar a los nacionalistas a ultranza que no cejan en conseguir un

"made in Japan" de pura cepa. El impasse se resolvió con un esquema de colaboración no totalmente ni claramente definido que seguramente traerá mayores fricciones, teniendo en cuenta los diversos grupos dentro del aparato estatal de cada país que ha quedado disconforme con el trato.

Este conflicto, en el contexto de la dinámica nipona global, pone sobre el tapete los nuevos condicionamientos del poder mundial o, mejor dicho, de los poderes emergentes. En principio, la naturaleza de los poderes se hace manifiesta. El poder industrial y tecnológico se diferencia del poder militar en que los dos primeros se alimentan a sí mismos, de sus propios éxitos y bajo una determinada combinación económico-política. En cambio, el poder militar no es autosostenible; tradicionalmente la ocupación militar no se mantiene exclusivamente por la vía militar sino por la ocupación económica y política del espacio conquistado. La fortaleza tecnológica colabora con la fortaleza militar pero no necesariamente ocurre el proceso inverso. El imperio soviético es una patética demostración de tales procesos.

La penetración de Japón en la economía americana no sólo es documentada, sino que los avances en algunos sectores han sido rápidos e impresionantes pero nada indica todavía una conquista del capital japonés sobre los ejes centrales de la economía americana. Más bien, el fenómeno que se observa muestra un profundo proceso de apertura, que, a ritmos menores, también ocurre en el Japón mismo, pero no sólo restringido naturalmente las más cerradas de la OECD). Apertura no sólo al capital nipón, sino también británico, canadiense, alemán, etc. (Japón ocupa el tercer o cuarto lugar, según las mediciones).

La trama central no se despliega en un escenario que sea una economía sin otra a la otra, sino donde los dos sistemas productivos más poderosos del globo se interrelacionan en una nueva fase de complejidad y de poder relativo. La década del 90 no será el día del ocaso americano sino la de una profunda redefinición estratégica de la relación entre los dos sistemas.

El conjunto de encuentros de todo nivel de la burocracia y la empresa privada de ambos países ha crecido en complejidad. Desde las reuniones en el marco del MOSS (Market oriented sector selective)¹⁹ hasta las negociaciones por el avión FSX, el objetivo

no ha sido otro que rearticlar dos sistemas económicos y políticos tan poderosos y tan diferentes. Ese es sentido a la Structural Impediment Initiatives Talks, iniciadas en 1989, parecen ser el prólogo para esta nueva redefinición. Quizás no existió anteriormente un foro tan formal y global de discusión entre dos países tan importantes. Los temas han sido de trascendencia fundamental: apertura comercial, autonomía económica, inversión, compromisos financieros internacionales, ayuda al desarrollo. Los avances y conquistas del diálogo han sido menores y quizás tan pobres resultados han excitado a aquellos que se oponen a este tipo de mecanismos por inconducentes. Pero el mundo de los símbolos tiene un peso sustancial en las relaciones entre la americana, no es menor la trama de la discusión está preñada de nuevas claves y nuevos desafíos.

El trauma de la apertura de la sociedad americana al capital y la gestión industrial-financiera japonesa es paralelo e interdependiente al trauma que la sociedad japonesa vive con su "propia" apertura, que aunque diferente a la americana, no es menos conflictiva. El futuro de ambos países está unido, por eso la forma como se resuelva sus problemas depende de la forma como el otro creará no sólo los problemas de la relación bilateral, sino también los desafíos del mundo nuevo.

Los peligros no son pocos. Como afirmaba Akió Morita, presidente de Sony, re-

firiéndose a la relación entre ambos países, "nadie se ha dado a preguntarse hacia dónde vamos. Ahora hemos llegado a un punto donde las acumuladas frustraciones norteamericanas con Japón están a punto de explotar".

Pragmatismo americano y subafirma oriental, ¿cómo será el cóctel adecuado?

Notas

¹ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*. Plaza Janes, Madrid, 1989, p. 649.

² *Ver US corporate asset buildup threatens price stability IMF Survey*, Abril 2, 1990, p. 97.

³ La cadena de quiebres e incógnitas en este acelerado que nadie sabe cuánto le sirvió al estado hacere cargo de los gasasitas, aunque una cifra provisoria es de 600 mil millones de dólares. Aunque algunos creen que aún no termina todo el sistema de los cambios de precios, que le siguió los pasos al sistema de ahorro y crédito.

⁴ Giorgio Gomel, Fabrizio Saccomanni y Stefano Vena, *Tripartite economic policy coordination*. The International Spectator, Roma, Nº 34, julio-diciembre 1989, p. 220.

⁵ Ver Martin Feldstein *The end of policy coordination*, Wall Street Journal, noviembre 1989.

⁶ Michael Dorozov, Richard Lester, Robert Solow. *Made in America*. Regaining the productive edge. The MIT Press, 1989, p. 11.

⁷ Ver Kevin Phillips. *The politics of rich and poor*. Wealth and the American electorate in the Reagan aftermath. Random House, New York, 1990.

⁸ Samuel P. Huntington. *The United States: decline or renewal*. In The Changing Strategic Landscape. Part I, Adelphi Papers, Nº 235. Primavera 1989.

⁹ Samuel P. Huntington. *The United States: decline or renewal*. In The Changing Strategic Landscape. Part I, Adelphi Papers, Nº 235. Primavera 1989.

¹⁰ Ver Susan Strange *The future of american empire*. Journal of International Affairs. Vol. 42, Nº 1, Fall 1988.

¹¹ El tratamiento de la relación entre hegemonía americana y política exterior, no sólo en el Japón, sino en otros países, como se analiza en: Michael Gordeny Erik Ekholm. *Global change and global crisis*. Pentagon, New York Times, Mayo 20, 1990, p. 28.

¹² Sigita Harald Brown, ex Secretario de Defensa, en el pasado los avances en tecnología militar derivaban hacia el sector civil, actualmte procesos de indole inversa son más comunes. *Ver The future of silicon valley*, Business Week, febrero 5, 1990, p. 39.

¹³ Mary Kaldor. *The arsenal baroque*. Siglo Veintiuno, España, 1986.

¹⁴ Ver Richard Rose. *The post modern presidency*. The White House takes the modern. Chatham House, New Jersey, 1988.

¹⁵ En el momento de escribir este artículo la maquinaria presupuestaria se encuentra totalmente paralizada por falta de acuerdo sobre los tipos de cortes a realizar.

¹⁶ Ver A. Lipitz. *Hacia una nueva inserción de Europa en la economía mundial*. Estudios Internacionales. Santiago de Chile, enero-marzo 1990.

¹⁷ Bosworth y Robert Z. Lawrence. *America's global role: from dominance to interdependence* en John D. Steinbruner (ed.), *Restructuring American Foreign Policy*. The Brookings Institution, Washington, 1989.

¹⁸ La tensión de la retirada de las fuerzas norteamericanas de Asia o Europa expone a la luz otra de las funciones de las alianzas entre países centrales: las fuerzas no han estado en esos escenarios sólo por el peligro soviético sino también como amortiguador de conflictos internos en cada región. El sensor de variación política asiática a quod interrum fuerat el poder nipón es una manifestación de ese problema.

¹⁹ Negociaciones iniciadas en enero de 1985 para la apertura japonesa a los productos norteamericanos en el rubro de telecomunicaciones, electrónica, equipo médico y productos forestales. Un año antes se firmó el "Japan-U.S. Alliance entre países centrales and Capital Issues" con el propósito de liberar mercados financieros. Ver Paul Gordon Lauren y Raymond F. Wyllie (eds.), *Dettainers* share. US-Japanese relations. Westview Press, 1989.

²⁰ Akió Morita. *Rhetoric and reality in bilateral trade* en Lauren y Wyllie (eds) op. cit., p. 104.

El silencio camino de ser suizos

Alemania: Viaje al fin de la posguerra

Guillermo Ortiz

¿Qué significa ser alemán, hoy, que la absorción de la ex RDA causa más problemas que entusiasmo? Al pie de la Puerta de Brandeburgo, en el centro mismo del Berlín unificado, resurrección inesperada de una gran metrópoli europea a fines del siglo veinte, es posible comprender el verdadero rostro de la posguerra fría. Los alemanes dicen que abandonaron los rostros de sus abuelos, que no piensan conquistar el mundo mientras miran de reojo a los turcos y polacos que venden trozos del desaparecido Muro de Berlín y uniformes de un Ejército Rojo que aún no completó su retirada. El caudal de desempleados es la espada de Damocles sobre la Europa de "los ciudadanos".

Como decía el poeta: "amo tanto a Alemania que prefiero que hayas dos". A 46 años de su capitulación incondicional por la que poder mayor pasó a los cuatro puntos vencedores y a sólo uno de que la República Democrática desapareciera de la lista de los estados, la impresión a poco de llegar es que aún subsisten dos Alemaniás. De todas maneras para la geografía o la política, el más traumático legado de la Europa de posguerra es del pasado. La creencia de que el viejo continente podía vivir con dos estados alemanes y hacerlo sin dificultades, se ha desvanecido de forma vertiginosa al compás del eclipse comunista y las sabias palabras de Mijail Gorbachov al líder germano-oriental, Eijon Krenz, que sucedió a Erich Honecker: "es inútil decirle al alud de emigrantes". Como bien señaló el experto Josef Joffe: "la desimperialización de la política exterior soviética y la protesta imparable de los ciudadanos de la ex RDA constituyó una difícil ecuación para mantener un estado de cosas que no se correspondía con los nuevos tiempos".

Però ¿qué significa hoy ser alemán federal?", se pregunta un estudiante de ciencias políticas de Frankfurt. Algunos expertos coinciden en que para los alemanes, la guerra fría fue una especie de guerra civil. "La distensión hacia que la guerra fría fuera más soportable, pero seguía siendo un problema que no se resolvía", explica un profesor universitario—después de haber vivido más de doce años en Berlín a la sombra del Muro, no he conseguido asumir nunca esta situación".

Y es que por primera vez desde 1933, surge en el este de la nación alemana, entre el Elba y el Oder, una nueva democracia. De ahí que no se trate del desafío de la reunificación sino de una unificación bajo una nueva luz: la que emana del sistema político de la RFA. ¿Qué es ser alemán federal, entonces? Ser democrático. ¿Qué significa ser alemán del Este? Ese es otro tema.

Ugo Kolboun lo explica con claridad en la revista *Leita*: "en 1949, los alemanes del Oeste se vieron obligados a hacer una elección brutal: decidir entre la democracia y la unidad nacional. Eligieron la democracia. Les parecía la mejor forma de poder desarrollar su identidad y, a largo plazo, salvaguardar los valores que una futura unidad nacional que se remontan a los movimientos democráticos y liberales de 1848 e incluso antes". Y concluye: "Nuestra patria no fue la RFA sino la democracia alemana que se detuvo durante cuatro décadas a orillas del río Elba".

Previamente, al oeste del Elba los funcionarios del gobierno de la coalición de centro-derecha CDU/FPD, se cuidan de atribuir el fenómeno de la unificación a una suerte de recuperación de una supuesta cultura histórica germana atemporal; re-suelven así el interrogante amparándose en la imposibilidad de "mantener un *status quo* ficticio"; el irremediable fracaso de la experiencia barroca de la Alemania, no es otro más que el deseo de los ciudadanos de la ex RDA de compartir el bienestar de sus vecinos y connacionales y que no había que ignorar.

La unidad, acompañada de las felicitaciones mundiales, fue celebrada en todo el país con ceremonias, gritos, trompetas y fiestas populares que dieron la vuelta al globo en imágenes. Una grúa municipal hizo desaparecer la casilla del mítico Checkpoint Charlie, control fronterizo en pleno centro de Berlín, paso de aventureros y espías que alimentó el escenario de la guerra fría. En la esquina, hoy convertida en puesto de *sovereigns*, aún se yergue el "Café Adler" que ya no alberga ocurrencias emisoras sino turistas japoneses que se prueban la sombra del Ejército Rojo, adquirida como barata descartable y se fotografían con un vaso de cerveza. Precisamente, es en Berlín, al pie mismo de la Puerta de Brandeburgo, donde se comprende mejor el definitivo fin de la posguerra. Turcos, polacos y alemanes del Este con la cara mal afeitada venden trozos de muro junto a platos de porcelana y salchichas con churcut. "Hace un año comencé de facto la unidad alemana, esto es desde que comencé a desmoronarse el Muro de Berlín", hoy ya resulta difícil recordar la aquilata, y como escéptico Harald Meltzer, un berlín de apenas treinta años, al licenciado en Literatura, que cuenta con un viaje a Buenos Aires sólo para entrevistarse con Bioy Casares y que hoy trabaja para el gobierno alemán y sueña con ingresar en el servicio diplomático.

La unidad, acompañada de las felicitaciones mundiales, fue celebrada en todo el país con ceremonias, gritos, trompetas y fiestas populares que dieron la vuelta al globo en imágenes. Una grúa municipal hizo desaparecer la casilla del mítico Checkpoint Charlie, control fronterizo en pleno centro de Berlín, paso de aventureros y espías que alimentó el escenario de la guerra fría. En la esquina, hoy convertida en puesto de *sovereigns*, aún se yergue el "Café Adler" que ya no alberga ocurrencias emisoras sino turistas japoneses que se prueban la sombra del Ejército Rojo, adquirida como barata descartable y se fotografían con un vaso de cerveza. Precisamente, es en Berlín, al pie mismo de la Puerta de Brandeburgo, donde se comprende mejor el definitivo fin de la posguerra. Turcos, polacos y alemanes del Este con la cara mal afeitada venden trozos de muro junto a platos de porcelana y salchichas con churcut. "Hace un año comencé de facto la unidad alemana, esto es desde que comencé a desmoronarse el Muro de Berlín", hoy ya resulta difícil recordar la aquilata, y como escéptico Harald Meltzer, un berlín de apenas treinta años, al licenciado en Literatura, que cuenta con un viaje a Buenos Aires sólo para entrevistarse con Bioy Casares y que hoy trabaja para el gobierno alemán y sueña con ingresar en el servicio diplomático.

La unidad, acompañada de las felicitaciones mundiales, fue celebrada en todo el país con ceremonias, gritos, trompetas y fiestas populares que dieron la vuelta al globo en imágenes. Una grúa municipal hizo desaparecer la casilla del mítico Checkpoint Charlie, control fronterizo en pleno centro de Berlín, paso de aventureros y espías que alimentó el escenario de la guerra fría. En la esquina, hoy convertida en puesto de *sovereigns*, aún se yergue el "Café Adler" que ya no alberga ocurrencias emisoras sino turistas japoneses que se prueban la sombra del Ejército Rojo, adquirida como barata descartable y se fotografían con un vaso de cerveza. Precisamente, es en Berlín, al pie mismo de la Puerta de Brandeburgo, donde se comprende mejor el definitivo fin de la posguerra. Turcos, polacos y alemanes del Este con la cara mal afeitada venden trozos de muro junto a platos de porcelana y salchichas con churcut. "Hace un año comencé de facto la unidad alemana, esto es desde que comencé a desmoronarse el Muro de Berlín", hoy ya resulta difícil recordar la aquilata, y como escéptico Harald Meltzer, un berlín de apenas treinta años, al licenciado en Literatura, que cuenta con un viaje a Buenos Aires sólo para entrevistarse con Bioy Casares y que hoy trabaja para el gobierno alemán y sueña con ingresar en el servicio diplomático.

Hoy vuelven a tomar aire las originalismas premisas del Partido Socialdemócrata que contemplaba un lapso de cooperación entre las dos Alemaniás, con acuerdos a mediano plazo en el marco de una "comunidad contractual". La idea de una "comunidad contractual" se fundamenta en el hecho de que, originalmente, se obligara una desmilitarización paulatina de las dos alianzas militares. Un proyecto de unidad alemana, estrechamente vinculado al proceso de integración europea. Hay algunos llamados de atención, el crecimiento del producto bruto que ascendió a 4.5 % en 1990, será este año el segundo de los últimos tres años, con algunos previsiones del 2.5 %. La absorción de la ex RDA obligó al gobierno de Bonn a aumentar los impuestos como forma de fi-

nar el vertiginoso proceso de unificación, o sea a sostener a los desocupados de los nuevos cinco "banders" incorporados y sostener los programas de reconversión de mano de obra. El costo de la reconversión del gasto de Bonn por las tareas de rescate de la parte Este es de más de 100 mil millones de marcos anuales y son necesarios 150 mil millones de la misma moneda para llegar al límite mantenido por la RFA en el año 2000. Los productos de la ex RDA no tienen mercado al desaparecer los emisores, otro el sistema de subsidios, los costos son excesivamente altos. El canceller Helmut Kohl decidió acelerar el complejo proceso de privatización en las antiguas empresas estatales del Este, para lo que fue creada la Sociedad Fiduciaria, que se hizo cargo hasta ahora de más de 45 mil empresas de la ex RDA y de las cuales logró vender sólo 1.000.

La tarea está de cargo de una mujer: Birgit Breuel, una democristiana de 54 años, hija de un importante banquero hamburgués que fue el asesino del primer presidente de la organización, Karsien Dettlev Rohwens. En el pasado primero de abril a manos de un grupo de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), en su casa de la ciudad de Düsseldorf, se desplaza en dos vehículos Mercedes Benz, prolijamente blindados y rodeada de guardaespaldas. Su agencia es hoy el mayor *holding* industrial del mundo y ella, según el censo de los alemanes del Este, la responsable principal del galopante desempleo.

La coalición espontánea surgió en los días del derrumbe del régimen de Berlín Este, entre las autoridades federales con Kohl a la cabeza y el pueblo germano-oriental, punto de partida en el proceso.

nómico de los ciudadanos del Este conjugaron una exitosa amalgama que desembocó en el éxito electoral. Hoy esa asociación está en un cruce de caminos. La SPD advirtió que en el territorio del Este serán cumplidas jornadas laborales, las que serán financiadas por el fisco sólo hasta el final de este año. Además, acaba de cesar la protección contra despidos para casi un millón de empleados de la industria militar y electrónica y se están barajando planes para reducir a la mitad el número de plazas en astilleros y en la "Luz de la estructura económica deun estado que se autodesvolvía por voluntad propia es un hecho inédito en la época moderna y se asemeja más a un remate de bienes de una empresa en quiebra", señalaba un economista por televisión.

Para un pasante no hay mejor opción que recalar en Bonn y Berlín. Los dos "frentes" desde donde es posible auscultar el pasado y el futuro. Dos momentos históricos en una nación que reaparece en el firmamento europeo con una dinámica propia que le da sus 80 millones de habitantes un producto Económico "Luz de la Francia, Reino Unido e Italia juntos). Bonn es fría, silenciosa y casi detenida en el tiempo. Berlín, es cosmopolita y acelerada. Lo que queda claro en Bonn es que la fiebre de la unidad no consiguió arrancarla de su provincianismo, de su cadencia de estudiante muy misteriosa y funcionalismo casi invisibles. Habiendo cumplido su misión de sede provisional del gobierno germano-occidental, sólo será a partir del próximo siglo la sede de la casa natal de Beethoven a orillas de un Rin menos contaminado con abuelas de paso y una plaza medieval en la que el mercado es sólo un mummulo. Bonn sintetiza hoy más que nunca el carácter de los alemanes y el lugar que piensan ocupar en el mundo. "Los hechos demostraron que no hay ninguna contradicción entre esta unificación en tiempo récord y el desafío de la integración europea", afirma a este rector del doctor Jochen Merckel, del Ministerio de Economía. "La unidad así no estaba en nuestros planes inmediatos pero había que hacerlo en virtud del estado de emergencia que vivía la URSS".

Es evidente que la vuelta de Alemania al escenario político internacional, contrariamente a lo esperado, se caracterizó por la renuencia a aceptar adoptar un papel de envergadura. Quizás un rol de mediador de los tres medio siglo de aprendizaje democrático, hoy, en Alemania, el debate sobre su inserción en el mundo gira en torno a si es preciso desmoronar la pendiente de la falsa opción: "hegemonía" o "aislamiento".

En los pasillos de las sedes ministeriales el clima está en el aire: "¿La unidad de los alemanes tras librarse de las ataduras de posguerra en momentos que se cumplen cuarenta años de política exterior alemana (en mayo de 1951 con la entrada en vigor de los Tratados de París, la RFA recuperó una amplia soberanía en cuanto a política exterior, en 1955 con la desmilitarización de los dos y su apoyo a la independencia de Eslovenia en el proceso de desintegración yugoslava alimenta algunas sospechas. De Adenauer

Willy Brandt quedó claro que cultivar las raíces de una ruptura cultural. Esto es, hemos superado el tradicional mensaje de nuestros abuelos verdaderos herederos de la cultura alemana, que nos hacía notar que éramos un pueblo rodeado de enemigos. La Guerra del Golfo permitió que demostrásemos que no tenemos intereses pangermánicos; y ahora nos critican porque sólo

nos preocupamos por el dinero, como los rusos. Y es que no comprenden lo fundamental: preferimos ser suizos antes que nacionalistas."

Mientras tanto, en Berlín se asiste a un hecho inédito: el resurgimiento de una nueva ciudad europea fita del siglo XX. Futura capital, es el símbolo de la unidad, el mejor escenario para captar la expresión humana del diálogo Este-Oeste. El escape que perfila uno de los dramas de este tiempo: las migraciones. Los

restos del conglomerado urbano que fuera el punto de sutura entre los dos grandes bloques militares surgidos de la Segunda Guerra Mundial hoy tiene un aire de circo con jóvenes semánticos y otros de sombrero negro que tocan jazz en las esquinas.

Y esta ciudad que lo tiene todo permite situaciones insólitas. Uno de los problemas del gobierno tiene que ver con la restitución de propiedades a sus antiguos dueños luego de las confiscaciones del régimen de la ex-RDA. Esto significa, por ejemplo, que la concurrida Alexanderplatz, en pleno centro de Berlín Este, sea reclamada por un hom-

bre de negocios suizo. Un periodista alemán advertía sobre tres hechos paradójicos: primero, la RFA se ha excedido tanto en la pretensión de financiar la unidad alemana que las cosas no van a terminar bien. Segundo, el gobierno no podía actuar de otra manera. Tercero, a pesar de que no pueden salir bien las cosas, al final tendrán que salir forzadamente bien.

El resumen perfecto del espíritu alemán para el que la adversidad es alimento y desafío. Por eso temeraron el poeta: se llega a amar tanto a Alemania que es preferible que haya dos.

A propósito de la guerra justa

Los derechos humanos en la justificación de la guerra

Roberto Gargarella

Desde los tiempos del debate entre Burke y Paine, la naturaleza de los derechos humanos ha sido una fuente inagotable de justificaciones y debates. Durante la guerra del golfo, algunas de ellas fueron expuestas a favor y en contra de la intervención armada. Entre la justificación de los derechos como principios universales o como fórmulas originales de cada comunidad, se abre el espacio de una sociedad global cada vez más conectada e interdependiente, que confronta la autodeterminación de los individuos y la autodeterminación de los pueblos.

situación es que, dicho argumento, se utilizó tanto en favor como en contra de la guerra. Dada esta circunstancia y, además, del carácter central que del progreso le otorga al tema de los derechos humanos, es que concentraremos nuestra atención, básicamente, en precisar los rasgos y contenidos de tales derechos.

Al respecto, sugierémos dos caminos posibles a seguir, muy diferentes entre sí. Opción 1): Por un lado, podría formularse un juicio como el siguiente: "cada comunidad debe determinar cuáles son los derechos que deben respetarse". Cada comunidad es distinta de las demás; cada una de ellas tiene particularidades que no debemos avasallar con criterios universalistas, pretendidamente racionales. Con esto queremos decir que, si los valores ajenos, sin entender que, simplemente, se trata de valores diferentes!"

Este juicio, aunque formulado bajo distintos modos, es uno de los más extendidos dentro del panorama de las ciencias sociales. Ahora bien, corresponde también señalar que, tal juicio, merece muy serios reparos. En primer lugar, él parece desconocer cuál es, justamente, la esencia de la idea de derechos humanos. Los derechos humanos aparecen como ciertos principios invariables por el sólo hecho de serlo. Si esto no fuera cierto, por supuesto, podría sostenerse que los países árabes tienen sus propios códigos morales que, por ejemplo, no contemplan lo que nosotros denominamos "dictaduras"; ni ven como violaciones de derechos, actitudes que a nosotros pueden provocarnos repulsión, tales como las matanzas masivas. Pero, al mismo tiempo, esta desafortunada "estrategia" nos quitaría razones para criti-

brezadas y privadas de la atención médica, la educación y las ventajas de las que cómodamente gozaban ciertas minorías?"

Por todo lo dicho, es que conviene detenerse con mayores cuidados sobre la noción de "respeto a la autodeterminación de los pueblos / respecto a los derechos humanos de cada comunidad". En tal sentido, es importante considerar que podemos estar violando, en realidad, los derechos humanos de una determinada comunidad por nuestra conducta omisiva frente a permanentes ataques contra aquellos. Nuevamente, corresponde aclarar que afirmaciones como las realizadas no implican, en absoluto, aceptar como válida la noción más occidental y universalista de los derechos, al menos del modo en que habitualmente se los formula.

La noción de derechos humanos que a nosotros nos interesa defender, tiende a ver a éstos como instrumentos creados por el hombre para hacer posible su autodeterminación. Así, si el hombre pretende ser el artífice de su existencia, tiene que tener la posibilidad cierta de elegir y llevar adelante sus propios planes de vida. Contra tal posibilidad, se erige el hecho de que el poder político se concentre en unos pocos; o de que no exista un acceso igualitario a los recursos económicos y demás ventajas que socialmente se distribuyen; o de que no haya posibilidad de crítica, libertad de conciencia, libertad de expresión; o de que a algunos grupos se les impida el voto o se les marginen; o de que no existan instancias racionales para la resolución de los conflictos; etc.

Si bien esta noción de los derechos humanos es también polémica, y requiere de un enorme esfuerzo de fundamentación, intuitivamente, resulta mucho más fácil de justificar, de aquellas otras nociones que niegan, por ejemplo, la necesidad de discutir, la de permitir a todos un igual acceso a los beneficios que la sociedad otorga, etc. Diríamos, al respecto, que la carga de la prueba corresponde a quienes sostienen posiciones como estas últimas.

2. ¿De qué modo pueden protegerse los derechos humanos? El caso de la Guerra del Golfo

Ahora bien, ¿a qué nos lleva el tomar una

definición de los derechos humanos, a grandes rasgos, como la descripta más arriba? En primer lugar, nos lleva a un compromiso que trasciende las meras circunstancias temporales y los segmentados arbitrios límites territoriales. Y, en tal sentido, ¿se habría procedido bien en el caso de la Guerra del Golfo? Responderemos negativamente a esta pregunta, que es extensible a otras hipotéticas situaciones similares, y lo haremos en virtud de criterios como los siguientes:

1) En primer lugar, habría preguntarse, cuáles fueran las principales motivaciones y razones de la guerra, para analizar entonces la aceptabilidad de tales argumentos.

En tal sentido, podría darse una respuesta inicial, según la cual, lo que se pretendió fue "defender el derecho a la autodeterminación de Kuwait". El principio, entonces, sería que "se justifican ciertas acciones bélicas en última instancia, cuando está en juego el derecho de la autodeterminación de los pueblos".

Si éste hubiera sido el principio en cuestión, convendría analizar entonces si, luego de la guerra, ha quedado garantizado el derecho del pueblo kuwaití a la autodeterminación, o si es que la voluntad de la ciudadanía sigue estando desplazada del sistema político allí vigente. El único modo de defender este principio de autodeterminación, sería restringiendo su contenido, para asimilar "autodeterminación" a "no determinación por otro país" (por ejemplo, entendiendo "autodeterminación de Kuwait" como "no determinación por parte de Irak").

Si embargo, este principio también parece rechazable. Básicamente, él no puede ser aceptado como formando parte de una teoría coherente cuando se analizan, por su tipo, las acciones bélicas que se realizaron en Grenada o en Panamá. En tales casos, más allá de nuestros acuerdos o desacuerdos sobre los regímenes políticos allí vigentes, parece claro que el principio de la autodeterminación, de aplicarse, debería haber más obstrucido que alentado una intervención extranjera. O, en otro principio que favorecería la intervención en Kuwait (para ayudar su autodeterminación frente a la invasión irakí), debería haber impedido la intervención americana en Grenada, por ejemplo.

2) Este razonamiento puede llevarnos a analizar otros argumentos, de naturaleza, para resolver estos problemas. Así, por caso, podemos recurrir a un posible "argumento de la democracia". Según éste, serían justificables ciertas intervenciones armadas, en tanto y en cuanto ellas tengan por objeto el garantizar ciertos básicos procedimientos democráticos en las comunidades intervenidas. Pero, como el problema de la "manita cortada", lo que aquí queda (pretendientemente) cubierto (las intervenciones sobre Panamá y Grenada), deja aún más pobremente protegida la intervención sobre Kuwait. En efecto, pocas cosas parecen más irracionales que la afirmación de que lo que movió a la guerra del Golfo fue una motivación democrática. Esto último, debido a que: por un lado, la "coalición democrática" no apareció dispuesta a intervenir sobre otros países de la región, poco comprometidos con el sistema democrático. Y, por otro lado, por lo que, ni aún en el caso específico de Kuwait se vio una preocupación por el sistema político a establecerse en la posguerra.

Estas dos cuestiones (que dejan de lado el tema de si sería correcto o no intervenir en favor del establecimiento de la democracia), parecen desmentir con bastante fuerza, y en sus hipótesis que aquí se analizaba (o sea, que se interviniera en Kuwait en favor de "el restablecimiento de la democracia") la permanencia, en toda la historia, de los aceros rasgos del autoritarismo, nos obligan a entonces recurrir al análisis de otros posibles argumentos.



Algunas conclusiones y algunas sugerencias finales

3) En este punto, alguien podría recurrir a un argumento más "pragmático", para decir que, en verdad, lo único que se pretendió fue evitar la consolidación del poder irakí, entendiendo que dicha hipótesis lleva a constituirse en una amenaza para los derechos humanos de todos los habitantes de la zona.

Si embargo, es claro que frente a esta postura también existen contrapuntos satisfactorios. En particular, cuando no se avizoran grandes diferencias (en cuanto al respecto de los derechos humanos), entre los países que, en la zona del Golfo, aparecen girando en la órbita norteamericana, como Kuwait; y aquellos otros que lo son más reticentes, como Irak. En ambos países, las mayorías se muestran proamericanas y sus derechos efectivos. Y hoy, todavía es así.

El mayor poderío militar irakí (y las amenazas que de él derivan), entonces, parece resultar un factor desequilibrante para justificar la toma de decisiones como las que se tomaron. Ello, al menos, se ve reafirmado por la actitud que con anterioridad se había asumido en la guerra Iran-Irak. En tal caso, los principios en juego no parecen ser los mismos que los que se invocan en la "manita cortada", o a más precisa "no consolidación de dictaduras con poderío bélico desequilibrante". Más bien, pareció haber una cierta complacencia con lo que ocurría, en la medida en que los intereses de las grandes potencias se veían garantizados.

Por otro lado, también se levanta una legítima sospecha sobre lo ocurrido en el Golfo; ¿es que se llevó adelante la guerra, acaso, por un mero interés económico, que se vea en peligro con el actual actitud de Irak? No nos detendremos, ahora, a responder esta pregunta, dado que lo que por el momento nos interesa, es analizar la plausibilidad de los argumentos a favor de una guerra. De todos modos, conviene señalar que, aun de ser afirmativa la respuesta a aquella pregunta (o sea, aun cuando el único motivo de la guerra del Golfo hubiera sido un motivo meramente autointeresado), ello no nos daría razones para vitorear o rechazar como "democrática" las intervenciones bélicas, a nuestro criterio, siguen ejerciendo su dominación en dicha región érabica.

4) Por último, corresponde decir que, aun cuando aceptemos (como aceptamos), una concepción universalista sobre los derechos humanos, ello no nos garantiza que el decir que sólo tenemos como alternativa la guerra frente a aquellas sociedades que violan los derechos del hombre.

Elo, debido a que, por un lado, siempre resulta un problema determinar cuáles son esos derechos humanos universales. Pero, por otro lado, aun en el caso de que estemos de acuerdo en que, efectivamente, se está violando derechos básicos, la opción de la guerra es extremadamente drástica. Para adoptarla, tendría que quedar previamente demostrado, y de un modo más o menos fehaciente, que ninguna alternativa a la guerra resulta plausible. Y, a la luz de las razones que aquí se esbozaron, el resultado "habitual" de todo el enfrentamiento bélico), la hipótesis de la guerra parece sólo muy difícilmente aceptable.

D1) La dificultad de determinar con certeza la violación de derechos humanos. Esto es, sólo en muy contadas ocasiones podemos decir que estamos frente a "casos claros y evidentes" de violación de derechos.

D2) La posibilidad de que dicha intervención traiga detrás de sí, consecuencias también indeseables (así, por ejemplo, una insurrección nacionalista que, aun vigorice a las fuerzas que se pretenden eliminar).

D3) La posibilidad de que dicha intervención importe sacrificios o consecuencias igualmente inaceptables para el "interventor" (por ejemplo, la necesidad de desviar recursos económicos básicos para la propia subsistencia de su estructura social).

D4) La posibilidad misma de "debilitar" los criterios restringidos que justifican la intervención (esto es, por ejemplo, la de permitir que ciertos países, amparados en una práctica justificada y habitual, comiencen a animarse a propiciar intervenciones sobre comunidades enteras, basadas en el mero autointerés, aunque alegando razones humanitarias).

E) Dentro de las "intervenciones justificadas" que se refieren a los derechos humanos, el "recurso más", sino el más extremo y grave de entre todos los posibles. De allí que, respecto de la misma, deba procederse con especial prudencia y con un criterio sumamente restrictivo.

F) Dicho esto, y por último, habría agregar que, a diferencia de lo que ocurre en el Golfo, los principios que se aplican a un caso deben ser, básicamente, extendidos a todos los casos similares (y con las reservas señaladas). Lo ocurrido en dicha región, en cambio, parece más reafirmar la idea de que los motivos de la guerra tuvieron que ver con el interés económico de apoyar la hipótesis de que la acción se haya llevado a cabo por principios morales.

* Por otra parte, nos preocupamos también por sostener que, aun cuando razones como la defensa de los derechos humanos pudieran justificar ciertas intervenciones "intercomunitarias", la guerra sólo podía resultar aceptable en casos muy extremos. En particular, en el muy difícil caso de que no existan alternativas de acción más aceptables, que resultasen a la vez viables. Respecto del caso analizado, corresponde señalar que existieron varias intervenciones que existían caminos alternativos de presión, más aceptables y de realización también posible. Para tomar un caso, podría decirse que las sanciones no-bélicas implementadas sobre Sudáfrica mostraron resultados aceptables, sin costos remarcables en cuanto a vidas humanas.

Importante a este punto, puede resultar el momento de una posición más comprometida, luego de haber realizado una primera crítica a lo sucedido en ocasiones como la del Golfo. Lo que nos interesa ahora es marcar los lineamientos que, a nuestro entender, podrían guiar (o haber guiado), las relaciones intercomunitarias e internacionales. Dichas pautas, sólo surgen a través de un título provisional, en la medida en que responden a algunas intuiciones básicas, que todavía requieren ser fundamentadas.

A) El respecto, de todos modos, los criterios que proponeríamos como aceptables tendrían que ser los siguientes: a) A) La defensa de los derechos humanos puede autorizar ciertas acciones de "intervención" de una comunidad sobre otra, frente a la posibilidad de violar, por omisión, aquellos mismos derechos que se pretenden defender.

D1) La dificultad de determinar con certeza la violación de derechos humanos. Esto es, sólo en muy contadas ocasiones podemos decir que estamos frente a "casos claros y evidentes" de violación de derechos.

D2) La posibilidad de que dicha intervención traiga detrás de sí, consecuencias también indeseables (así, por ejemplo, una insurrección nacionalista que, aun vigorice a las fuerzas que se pretenden eliminar).

D3) La posibilidad de que dicha intervención importe sacrificios o consecuencias igualmente inaceptables para el "interventor" (por ejemplo, la necesidad de desviar recursos económicos básicos para la propia subsistencia de su estructura social).

D4) La posibilidad misma de "debilitar" los criterios restringidos que justifican la intervención (esto es, por ejemplo, la de permitir que ciertos países, amparados en una práctica justificada y habitual, comiencen a animarse a propiciar intervenciones sobre comunidades enteras, basadas en el mero autointerés, aunque alegando razones humanitarias).

E) Dentro de las "intervenciones justificadas" que se refieren a los derechos humanos, el "recurso más", sino el más extremo y grave de entre todos los posibles. De allí que, respecto de la misma, deba procederse con especial prudencia y con un criterio sumamente restrictivo.

F) Dicho esto, y por último, habría agregar que, a diferencia de lo que ocurre en el Golfo, los principios que se aplican a un caso deben ser, básicamente, extendidos a todos los casos similares (y con las reservas señaladas). Lo ocurrido en dicha región, en cambio, parece más reafirmar la idea de que los motivos de la guerra tuvieron que ver con el interés económico de apoyar la hipótesis de que la acción se haya llevado a cabo por principios morales.

El mismo sistema de principios que aquí defendemos, podría justificarse, frente a Latinoamérica, una presión internacional concertada, tendiente a asegurar una mejor resolución de los derechos humanos. En tal sentido, las brechas que se hoy profundizan entre sectores ricos y pobres parecen ser la mayor amenaza contra la vigencia de tales derechos. Sin embargo, los problemas que aquí se plantean son innumerables; ¿quién debe determinar si se están violando o no derechos humanos? ¿cómo se deben distribuir las responsabilidades que surjan al respecto? ¿cuáles deben ser los medios destinados a evitar tales violaciones? ¿qué tipo de presión internacional es moralmente permisible? etc., etc.

De todos modos, aun así, y como en el análisis de los derechos humanos. En tal sentido, para encontrar remedios óptimos no puede justificarse el uso de "la razón armada", pero tampoco esta pasividad, frente a los males que por aquí se siguen sufriendo.

Bibliografía

1. Sin hacer sucesión de estos dichos a nadie en particular, podría decirse que criterios semejantes son sostenidos por algunos de los autores involucrados en las llamadas "concepciones políticas comunitarias". Para mencionar algunos autores notables en este terreno, podríamos citar a: Charles Taylor (por ejemplo en *Hegel, Cambridge, 1977*); o a Michael Sandel (por ejemplo en *Liberation and the Limits of Justice, Cambridge, 1982*).

El marxismo comunitario, para algunos, la adopción de una noción de autodeterminación, y de presupuestos relativistas. Sin embargo, y aunque éste es su tema de larga pluma, nosotros nos animamos a sostener lo contrario, diciendo que Marx valdría, en verdad, ciertos principios como universalmente válidos. Estas propuestas de cambio. Para una discusión actual de estas cuestiones, por ejemplo, puede verse: Elster, *Making sense of Marx, Cambridge, 1987*.

En nuestro país, Carlos Novas, ha suscripto una postura similar en *Elica y Derechos Humanos, Buenos Aires, 1989*.

Por ejemplo en Jonathan Glover, *Causing death and saving lives, Londres, 1970*.

Libros



El lugar del intelectual

Ricardo Piglia

Crítica y Ficción
Ensayos Siglo Veintiuno/Editoriales de la Universidad Nacional del Litoral, Buenos Aires, 1990

Los trabajos sobre el origen, las formas internas y los objetivos de los textos literarios adquirieron durante este último tiempo una importancia tan grande o mayor que los textos mismos. Hablar de la literatura como la trama de ficciones y engranajes que ponen en funcionamiento un texto. "No hay que hablar simplemente de la poesía", es la frase de W. Gombrowicz que da comienzo al libro de Ricardo Piglia en la edición de la Universidad del Litoral.

Con esa premisa, el libro es un recorrido de las posiciones teóricas y políticas del autor sobre la literatura nacional, sin dejar de lado reflexiones sobre sus límites, la poética, los intelectuales. Este camino con pasajes tan diversos es uno de los logros del género del reportaje, que permite apreciar el pensamiento de Ricardo Piglia se introduce en el análisis de la literatura a partir, fundamentalmente, del papel del intelectual en la sociedad, más específicamente en esta nueva edición, cuando más que en la primera, tienen, cada uno, un comienzo y un fin. Y en muchos casos, parece sorprendente el contraste entre una y otra página, según el tiempo en que se desarrolle.

Uno de los campos más fértiles de ese recorrido es, sin duda, el de la investigación histórica. Podemos pensar lo histórico en Argentina trascendiendo al maniqueísmo? La visión abierta de Ricardo Piglia acepta ese desafío, partiendo de la base de que gran parte de la historia política argentina está definida por una red de metafóricas construidas por Sarmiento. Sin dejar de admitir la fuerza de esa construcción, el autor de *Respiración artificial* sea a respirar algunos hechos emblemáticos que muestran que la realidad no era tan férrea como la describiera el sanjuanino. Cuando Estanislao López captura al general Paz, un héroe para Sarmiento, el caudillo político argentino "le suelta el poncho... y le ofrece el Comentario sobre las Guerras de las Gaitas de Julio César... no muestra reveladora, o más que muchas otras, de que la oposición entre civilización y barbarie no era tan clara". Como en otro caso, Piglia muestra varias veces su fascinación por la revolución... yo vengo a entender ahora la política como

la renovación parcial de las cámaras legislativas? En este país hay que hacer la revolución. Sobre esa base se puede empezar a hablar de política." Si en un primer momento la literatura adquiere sentido sólo ligada a una forma de experiencia social, ahora la única actividad social rescatable es el acto de la revolución, el preciso momento de la toma de la Bastilla. Pero este reduccionismo parece difícil de creer cuando el mismo autor comprende la complejidad de lo social y, en otras páginas, afirma que "hay una red de ficciones que constituyen el fundamento mismo de la sociedad", revelando la problemática relación entre lo político y las creencias y el largo camino, que también es político, que implica la transformación de la sociedad. Por otra parte, adjudicarle a la raza intelectual del escritor una "acción" que significa "hacer la revolución" parece un exceso. Más bien, atendiendo a la riqueza que podría suponerse, estas declaraciones de los años 1984-1987 —y aprovechando la efusividad que permite el reportaje, las opiniones políticas de Piglia parecen marcadas por el desencanto frente a una democracia que no era todo lo mágico que muchos esperaban, que presentó problemas cuya solución no requería solamente de creatividad sino de una acción concreta en esta política para su superación, que llevó el esfuerzo de muchos intelectuales y hombres de cultura que, sin renunciar a horizonte alguno, comprometieron y comprometen su acción más allá de su actividad intelectual, en la búsqueda tortuosa y a veces nada clara de esa política que el autor espera. Sólo en el marco de ese desencanto se entienden los alfileres de riqueza que aparecen en *Crítica y ficción*, que, de todos modos, no anulan el interés por su publicación.

Ernesto Semán

Gramsci, el revisionista

Norberto Bobbio

Saggi su Gramsci Milán, Feltrinelli, 1990

En abril de 1967, en ocasión de un seminario gramsciano realizado en Capri (Cerdeña), Norberto Bobbio presentaba una ponencia con el título: "La sociedad civil en Gramsci", dedicada a analizar críticamente uno de los puntos claves de la reflexión de los *Cuadernos de la cárcel*. La ponencia suscitó una discusión muy vivaz, destinada a rebasar la sede del seminario, y a convertirse luego en uno de los momentos más intensos de la confrontación política ya iniciada con Gramsci a partir de la segunda posguerra. Esta ponencia vuelve oportunamente como texto central de una reedición de los estudios gramscianos de Bobbio. Se trata de un conjunto de una recopilación casi completa de los escritos del autor sobre el tema que abarca todo un volumen (de 1958 a 1978).

Por lo tanto, en la intervención de 1967 generó tantas reacciones, atrayéndose de inmediato, por ejemplo, la reprimenda ortodoxa del marxista francés Jacques Texier? Veamos. Bobbio, al evitar una aproximación doctrinaria o puramente exegética, pudo iluminar en esta ruptura el elemento revisionista propio de Gramsci respecto de Marx: la idea de *sociedad civil*, como entrelazamiento de economía, instituciones y cultura, sustraído al determinismo de la estructura económica y al mismo tiempo sujeto resolutorio del conflicto político moderno. Justamente Bobbio destaca la deuda contratada por Gramsci con Hegel y su *Filosofía del derecho*. En virtud de esto la *sociedad civil* (de *bürgerliche Gesellschaft*) debió en Gramsci de estar demasiado aplastada, como en Marx, sobre la trama elemental de las relaciones de producción, para convertirse en una concreción de fuerza y de conciencia "bloqueo histórico" no sea en la vital inteligencia concreta del estado y de su móvil social.

Por lo contrario, los adversarios

teóricos de Bobbio, como Texier, se mostraron preocupados por privilegiar la dimensión dialéctica de la estructura económica en Gramsci, rastreando en la postura del escritor turinés el peligro de un deslazamiento idealista. A tantos años de distancia, gracias también a una nueva edición crítica de los *Cuadernos*, es posible ver finalmente cuánto más libre y rigurosa era esta lectura de Bobbio. Ante todo, ella hacía justicia al llamado "historicismo absoluto" de Gramsci, tendido a fundarse fácilmente sobre las contradicciones culturales para dar forma política a los movimientos espontáneos de lo económico en las épocas de crisis general. Pero en segundo lugar, esa lectura tenía el mérito de llamar la atención sobre un aspecto todavía hoy no del todo claro y con frecuencia descuidado de la concepción gramsciana: el modelo de la sociedad futura y el tema de la extinción del estado. Contribuyen a aclarar este lugar neúrgico también otras páginas de la recopilación de Bobbio, y en particular un escrito de 1978 titulado "Gramsci y el problema del estado".

Y en este punto nos enfrentamos sibiho frente a una contradicción. Por un lado Gramsci se siente inclinado a compartir la teoría de Gentile del "estado ético", convirtiéndolo en signo de clase: el estado, armadura de las clases dominantes, es un concentrado de voluntad ética por el cual los derechos particulares de la persona no tienen realidad autónoma y pertenecen a la potestad estatal. Por otro lado, en los *Cuadernos* se habla de "hechos" de la sociedad política en la sociedad civil dentro del horizonte de una "sociedad sin estado", regalada sin coacción. En realidad, entre estado y sociedad en Gramsci se fuerza deficientemente con fuerza el rol pedagógico del partido o "principio moderno". El sí se le asigna la tarea de computar las instituciones y el tejido social más vasto, comprendiéndose íntimamente con el segundo, asumiendo en sí las primeras.

Bruno Gravagnuolo

[En español los dos textos fundamentales de la recopilación de Bobbio ya fueron publicados en los años sesenta. *Gramsci y la dialéctica fue traducido y apareció en La Rosa Blindada*, 1964, núm. 1. *En cuanto a La sociedad civil en Gramsci* formó parte desde la tercera edición de 1974 de la antología *Gramsci y las ciencias sociales* (*Cuadernos de Pasado y Presente*) 19, Buenos Aires). *Del texto de Jacques Texier aquí mencionado se publicaron varias versiones. Una de ellas, Gramsci, teórico de las superestructuras, a cargo de Ediciones de Cultura Popular, México, 1975.] (E.)*

© Rincisatza Traducción: José Arlicó

Nuevos y viejos actores en las crisis

Silvia Ditrénil Belouso y otros

El impacto político de la crisis del 29 en América Latina Colección Los Novatos, vol. 30, coedición Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y Editorial Pájar (bajo el sello Alianza Editorial Mexicana), México, DF, 1990.

Desde enero de 1990, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, de México, publica, en coedición con editoriales comerciales, una colección denominada Los Novatos, concebida para poner al alcance de los lectores libros que se ocupan de los más variados temas de la cultura de los países latinoamericanos y sus cambios, en particular de un amplio espectro del pensamiento crítico contemporáneo. Los textos se publican a razón de un título por semana, en tirajes de diez mil o más ejemplares cada uno (el que se comenta alcanza los 12.000, el de Pierre Bourdieu, *Sociología y Cultura*, con introducción de Néstor García Canclini (vol. 11) llegó a 17.000) y se venden a bajo precio. La colección ha llegado ahora a Buenos Aires, también a precios bastante accesibles.

El impacto político de la crisis del 29 en América Latina es una obra colectiva en tres tomos sobre crisis y concreción social y política realizados en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET, sede México), por entonces bajo la dirección del muy inquisito y talentoso chileno Juan Enrique Vega. Inicialmente, un equipo de investigación formado por sociólogos, economistas y politólogos se dedicó a explorar cuál pertinencia era para México el debate que tenía lugar en otros países de América Latina respecto de los acuerdos, pactos y concreciones sociales y políticas. Al concluir el debate, los investigadores llegaron a dos conclusiones fuertes: 1) "la función de los distintos diagnósticos y experiencias de las crisis nacionales en la clarificación de las propuestas de salida" y 2) "la necesidad

de una discusión —certamente calificada como "de singular importancia para el futuro"— acerca de la relación entre crisis y producción, reproducción y extinción de actores o sujetos sociales y políticos en cada una de las sociedades latinoamericanas, tanto vez que las crisis producen transformaciones estructurales, culturales e ideológicas.

En la "Presentación", Juan Enrique Vega señala: "La reflexión sobre el problema de los actores y los sujetos, sus campos de oposición y de posibles acuerdos destaca en todo el debate sobre la política, sus potenciales y límites. También sobre la reñidera y controvertida noción de realismo y la viabilidad de los proyectos alternativos. En esta discusión se precisa, se discute y se define la imagen de viejos y nuevos actores, de prácticas tradicionales e innovadoras" (pág. 7). Precisamente, este debate genera una pregunta básica: ¿las crisis producen actores propiamente dichos —supuesta condición necesaria de cualquier tipo de acuerdo—, o los acuerdos mismos, aun en ausencia de actores reales, pueden llegar a constituirlos?

La respuesta que el libro ofrece es que sí, pero en un análisis comparativo "entre las consecuencias de la actual crisis y las crisis de los años treinta, en particular de la forma como en ambas se habían procesado la composición-recomposición de actores y las formas de hacer política" (Vega, 8). Es decir, apreció la necesidad del análisis histórico. Y con él una constatación desagradable: la mayoría de los trabajos que analizan la crisis de los treinta se ocupan de los aspectos puramente económicos, y cuando se refieren a "las dimensiones sociales y políticas" lo hacen en términos de "hecho reduccionista", a veces bastante burdo, de los movimientos de esta economía. Sobre los aspectos ideológicos y culturales no encontramos prácticamente nada" (ibidem). Más adelante, Martín Pacheco Arriola reitera: "El relato de la crisis de los treinta, que se refiere a los hechos generales, aunque casi siempre pasa por país y sin abordar, de manera compara-

tiva, cuestiones sociales y políticas... 10). Las monografías nacionales incluyen el período o lo tratan específicamente. Pero aunque presentan un mayor desarrollo de la historia social y política, parten de ordenamientos temáticos interrogantes que dificultan, cuando no hacen imposible, la comparación entre países con criterios analíticos comunes y la generalización regional" (pág. 165).

Esta constatación genera una segunda fase, en la cual trabajó un grupo de jóvenes historiadores de la era Historia de América Latina y el Caribe, del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora. Esta fase se desarrolló mediante un seminario de varios meses, en el cual participaron ambos grupos. El resultado es el libro que se comenta, concluido a mediados de 1987, según que "no pretendo agotar ningún tema, apenas iniciarlo" (pág. 8).

La estrategia epistémica elegida se despliega en una "Presentación" (Juan Enrique Vega, pp. 7-8), una "Introducción" (ibem forma, pp. 9-15), el sucesivo análisis de siete casos nacionales y un artículo de Martín Pacheco Arriola, "La coyuntura actual y la crisis de los treinta en América Latina" (pp. 162-180), que hace las veces de epílogo y destaca la necesidad, importancia y potencialidades de estudiar los treinta para comprender la actualidad. Los casos nacionales considerados son los siguientes: Silvia Ditrénil Belouso y Juan Rodríguez Piña, "Argentina. Crisis y reorganización autoritaria de la sociedad en los años treinta"; la ascensión de Perón a la presidencia de Brasil (pág. 9). La aparente deriva de la propensión a la autocracia se reafirma a continuación en la compilación de cambios políticos, "se advierten reajustes en el sistema político de la mayoría de los países, aunque no de los cuales fueron, en su momento, el caso de Uruguay y México. Del estado oligárquico al estado corporativo en la década de los treinta" (pp. 68-87). Johana Guillén Rodríguez y Mónica Toussaint Ribot, "Brasil. Del estado oligárquico al estado corporativo en la década de los treinta" (pp. 88-106).

José María Piña, "México. Crisis y reestructuración del poder político (1929-1940)" (pp. 107-121). Mónica Tou-

"restauraciones oligárquicas" suelen producir más innovaciones que restauraciones, como bien ilustra el caso argentino. La segunda proposición defendible es que "la crisis no engendra efectos novedosos sino que acelera procesos y proyecta sus existentes, es decir, actúa como catalizador político; así, en su mayoría, la resolución de los problemas políticos pasa en un primer momento por la ruptura institucional. Es evidente (...) que una cadena de golpes de Estado no monotoniza los dispositivos de poder. La singularidad dentro de esta generalidad es la forma en que se resuelven las coyunturas todavía existentes en los centros de estudios e investigaciones de América Latina en materia de intercambios horizontales. De lo contrario, se explican algunas ausencias importantes. No obstante ello —y pese a algún que otro error (como fechar el nacimiento de la Unión Civilista en 1929) o de errores de la ley Sneyz Peña en 1911)—, hay una muy buena presentación de los problemas principales que se plantean en cada sociedad.

Una primera proposición resulta del análisis de esos siete casos nacionales: la generalización idea que vincula crisis mundial de 1929 y derrumbe de los estados oligárquicos latinoamericanos es posible de objeción o, al menos, de reformulación. No sólo se detecta "la dificultad de establecer generalizaciones al respecto", sino que puede formularse una hipótesis diferente en la década de los años treinta: el intercambio radical en la forma del estado en aquellos países, manteniéndose éste en las mismas condiciones previas a la crisis de 1929 excepto el caso de Brasil (pág. 9). La aparente deriva de la propensión a la autocracia se reafirma a continuación en la compilación de cambios políticos, "se advierten reajustes en el sistema político de la mayoría de los países, aunque no de los cuales fueron, en su momento, el caso de Uruguay y México. Del estado oligárquico al estado corporativo en la década de los treinta" (pp. 68-87). Johana Guillén Rodríguez y Mónica Toussaint Ribot, "Brasil. Del estado oligárquico al estado corporativo en la década de los treinta" (pp. 88-106).

José María Piña, "México. Crisis y reestructuración del poder político (1929-1940)" (pp. 107-121). Mónica Tou-

de fuerzas sociales y organizaciones políticas, de formas de hacer y de entender la política "enclavadas en concepciones estratégicas de caño militar", en los ochenta (pp. 177-178). Además de los militares, surgen nuevos protagonistas, nuevos sectores de trabajadores y de clases medias, actores todos capaces "de vincular con las fuerzas políticas organizadas"; y una posibilidad de expresión política en el nuevo sistema depende del grado de representatividad alcanzada en el irigimiento político (p. 171). También en este plano el libro ofrece excelentes puntos de partida para un análisis más fino y profundo. En tal sentido, me parece que los autores limitaron el campo de las posibilidades y estrategias político-sociales que se dirimirían en los ochenta. En efecto, son varias las que se despliegan, aunque con suerte desigual. Hay un extendido intento de conciliar liberalismo y democracia (como ya lo señalara Tulo Halperín Donghi), que no sólo fracasó sino que constituye el más sonado de los múltiples fracasos políticos de los treinta. Ello es vincula directamente con las otras estrategias desplegadas: la insurrección (comunista en El Salvador, 1924, y Brasil, 1935; apásta en Perú, 1932; oligárquico-separatista en São Paulo, 1932; de sectores medios más o menos radicalizados en Uruguay, 1950), el reformismo o el populismo (Brasil, aprismo peruano, batismo uruguayo), el reformismo socialista, el Frente Popular (significativamente Chile), el populismo (Brasil, Ecuador, México), la dictadura autocrática (Traujillo en Dominicana, Somoza en Nicaragua, Pinochet en Chile), la dictadura con formalidad constitucional (Terra en Uruguay, Justo y Ortíz en Argentina, donde suele presentarse como "democracia fraudulenta", una expresión equívoca, poco feliz), y hasta la del fascismo (en Argentina y sobre todo Brasil).

Unos resultados abundan en posibilidades. Los desenlaces marcaron la historia de la largación hasta la crisis actual, lo que todavía hoy generaron movimiento de estrategias posibles, pues no hay una historia futuro determinada y el futuro sigue siendo, como siempre, un horizonte de posibilidades. Waldo Ansaldi

Córdoba: el tiempo de la historia

Sabatiniismo y Peronismo
César Teach
(Partidos Políticos en Córdoba 1943-1955)

A la publicación, hace un año, del libro *La vieja guardia sindical y Perón* (sobre los orígenes del peronismo) de Juan Carlos Torres—sin duda una de las indagaciones más reveladoras y sugestivas sobre aquel período "fundacional" de la Argentina actual—le sucede ahora, y proveniente del mismo sello (Editorial Sudamericana), *Sabatiniismo y peronismo* (Partidos políticos en Córdoba 1943-1955), del historiador cordobés César Teach.

Tiene la virtud, también este segundo libro, de volver la mirada sobre aquellos años convulsivos de la historia nacional, pero detenidos en Córdoba, que era entonces un gran centro político, universitario, eclesiástico y militar del país (¡los cordobeses que tuvo un peso decisivo en las décadas del '30, el '40 y el '50. Y sus primeras impresiones que surgen después de su lectura son muchas y hasta contradictorias: algunas nos huelgan por la "grandeza perdida", por aquella "ciudad de frontera" que, movizada por tradiciones distintas (la reformista, la obrerista y la liberalista) se desafiaba a los gobiernos de la década infame primero y al régimen peronista después.

Y también la impresión de asombro, de sorpresa, porque la investigación de César Teach descubre muchos velos, aclara puntos oscuros, revela situaciones y episodios poco conocidos y nos recuerda otros olvidados, o tal vez "reprimidos" por una memoria colectiva que no se quiere hacer cargo de ciertas responsabilidades históricas. Como, por ejemplo, la confluencia de la Iglesia Católica, el radicalismo y la Guarnición Aérea Córdoba en el movimiento cívico-militar que recorrió al gobierno peronista en setiembre de 1955. O la tortuosa trayectoria del peronismo cordobés en los años 1946-55, hecha de intervenciones federales, expulsiones, purgas y luchas internas vitales y salvajes. O que el sector más autoritario y demerocrático de ese peronismo de Córdoba fue el proveniente del tronco sabatinista (la llamada UCR Renovadora), que, de la mano de la derecha católica, liquidó la corriente obrerista que se había unido a la revolución de 1943 y de la creación del régimen peronista y, diez años después, una de las principales fuerzas que provocó su caída. O que el viejo Partido Demócrata fue el proveedor más importante de dirigentes y cuadros del peronismo cordobés, especialmente en los departamentos de



entrenamientos y trasvases múltiples entre unos y otros, las divisiones, agregaciones, desmembramientos y fusiones que caracterizaron a ese peronismo de Córdoba y dieron nacimiento a nuevas realidades. Es de aquí, en un gran retrato de época, en la que aparecen imágenes de una Córdoba de gran potencia política, social e intelectual. La Córdoba del radicalismo sabatinista (con sus dificultades y oposiciones), del Arzobispado y la Acción Católica, del nacionalismo clerical, del conservadurismo liberal, de una universidad todavía impregnada del espíritu de la Reforma de 1918, de los militares del Ejército y la Fuerza Aérea y de ese nuevo, heterogéneo y contradictorio movimiento político y social que fue el

reformista de 1918), mientras que otros sectores partidarios se inclinaron resueltamente por una posición antifascista. También los conservadores vivieron un dilema similar, que hizo estallar la antigua contradicción entre liberales prooccidentales y nacionalistas de derecha (simpatizantes de Franco, Hitler o Mussolini).

Estos últimos fueron a parar, en su mayoría, a las filas del movimiento triunfante en 1946, el peronismo, que también recibió el aporte de la Iglesia y sus "organizaciones de masas" (como la Acción Católica) y la Federación Obrera Católica).

La controversia internacional llevada al plano de la política interna provocó, a modo de catarsis, grandes realineamientos en torno a la

Unión Democrática y la candidatura de Perón en los años 1945/46. Mientras el sabatinismo se aferraba al neutralismo y se oponía a la Unión Democrática, otros sectores radicales apoyaron resueltamente, en nombre de la lucha antifascista, esta coalición política que incluía a la UCR, los partidos Socialista, Comunista y Demócrata Progresista, como así también sectores del liberalismo conservador. En esta segunda posición se enroscaron los estudiantes reformistas nucleados en la Federación Universitaria de Córdoba y también el diario *La Voz del Interior*.

La descripción de este clima de época es uno de los méritos del libro de César Teach, como así mismo la puesta en claro de algunas cuestiones sobre las que se ha polemizado durante décadas. Como por ejemplo la relación Sabatiní-Perón. El revisionismo histórico ha insistido en el ofrecimiento de Perón al líder cordobés a compartir una misma fórmula presidencial (ofrecimiento de cuya consistencia han quedado

no a la Corte". Pero no era éste el golpe de Sabatini, quien—con más sabiduría política que la mayoría—comprendió que las Fuerzas Armadas no se podían ir del poder de un día para otro, humilladas y con la cabeza gacha. El golpe de Sabatini era otro, y contemplaba el desplazamiento de Perón por parte del propio gobierno militar, que convocaría a elecciones libres en un plazo muy breve (en las cuales el previsible triunfador era Sabatini). Este segundo golpe pareció andar muy bien cuando el 9 de octubre la guarnición de Campo de Mayo, comandada por el general Avalos (amigo y aliado de Sabatini), exigió y logró la renuncia de Perón a todos sus cargos (ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión, entre otros). El eje Sabatini-Avalos parecía abrirse paso sin mayores problemas. Sin embargo, hubo dos factores (relacionados entre sí) que dieron vuelta la situación en pocos días. Uno fue la negativa de la mayoría

que hizo de un radicalismo intransigente (que se identificaba a sí mismo con la nación) y de un peronismo autoritario y excluyente (que se fundaba en una autogamía parecida), dos enemigos irreconciliables. Quedan muchas cosas para el comentario, como el programa de transformación agraria del radicalismo sabatinista (que guarda ecos del "Discurso de Chivilivoy" sumriniano) y que personalmente encuentro mayor satisfacción en la transformación de viejas estructuras.

En Inglaterra, hasta una época reciente, hemos tenido un Primer Ministro que había inclusive prohibido la expresión "ciencias sociales" obligando al Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales a buscarse un nuevo nombre (ahora se llama Consejo de Investigación Económica y Social). La ciencia de la sociedad ha sido prohibida por decreto. ¿Qué cambio le sucedió desde aquel optimismo de David Hume, quien hace 250 años escribió en su tratado que su "intento de aplicar el método experimental de razonamiento a las disciplinas naturales" había en breve llevado al advenimiento de una "ciencia del hombre" que no será inferior en certeza, pero será muy superior en utilidad a todo otro humano entendimiento?

La señora Margaret Thatcher no es la única que ha observado que en los hechos esto no se ha verificado. Su punto de vista surgió surja de su convicción (expresada durante una entrevista a un periódico dirigido al público femenino) que "no existe eso que nosotros llamamos sociedad". Si la sociedad no existe, es claro que tampoco puede existir una ciencia que trate de entender su sentido. Incluso aquellos que no se atreven a tanto sostienen que la "sociedad", o cualquier otra cosa que equivalga a esta abreviada expresión, no puede ser estudiada como se estudia la "naturaleza". Nunca sabemos, dicen, qué sucede en la mente del hombre y lo mejor que podemos hacer para tratar de entender los acontecimientos sociales y políticos es emplear con ellos la actitud del historiador, el *Verstehen* (como lo han denominado Max Weber y sus contemporáneos), una empatía en condiciones de iluminar las múltiples dimensiones de los acontecimientos dándoles un significado. No es un resultado desdorable si en verdad puede ser alcanzado.

Pero cierto que algunos historiadores modernos proyectan llegar más lejos. La escuela de los Annales no aceptaría la idea original de historia. Siguiendo su ejemplo,

que hizo de un radicalismo intransigente (que se identificaba a sí mismo con la nación) y de un peronismo autoritario y excluyente (que se fundaba en una autogamía parecida), dos enemigos irreconciliables. Quedan muchas cosas para el comentario, como el programa de transformación agraria del radicalismo sabatinista (que guarda ecos del "Discurso de Chivilivoy" sumriniano) y que personalmente encuentro mayor satisfacción en la transformación de viejas estructuras.

En Inglaterra, hasta una época reciente, hemos tenido un Primer Ministro que había inclusive prohibido la expresión "ciencias sociales" obligando al Consejo de Investigaciones en Ciencias Sociales a buscarse un nuevo nombre (ahora se llama Consejo de Investigación Económica y Social). La ciencia de la sociedad ha sido prohibida por decreto. ¿Qué cambio le sucedió desde aquel optimismo de David Hume, quien hace 250 años escribió en su tratado que su "intento de aplicar el método experimental de razonamiento a las disciplinas naturales" había en breve llevado al advenimiento de una "ciencia del hombre" que no será inferior en certeza, pero será muy superior en utilidad a todo otro humano entendimiento?

La señora Margaret Thatcher no es la única que ha observado que en los hechos esto no se ha verificado. Su punto de vista surgió surja de su convicción (expresada durante una entrevista a un periódico dirigido al público femenino) que "no existe eso que nosotros llamamos sociedad". Si la sociedad no existe, es claro que tampoco puede existir una ciencia que trate de entender su sentido. Incluso aquellos que no se atreven a tanto sostienen que la "sociedad", o cualquier otra cosa que equivalga a esta abreviada expresión, no puede ser estudiada como se estudia la "naturaleza". Nunca sabemos, dicen, qué sucede en la mente del hombre y lo mejor que podemos hacer para tratar de entender los acontecimientos sociales y políticos es emplear con ellos la actitud del historiador, el *Verstehen* (como lo han denominado Max Weber y sus contemporáneos), una empatía en condiciones de iluminar las múltiples dimensiones de los acontecimientos dándoles un significado. No es un resultado desdorable si en verdad puede ser alcanzado.

Pero cierto que algunos historiadores modernos proyectan llegar más lejos. La escuela de los Annales no aceptaría la idea original de historia. Siguiendo su ejemplo,

que hizo de un radicalismo intransigente (que se identificaba a sí mismo con la nación) y de un peronismo autoritario y excluyente (que se fundaba en una autogamía parecida), dos enemigos irreconciliables. Quedan muchas cosas para el comentario, como el programa de transformación agraria del radicalismo sabatinista (que guarda ecos del "Discurso de Chivilivoy" sumriniano) y que personalmente encuentro mayor satisfacción en la transformación de viejas estructuras.

Julio César Moreno
"La Voz del Interior"

Ensayo

La revolución democrática, o bien del uso de la ciencia política

Ralf Dahrendorf

Incluimos como ensayo la clase magistral que sir Ralf Dahrendorf dictó con motivo de la ceremonia de entrega de la *Laurea Ad Honorem* en Ciencias Políticas que le otorgara la Universidad de Bolonia el 30 de mayo de 1991. En un clima cultural habitado cada vez más por una sensación de incredulidad frente a las posibilidades de fundar o refundar una "ciencia del hombre", Dahrendorf sostiene con tozuda confianza iluminista en que esa posibilidad no puede ser desechada y que para construirla habrá que seguir frecuentando el pensamiento de hombres de T. H. Marshall, Theodor Geiger, Max Weber y Karl Marx. (De Dahrendorf hemos publicado en LCF/19 un reportaje sobre la contradicción entre crecimiento y prosperidad, por un lado, y derecho de ciudadanía por el otro.)



muchos historiadores han terminado por aplicar el método de la ciencia social a sus informaciones. De todos modos es evidente que una profunda comprensión de los acontecimientos particulares y de las acciones individuales es a la vez difícil y útil. Pero no es una ciencia. Poetas y escritores pueden decirnos el cómo y el por qué una cierta manzana cae de un cierto árbol a una cierta hora, también el por qué una cierta persona se resfría hoy aquí en Forlì; pero los estudiosos de ciencias naturales no intentan siquiera una explicación a estos eventos particulares. Si interés converge sobre las estructuras de base, sobre la gravedad, sobre los virus. Es probable que esto sea aquello que Hume y otros pensaban cuando en torno a la época de la revolución industrial trataron de dar inicio a una ciencia política y social. ¿Por qué hemos progresado tan poco en este sentido? ¿Cómo puede ser que aún dudemos, luego de 250 años, que pueda llegar a existir una ciencia del hombre?

Yo creo que el mejor reside en que no nos hemos esforzado lo suficiente. O motivo dicho: no hemos tenido el coraje de mantener nuestras convicciones. Puedo oír el reclamo: ¡habla por usted! Eso es, justamente, lo que pienso hacer dentro de poco.

¡Nos centramos casi en la ayuda de la economía como teoría económica y como economía! ¿Es que no contamos acaso con las ramas experimentales de la psicología, incluida la psicología social? Y más aún, ¿es que no hemos desarrollado nosotros mismos importantes teorías de naturaleza sociológica o politológica? ¿No es en realidad estár la intención misma de imitar a la ciencia cuando hacemos referencias a la sociedad?

Es hora de pasar a los ejemplos, a grandes ejemplos, porque sueño desde hace mucho tiempo con el estudio científico de sociedades en su totalidad. Para la mayoría de nosotros la revolución de 1989 representa uno de los grandes acontecimientos de nuestra vida. Aún ahora, cuando tanto nos hemos desilusionado, ella nos recuerda los horizontes de la sociedad abierta y la fuerza de la libertad aún en las condiciones menos promisorias. Estaba por decir: aún cuando ahora, que era previsible, ha desilusionado bastante... Y ustedes hubieran probablemente aceptado esta afirmación sin darse cuenta que ella implica toda una teoría. Pero permítanme examinar todavía un aspecto de nuestro conocimiento de las revoluciones. ¿Por qué no hemos previsto la llegada del 1989? ¿Por qué nos ha caído encima como una sorpresa?

Los otros días encontré por casualidad los apuntes de una convención de octubre de 1989. En ellos se manifiesta una gran satisfacción por los sucesos de Polonia y de Alemania; se decía que un día también en Checoslovaquia sucedería lo mismo, pero que se necesitaba tiempo. Pero además se decía que Bulgaria, Rumanía, para no mencionar Albania, desafortunadamente estaban destinadas a perdurar en sus condiciones menos promisorias. Esto, en el día 10 de octubre de 1989? ¿Por qué no tuvimos a disposición una ciencia social en condiciones de advertirnos, en esa hora extrema que nuestras hipótesis estaban erradas?

Ha llegado el momento en que debo hablarles un poco de mí. Un ex alumno mío (el teórico alemán en relaciones internacionales Dieter Genzhang) hace poco me hizo notar que en sus primeros años durante los conflictos sociales había predicho exactamente aquello que sucedería en los países con estructura "monística" (hojía diría monofónica). En 1957 yo afirmaba inequívocamente que las estructuras clucubradas para suprimir los conflictos sociales no durarían, y que explotarían, más bien, súbitos y repentinos y radicales transformaciones. La única cuestión era prever cuáles eran las condiciones políticas. He pagado a través del tiempo lo que obligara a las fuerzas sociales latentes a manifestarse. En aquella época me refería explícitamente a los países comunistas de Europa Oriental.

Pero cuando 30 años después escribí *The modern social conflict* me había vuelto mucho más cauto. Afirme que los conflictos pueden manifestarse de muchas maneras. El



partido monopolio puede también servir para la crítica, como válvula de seguridad, y no sólo como instrumento de control. La distensión puede servir para descargar tensiones. Por lo tanto —dije en 1988— era bastante difícil decir cuándo, y tampoco sí, el socialismo real habría cesado de existir.

En otras palabras, el coraje de mis convicciones había sido arrollado por la experiencia. Estaba sumergido en las contingencias que hacen a la caída de una manzana en particular, pero había perdido de vista la ley de la gravedad. Quizás necesario ser joven para pensar las estructuras en toda su pureza. (A fin de cuenta también los científicos obtienen con frecuencia el premio Nobel por trabajos que desarrollaron en los años primeros de su carrera.)

En verdad, a los 28 años estaba completamente seguro de mis teorías, aunque no lo estuviera tanto de mí mismo. Ahora puede ser que esto no sea ya un problema, pero las certezas teóricas se han ido poco a poco atenuando. ¿Qué pena!

Haré ahora algunas observaciones relativas a la revolución de 1989 y a sus consecuencias. Aunque estén formuladas de manera bastante simple, deben ser entendidas como afirmaciones teóricas acerca de estructuras políticas.

Las clases monopólicas pueden suprimir la oposición, pero esto sólo transforma los conflictos evidentes en conflictos latentes. Cuando las clases monopólicas imponen sus leyes con más dureza, más absolutas se vuelven las demandas de la oposición.

El conflicto latente se hace manifiesto una vez lograda ciertas condiciones políticas fundamentales de organización. En una estructura monopólica basta un destello de esperanza en una transformación para encender la pólvora de la revolución.

En ese caso la glasnost y la perestroika son incompatibles. La libertad de palabra y de asociación equivale a revolución; en la reestructuración sólo puede ser conseguida con un alto grado de control.

El cambio revolucionario lleva a la sustitución de los grupos de poder pero también al desmantelamiento del aparato del estado. El proceso revolucionario conlleva el desmoronamiento del centro y promueve el desplazamiento hacia la anarquía y la anomía. La anarquía y la anomía provocan impulsos de (re)construcción de un poder eficaz por parte de grupos o de personas que se manifiestan con exigencias monopólicas viejas y nuevas. No existe una vía directa e indolora que lleve de una estructura monopólica del poder al pluralismo y a la democracia.

Me detengo aquí. Si las afirmaciones hechas son verdaderas, ellas proporcionan un potente medio de análisis,

Son, naturalmente, afirmaciones abstractas que deben ser remitidas a realidades concretas. Yo lo he hecho en un solo caso, aludiendo a la glasnost y la perestroika.

Es evidente que en alguna medida el presidente Gorbachov tiene que ver, y también los encuentros de Helsinki y también otros hechos. Aún así, estas afirmaciones me alienan a hablarles de otro suelo, que acario desde hace mucho tiempo, referido a la ciencia de la sociedad.

Todas las noches, en la televisión, cuando luego de las noticias el meteorólogo aparece en la pantalla, tengo una especie de visión: he aquí al erudito meteorólogo mostrando un mapa de Europa, o del mundo, poniéndonos al corriente de los vientos occidentales que provocan una vasta área de baja presión sobre el Atlántico, con probables lluvias, en tanto al Sur continúa la alta presión con calor y sol. ¿Por qué —me pregunto— este señor no es seguido, o, mejor aún, precedido por un “meteorólogo” sociopolítico?

Una profunda depresión económico-política sobre Moscú permanece estable; donde ésta encuentra zonas de alta presión, sobre los estados Bálticos y Ucrania, probabilidad de violentos temporales; el tiempo sobre la mayor parte de Europa Occidental permanece variable, pero bueno, con escasas lluvias ocasionales, aunque la niebla sobre Bruselas no tiende a dispersarse; en tanto, una fuerte corriente de aire fresco proveniente de los Estados Unidos trae consigo nubes amenazantes en materia de comercio y defensa... Ustedes dirán que todo esto es frívolo y tal vez, tan genérico. Aún así creo que podemos saber y, tal vez, sabemos

tanto acerca de las más importantes tendencias sociales, cuanto los meteorólogos saben sobre el clima y el tiempo. Se dice que la más segura de las previsiones del tiempo es aquella que afirma que mañana será parecido a hoy. Esto se corresponde con la realidad al menos en 80 casos sobre 100. Un cambio de tiempo, un gran cambio, constituye una excepción más que una regla.

Esto hace todo aún más interesante. Volviendo a las consideraciones que hice acerca del gobierno monopolio, sobre la revolución y la democracia podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿pero son útiles estas consideraciones? ¿Y cuánto? ¿Qué es lo que ellas nos revelan de los acontecimientos reales?

A primera vista no mucho. Es difícil señalar un solo caso que se adecue a la estructura de cambios implícitos en mis afirmaciones.

Polonia y Hungría son ejemplo de aquello que Timothy Garton Ash llamó *revolución* más que *revolución*. Reformas desde lo alto que se correspondieron y absorbieron presiones desde abajo. En el primer caso, una mesa redonda ha reunido a los representantes del gobierno y de la oposición desmantelando así el monopolio. En el otro caso, la actividad económica fue usada como válvula de seguridad ante la oposición política. Y, finalmente, está el caso anómalo de Alemania Oriental donde la revolución culminó, por así decirlo, con la conquista por parte de Alemania Occidental. Me vienen a la mente otras consideraciones particulares. En Bulgaria, Rumania, y más recientemente, en Albania se convocó a elecciones en un momento en que aquello que definió como condiciones políticas de organización estaba todavía incompleto. Como resultado las nuevas fuerzas democráticas se impusieron en las ciudades, pero fueron derrotadas en las zonas de campaña, al punto de hacer pensar que el pueblo quiso legitimar los restos del viejo régimen.

Estas específicas consideraciones son absolutamente pertinentes a la pregunta normativa que muchos quisieran hacernos. La democracia ¿podrá afirmarse en aquellos países que han derrocado el comunismo? La correcta respuesta a esta pregunta no es abstracta y estructural, pero es precisa y hasta cultural. La democracia, como la economía de mercado, se presenta bajo diferentes aspectos. No hay dos países donde se aplique de la misma manera. Incluso ordenamientos constitucionales similares pueden proporcionar una estructura adecuada para realidades constitucionales que sean muy diferentes. Italia e Inglaterra son dos democracias parlamentarias, pero sus culturas políticas no podrían ser más diferentes. La misma observación puede hacerse en el caso de las democracias pre-

sidenciales de Francia y de los Estados Unidos.

Es entonces probable que cada una de las nuevas democracias europeas encuentre un modelo propio y puede suceder que algunos de estos modelos se aparten de las predicciones de fracaso que es posible deducir de la teoría de la transformación revolucionaria.

Pero no debemos descartar demasiado rápido o con demasiada ligereza las reivindicaciones de una ciencia social general y teórica. Cada una de las nuevas democracias deberá, también en el ámbito de un cambio político, responder a numerosos interrogantes. Por ejemplo, ¿cómo podrá la nueva clase política controlar un aparato gubernativo que haga eficaz el ejercicio del poder sin retroceder a la nomenclatura?

Y, análogamente, ¿cómo se puede imponer la ley sin una magistratura incorrupta y sin algún tipo de entendimiento acerca de la independencia del tercer poder? Incluso las cuestiones técnicas de la estructura política no concuerdan fácilmente. ¿Cómo se subdividirán los partidos políticos una vez que se haya roto la alianza antimonopolio? Y, naturalmente, ¿cómo hallarán el equilibrio los países apresados entre las dos parejas necesidades de legitimación popular y de gobierno estable? Hay otros interrogantes que se someten antes de poder llegar a los problemas más profundos. Interrogantes que se encuentran en el valle de lágrimas de la economía, de sus consecuencias políticas y de la ausencia de una sociedad civil que sustente las instituciones políticas. Estas preguntas emergen por sobre las teorías. Sin duda éstas tienen aspectos diferentes en contextos diferentes y pueden así recibir respuestas diferentes; pero alguna respuesta tienen que obtener. El análisis teórico nos sirve de guía en los problemas críticos de la acción práctica.

¿Qué puede suceder si no encontramos una respuesta satisfactoria a estos interrogantes? Esto nos remite a mi precedente comentario, donde dije que la revolución de 1989 ha “previsiblemente” desilusionado un poco. ¿Qué podemos decir acerca de las consecuencias de este previsible proceso? No mucho que sea motivo de optimismo. Terribles son las consecuencias de la incapacidad de la nueva clase política para llegar a ser una planificación adecuada. Los gobiernos estarán dispuestos a prometer y aún a dictar leyes, pero en concreto no quedará mucho. La ineficiencia de la legislación comienza a poner en peligro la ley y el orden. El centro no resiste, se disgrega; las partes van a la deriva y con frecuencia chocan unas con otras. La gente busca vínculos que ocupen el lugar del contrato social en doble significado de contrato de asociación y de contrato de gobierno. Tampoco estos vínculos crean automáticamente uniones en condiciones de sobrevivir. Las fantasías de Jean Jacques Rousseau y de Jürgen Habermas descienden el problema hobbesiano del orden y la posibilidad de su resuelto en respuestas hobbesianas. Surgirán jefes autoteóricos que aprovecharán los miedos populares y se insertarán en el poder en

nombre de la autodeterminación, de la independencia nacional o simplemente de la ley y el orden.

A nosotros todo esto nos parece plausible porque está sucediendo ante nuestros ojos. La Unión Soviética puede proporcionar el más claro ejemplo de fracaso de la transformación; pero no hemos asistido al fin del proceso en ninguno de los otros estados ex comunistas, ni aún en “los cinco nuevos Länder” alemanes. Es evidente que la transición del gobierno monopolio a la democracia es más difícil que el pasaje de la democracia al totalitarismo. Un régimen totalitario puede utilizar el aparato gubernativo existente y corromperlo; un régimen democrático debe partir de cero y lo peor es que debe partir de un estado de máxima desmoralización.

Como consecuencia, el grado de probabilidad de fracaso es muy elevado y ello representa un peligro para todos nosotros que, habiendo tenido la fortuna de vivir en libertad durante cuarenta y cinco años, tenemos el deber de hacer todo aquello que podamos para reducir al mínimo esa posibilidad de fracaso. Esto significa la aceptación de

las nuevas democracias en Europa en todos los sentidos del término. Los detalles constituyen argumento de análisis para otro momento y lugar.

Habría notado que he tratado de comprimir dos conferencias en un breve discurso. He tratado de arrojar un poco de luz sobre un argumento de gran interés; argumento que también es el tema de mis recientes *Reflections on the Revolution in Europe*. Exprese además algunas ideas sobre la naturaleza y el lugar de una ciencia social digna de tal nombre. Esta es —y debería decir: ¿querría ser?— una serie de teorías que tienen que ver con las latentes estructuras de acontecimientos observados. Estas estructuras no describen acontecimientos reales. Peor todavía (al menos para el purista metodológico), los eventos reales son invariablemente complejizados por condiciones culturales e históricas particulares que hacen virtualmente imposible la creación de circunstancias que puedan refutar las teorías. Virtualmente imposible, pero puede haber una forma de dar un rodeo para esquivar esta dificultad. Aún así, las teorías sobre la sociedad, incluidas las teorías sociopolíticas y las socioeconómicas, son un indispensable sustento para toda comprensión de los procesos sociales. Ellas nos conducen hacia cuestiones importantes y nos ayudan a identificar, por lo menos, aquello que es original y único en determinados procesos. Nos guían lejos de la arbitrariedad poética del gran *Versteheren*, aunque la poesía de la mera *Historiografía* se puede perder.

La teoría no es nunca un fin en sí mismo aunque pueda resultar atractivo y satisficador de ese modo el sentido estético del estudio. En las ciencias naturales la teoría es útil a los fines de la aplicación, aunque sea sólo para el boletín meteorológico posterior a las noticias de la TV. En las ciencias sociales la teoría colabora para producir aquello que me gusta llamar el análisis social. Esta es la propuesta teóricamente adecuada para la comprensión de los procesos reales.

Mis *Reflections* son sin duda imperfectas, pero representan un intento de ese tipo. Uno puede pensar en otros importantes ejemplos de análisis social. Entre mis favoritos está el pequeño libro (la mayor parte de los ejemplos de análisis social son libros pequeños) de T. H. Marshall *Citizenship and Social Class*. Veinte años antes de Theodor Geiger había escrito su apasionante análisis *The Middle Class and National Socialism* en su libro sobre la estratificación social del pueblo alemán.

La ética protestante y el espíritu del capitalismo de Max Weber pertenece a la misma categoría, y lo mismo puede decirse del *18 Brumario de Luis Bonaparte* de Karl Marx. No perdamos entonces las esperanzas en las posibilidades de acceder a una ciencia del hombre tal como la veía David Hume.

Esta Facultad de Ciencias Políticas puede señalar rumbos y agregar nuevos méritos a esta gran Universidad.



FEBRERO 1991

Arbor

Ana Estay Leyes de la Revolución y el Imperalismo

Guillermo Nieto Fajón: El Chibero y la larga batalla del reconocimiento de la Guatemala como Comarca

Marga Vicedo: El osimismo y el racismo: metodologías de la sociología

Eduardo de Sauter Guendel: Las mejores certificaciones y el realismo científico

José Luis Fagnano: Caracterización de la subdesarrollo y el vanguardismo observacionales en las ciencias físicas

MARZO 1991

Arbor

Manuel García Valiente: Ricardo Chaves García y Francisco Cuatrecasas: El Chibero y la larga batalla del reconocimiento de la Guatemala como Comarca

Marta Maccanico: La Belta y la Belta

José A. de Azárate: Los medios de comunicación frente a las nuevas democracias

Antonio de Sauter: Pablo Carrillo y el fracaso del espacio como lenguaje en la ciencia contemporánea

Miguel Cardel Ventura: El vanguardismo de la física teórica

José Páez: Chávez: El origen de la controversia acerca de la noción de sujeto

ABRIL 1991

Arbor

José Samartín: Introducción Genética

Para el Diagnóstico Genético y Social

Clayton Nishii: Sonido genético en la ciencia

Clayton Nishii: Sonido genético en la ciencia

Para el Diagnóstico Genético y Social

Clayton Nishii: Sonido genético en la ciencia

Para el Diagnóstico Genético y Social

Clayton Nishii: Sonido genético en la ciencia

ciencia y cultura

politico

REDACCION

Vicario E. J. BARRAL

Tel: 011 261 96 91

DIRECCION

Miguel Ángel Guendel

SUBSCRIPCIONES

Revista de Publicaciones del CSIC

VOL. 9, 3006 MARZO

1991 N.º 1

B

DE BENEDICTIS

GALERIA DE ARTE

ARENALES 1292

42 - 8958

1069 BUENOS AIRES

Un cuidadoso trabajo de recambio

La corrupción de los caminos que se bifurcan

Antonio Marimón



Los acontecimientos superan mi artículo, y, en realidad, superarían hasta un libro, volumen que de todas maneras — pese a lo intrincado del objeto — ya debe estar escribiéndose, o acaso vaya naciendo entre los proyectos editoriales para ganar dinero mediante los remedos domésticos de aquel género que recreó Tom Wolfe en los años '60. Yo prefiero narrar cierta anécdota: el local del MAS (Movimiento al Socialismo) se extiende en el primer piso de una vieja casa, casi en San Telmo, hay un gran salón, una claraboya, columnas, siglas del partido, paños cerrados, retratos de tamaño natural y en tinta negra de Lenin y Trotsky, éste vestido con su pelizza de comandante del Ejército Rojo. Configura la escenografía ideal para el rodaje de una asamblea obrera a fines o principios de siglo, de cualquier siglo. Pero ahí, por razones periodísticas, tuvimos la ocasión de hacerle una entrevista al diputado Luis Zamora: "¿Yomagate?" se preguntó el entrevistado — no, esto que pasa debe llamarse *Menengate*". Ubicado entre los lindes legibles del debate público sobre el caso — tal vez entre los límites de la política real, pero eso es otra discusión —, Zamora era uno de los pocos participantes del sistema institucional que estaba en condiciones de despejar los eufemismos: el escándalo razonablemente abarca las responsabilidades y la conducta moral del Presidente de la República.

El problema cabe que sea graficado asimismo como un suceso: se va por un pasillo, se abre una puerta, se llega a otro pasillo, se abre otra puerta, así sucesivamente hasta arribar a la última puerta, ésa que nadie abre o que por mandato todos despiertan antes de abrirla. La primera puerta se abrió en España, cuando Andrés Ignacio Cruz Iglesias, Andy, narcotraficante "arrepentido" y casi con seguridad copiado o presionado por el *Drug Enforcement Administration* (DEA), narró al juez Balasar Garzón que, con contacto en Buenos Aires, operaba una banda dedicada al lavado de narcodólares y que estaba integrada — entre otros — por la triada más célebre de los últimos tiempos en la Argentina: Amira Yoma, Ibrahim Al Ibrahim y Mario Caserta. Cada uno de éstos, ¡oh milagro!, abría varias y misteriosas puertas. Amira a la antelana misma del despacho de Carlos Menem, de quien era jefe de Audiencias y, además, ex cuñada y ex secretaria privada durante su gubernatura en La Rioja (más proximidad imposible). Al Ibrahim, ex asesor de Amira, ciudadano y oficial del ejército sirio, por supuesto remitía a su exótica patria, Siria, pero sobre todo a los vínculos con el narcotráfico en Medio Oriente del régimen de Hafez el Assad, jefe del partido Baath y jefe de Estado amigo del señor Menem; al mismo tiempo, Ibrahim remitía por sí fuera poco a la aduana de Ezeiza, de cuya dirección fue designado asesor por el gobierno peronista pese a no hablar el idioma del país, con despacho de doble entrada y en una zona clave para controlar las cargas. Caserta, mientras, era secretario de Agua Potable dependiente de Presidencia y participó en las internas justicialistas de la Provincia de Buenos Aires, desde las cuales ambicionaba, modesta-

mente, aspirar a gobernador. Vaya recovecos del palacio por los que ha caminado esta triada.

Quedan más, pero más tortuosos pasillos por franquearse en el sufijo de marras. Por ejemplo, en Tribunales el Juzgado Federal N° 1 a cargo de la jueza María Romilda Servini de Cubría, en cuya jurisdicción recayó la causa por lavado de narcodólares. Ese sitio entrecruza corrientes más furiosas que las del Mar del Norte. Tanto por medio del jefe de la SIDE Hugo Anzorregui, como del ex secretario de Justicia, César Arias, la magistrada subordinó su trabajo procesal en éste o en otros casos ya fuere al Poder Ejecutivo o a sus amistades en el peronismo, y hasta mantuvo entrevistas con el primer mandatario. Apoyada logísticamente por Anzorregui, grabó sus conversaciones con el juez español Garzón. Los fiscales y sus mismos secretarios de juzgado se rebelaron contra su gestión, la Cámara Federal envió 18 puntos de crítica a sus pasos procesales; paralelamente, una comisión de diputados radicales solicitó al juicio político de la jueza, cuya posición se derrumbó del todo con el testimonio de quien fuera su secretaria privada, Rita Aterial. Despedida de la causa por la Corte Suprema ampliada por el gobierno de Menem — es decir, con correlación interna administrada desde el poder político —, restaba alrededor de esta señora madura, rubia, asatada sin cesar por flashes y grabadoras de la prensa, otra feroz batalla. Los diputados peronistas buscaban dilatar su juicio político hasta después de las elecciones del 8 de setiembre, los radicales querían apurar ese procedimiento, y ella, sabiéndose el inevitable que del emparejado, en medio de presiones brutales de la política, el poder, sus amistades y la opinión pública, no deseaba renunciar y se proponía defenderse. Empero, con relación al vacío dejado por dicha magistrada en la causa se abrió una puerta más a la infinita polémica: ¿qué juzgado continuará ahora con el explosivo expediente? Por sorteo se sabe que le toca a la magistrada Berraz de Vidal, pero entre sus vacaciones en Suiza, la enfermedad de su esposo, los suspensos y dilaciones inexplicables para un mortal del común, distintos juzgados federales ensayaron esquives a la Maradona y chichelinas a lo Manolito ante las voluminosas fojas del asunto, hasta que un juez ideológicamente de derecha pero famoso por su rigor procesal lo tuvo bajo su jurisdicción unas pocas horas y fabricó la broma nada usual de citar como declarante al propio jefe del Ejecutivo. Ese, irritado, respondió al chistoso magistrado Miguel Pons con un pedido de juicio político.

Qué avispero, ¿no?, y sin embargo nada lo anunciaba, todo se encaminaba en relativo silencio durante el primer semestre del año, como un escandallito originado en la opinión pública

por la revista española *Cambio 16*, apenas como una causa incómoda, sí, aunque abierta por la justicia de un país extranjero, atribuible en parte a una vaga conspiración de enemigos ideológicos: la "socialdemocracia" — como dijo Jorge Antonio —, el radicalismo, la prensa amiga de ambos o cualquier fantasma travieso. Ese bucoismo que permitía a Amira Yoma seguir en el antedespacho presidencial en medio de una picaresca sazónada de peluqueros, secretarios andróginos, modistas del *jet set* y tutti cuanti, lo alteró a comienzos de julio un personaje raro, hasta hoy el más curioso y raro de la fábula: Dib. Kahild Hussain Dib, el gigo, venido mil y no ochocientos veces de Beirut, de quien no se sabe a ciencia cierta si es narco "arrepentido" como Andy, una pieza de la internacional de la droga puesta a declarar por cuentas pendientes de los integrantes del "contacto argentino", uno más copiado por la DEA o agente de la DEA, un aventurero en fin, un agente de la CIA o lo que cada lector imagine mejor y loco suelo. Nada se halla en verdad suelto acá y sí amarrado por hilos, visibles algunos, otros para ser ledos entre líneas. Cuando Dib habla con perfecta deliberación en mes de feria, ausente así Servini de Cubría y para eludir su competencia, delante de una minga de periodistas por un subcomisario de la Policía Federal y con el juez de instrucción Mario Filozof; cuando empieza a desenrollarse el novelesco — o quizás folletinesco — destino de las cintas grabadas con su voz, cuando el texto de una es entregado quien sabe por quién al matutino *Página 12*, fue como si el mismo Zonda sacudiera puertas y detrás de éstas se bifurcaran los pasillos cual en el libro borgiano de Ts'ui Pen. Estaba instalado el escándalo: de la triada primera a toda la familia Yoma y sus ramificaciones en el menemismo; del trémolo operístico de Amira internada en una clínica psiquiátrica, pantalla para postergar su detención, a los actuales secretarios privados de Menem mencionados por Dib: Miguel Angel Vico y Ramón Hernández; a los altos vínculos con el gobierno argentino del mayor banquero internacional del lavado de narcodólares y de la financiación de venta de armas, Gaiith Pharaon, del BCCI; al trámite procesal siméricamente poco activo de Servini de Cubría; a la cloaca de las luchas intestinas en el Poder Judicial; a la aduana de Ezeiza convertida en boquete con salpicaduras que embarran — igual que un molinillo — la anterior administración radical, la Fuerza Aérea, la Gendarmería; a las dificultades de la sociedad civil, por último, para protegerse de la corrupción organizada, y, etcétera, como un círculo increíble. ¿Podrá permanecer fuera de tal círculo el señor presidente Carlos Menem?

El escándalo conlleva, por su difusión, un peso específico que no es el mismo para el aparato de la justicia: por lo pronto, hay declaraciones de testigos cruzadas entre España, Uruguay, la Argentina, Estados Unidos, pero todavía no existen condenas de los jueces. Quizás tampoco haya pruebas dítimas y no destruidas para condenar; ¿ello implica que los nombrados son santos inocentes y la historia una ficción? El escándalo no elimina justamente la ambigüedad; continúa abierta, suspendido en equilibrio aéreo como una espada de Damocles. Si hacemos memoria, el *Swiftgate* fue desencadenado por la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires y tampoco provocó condenas, aunque sí notables efectos políticos: buena parte del menemismo original se debilitó hasta casi extinguirse del gobierno; arribó Cavallo como superministro a Economía, se entronizó un severo plan de ajuste denominado "programa de convertibilidad"; y se consolidó hasta lo genuflexo la alianza "carnal" con Washington. El vehículo para hacer público al *Swiftgate* fue *Página 12*, el vehículo para poner en circulación las declaraciones de Dib fue también *Página 12*. ¿Es aproximadamente el mismo emisor el que creó ambas revelaciones? ¿Cómo saberlo, cómo conjeturarlo incluso cuando esa información no es de ésas que pertenecen al mercado normal de la información, sino al mercado de fuentes tan poderosas que ellas administran — seamos realistas — las formas de proponer un tema en la sociedad? También el Yoma o *Menengate* tiene consecuencias políticas y creo que eso habrá de interesar antes que la lectura de conspiraciones: con Julio Mera Figueroa cedido al marcharse del Ministerio del Interior se fue el último rostro en el gabinete de un multiforme proyecto menemista, digamos el mito del origen de "Menem Presidente", que tenía a Seineldín de garante explícito en el Ejército, que contaba con la promesa de 2.000 millones de dólares de inversiones "árabes" por vía de los bancos de Pharaon, que confabulaba al hiper corrupto sindicalista Luis Barrionuevo los fondos de las obras sociales de los gremios y cuyo rey de corte paladeaba el poder sin cuidado por las formas. El desbrozamiento de tal menemismo, además de su camibalización interna, fue operado desde afuera; fue operado por Terence Todman, el FMI, la Iglesia, otros factores de poder: el *Swiftgate* y el *Yomagate* sirvieron a tal labor de cuidadoso barrido. Cavallo, Di Tella, Arslanian, Manzano como nuevo ministro del Interior — renovador, cañerista, "celestite", saltimbanqui de la mimesis — proponen otro gobierno de Menem, acogido pues a la racionalidad impalcable del ajuste, pero por otro lado aún al *acuerdo o compromiso* con la UCR, cosas ambas pedidas no sólo por Washington sino asimismo por los europeos a fin de visualizar una Argentina un poco confiable, insertada al capitalismo interrelacionado de la posmodernidad. He ahí una *realpolitik* que con más o menos provincias repartidas entre los dos grandes partidos nacionales es el proceso electoral que se halla en curso en la Argentina, será la que domine en los próximos tiempos. Menem, ya no rey sino punto de referencia como eje de la legitimidad institucional, como mandatario legítimo, será primus inter pares y, en tanto hábil político, buscará sobrevivir en el papel de punto de referencia. Dibujará así su guiso postrero a la herencia pícara de Perón.